

Sophie Saint Rose



¿Has
pensado
en mí?

¿Has pensado en mí?

Sophie Saint Rose

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1

Mikeleno no podía creer lo que estaba oyendo. —Será una broma.

Collin se sentó a su lado en el banco de madera. —Hablo muy en serio. Tienes veinticuatro años y hace ya meses que te has quedado sin compañero.

—Brian...

—¡Brian no volverá, Mikeleno, su lesión es demasiado grave! ¡Aceptalo, joder! ¡Las olimpiadas están a la vuelta de la esquina!

Apretó los labios mientras sus hermosos ojos azules se llenaban de rabia. —¿Y tu mejor opción es Keevon? ¿En serio? Está acabado.

—En los últimos juegos ganó el oro en individuales. No creas todo lo que oyes.

—No aceptará, fue él quien decidió abandonarme. —Rabiosa empezó a desatarse las botas. —¡Es que ni sé cómo se te ocurre siquiera proponerlo! ¡No quiere ni verme!

—Te disculparás.

Se le cortó el aliento. —Estarás de broma. ¿Disculparme de qué?

—¡De lo que sea, pero te disculparás! ¿O quieres que todos tus anunciantes se retiren? Si no tienes compañero no podrás ir a los juegos.

—Pediré permiso al Comité Olímpico. En individuales...

—¡No me hagas reír, no tienes lo necesario!

Palideció al escucharle. —¿Pero qué dices?

—Quedas muy bien por parejas, ¿pero tú sola? Ni hablar. No sabes impulsarte por ti misma.

—Deja de decir estupideces —siseó poniéndose en pie—. ¡Soy la mejor patinadora del país!

—Demuéstramelo. Haz un triple lutz. Vamos, si eres la mejor no te costará nada.

—Vete a la mierda, no pienso demostrarte nada.

—¿Ves como no puedes? Las jóvenes vienen fuertes, Mikelena. ¡Seguramente estas serán tus últimas olimpiadas si es que las hay! ¡Le necesitas!

—Antes muerta. —Se volvió y fue hacia el vestuario.

—Pues te quedas sola.

Se detuvo en seco sin poder creerse lo que estaba escuchando. Se volvió para mirarle fríamente. —Te has hecho rico a mi costa y ahora que se tuercen las cosas, me vas a dejar tirada. Eres un cerdo.

Collin sonrió con ironía. —Estás acabada. No hay que quedarse en un barco que se hunde.

—¿Acabada? ¡Te voy a demostrar que en la pista de hielo sigo siendo la mejor!

—Si no le pides ayuda, solo harás el ridículo y no pienso quedarme para verlo.

—He ganado cien medallas más que tú, creo que puedo prescindir de un entrenador. Ahora desaparece de mi vista.

—Encantado, estoy cansado de esta mierda. Los últimos dos meses has hecho lo que te ha dado la gana.

—Pues no quiero retenerte más tiempo, seguro que tienes cosas mucho más importantes que hacer. —Sonrió maliciosa. —Y no te atrevas a hacer declaraciones que me dejen mal, porque puede que se corra la voz de que te va el polvito blanco en los cuartos de baño.

—Serás zorra. Haz lo que quieras, yo me vuelvo a Inglaterra.

—Buen viaje, cabrón egoísta.

Él pasó a su lado y golpeó su hombro izquierdo para que se apartara, haciendo que se resintiera de dolor. El muy cerdo lo había hecho a propósito. Cuando desapareció se llevó la mano allí y masajeó la zona antes de dejarse caer en el banco intentando retener las lágrimas.

Su tío Mike pasó con la máquina de pulido por la pista de hielo y al verla se detuvo. Abrió la puerta y se bajó acercándose a la portezuela de la pista. —¿Qué ocurre, niña?

Mirando el suelo sonrió con ironía. —Ya he dejado de ser una niña.

—Serás mi niña para siempre. La niña que con cinco años reía por esta pista y que con diez ya hacía maravillas.

—Al parecer ya no hago maravillas. ¿No lo has oído? Ya hacen cuádruples lutz. Y para colmo no tengo pareja.

—Siempre he pensado que Brian no te llegaba ni a las cuchillas de tus botas.

—No empieces tú también.

—Ya veo... Collin te lo ha contado. —Le miró sorprendida. — Oh, él estaba hablando por el móvil y decía a no sé quién que a ver si podía convencerte.

—Keevon me dejó, prefirió irse. ¿Pedirle ayuda ahora? Antes muerta que pedirle ayuda.

—Pues es una pena, porque me encantaría veros juntos de nuevo. Vosotros no patinabais, vosotros hacíais magia. Vuestra conexión...

—Esa conexión se rompió. —Miró al infinito pensando en ello. —Sin ninguna explicación.

—Sé que te rompió el corazón.

Se levantó con ganas de gritar. —¿No tienes trabajo? — Furiosa fue hacia los vestuarios.

—Vive en Minnesota, cerca de Canadá.

Se le secó la boca y se volvió para mirarle.

—Da clases a jóvenes y ha creado una escuela que se está ganando un prestigio.

—¿Cómo sabes eso?

—Uno tiene oídos. Que no te hayas enterado tú es normal, nadie quiere hablarte de él sobre todo después de lo que ocurrió seis semanas antes del nacional. Intentan protegerte. —Caminó hacia ella. —Pero piénsalo, puede que Collin sea un gilipollas, pero en esto ha acertado de pleno. Piensa en la oportunidad que tenéis ante vuestros ojos. Toda América quiere que volváis, quiere veros juntos en la pista de hielo. Los anunciantes se volverán locos por vosotros. Piénsalo, cielo. Te despedirías por la puerta grande. Es el compañero que necesitas, te conoce mejor que nadie, te cuidaba mejor que nadie. —Mike apretó los labios. —Sabes que si hubieras estado con él, jamás te hubieras caído. Jamás lo hubiera permitido. Suerte tuviste de que solo fuera el hombro. Si ese mamón no se hubiera caído después y roto la rodilla, se la hubiera roto yo mismo por imbécil. Casi te mata.

—Fue un error.

—¡Un error que casi acaba con tu carrera! ¡Pero vas a demostrar quién es la mejor, incluso lesionada! ¡Y lo vas a demostrar con él! ¡La pareja de América! ¡Os lo debéis! ¡Los dos en las olimpiadas que nunca tuvisteis!

Lágrimas de impotencia corrieron por sus mejillas. —No querrá. Lo ha dejado.

—Pídeselo, ruega si hace falta.

—¡No es justo! ¡Él me dejó!

—Entonces te lo debe, ¿no? Te dejó sin ganar el Grand Prix, sin las olimpiadas, tuviste que amoldarte a otro compañero para quedar cuarta en los juegos. En los pasados ganaste la plata, pero no puedes retirarte sin el oro, sin ese oro.

—¡Si eso llegara a pasar, dirían que solo lo he conseguido por él, como si yo no hubiera hecho nada! —gritó con rabia.

—No superas tu rencor.

—¡No! ¡Porque me traicionó en el último momento! ¡Yo lo hubiera dado todo por él y Keevon me dejó tirada sin explicaciones! ¡No le importaba nada!

—Sí que le importabas.

—Sí, le importaba tanto que después de largarse y dejarme tirada, cuando nos encontrábamos ni me miraba a la cara, eso le importaba. No pienso pedirle ayuda. ¡Iré a individuales y conseguiré ese oro que me merezco!

Mike apretó los labios viendo como intentando retener las lágrimas entraba en el vestuario dando un portazo. El grito de dolor se escuchó en toda la pista y Mike juró por lo bajo volviéndose hacia la pulidora. Sacó el teléfono y se lo puso al oído. —Frank, tu hija te necesita.

A las cinco de la mañana entró en el edificio y guardó las llaves en la bolsa de deporte antes de empezar a encender los automáticos. Recorrió el pasillo y bajó los escalones que llevaban a los vestuarios. Sus zapatillas de deporte no hicieron ruido al entrar en el vestuario. Se quitó el gorro dejando caer su melena rubia y se desabrochó la cazadora para meterla en su taquilla, cuando la foto que tenía en la puerta le provocó un vuelco al corazón. Sintiendo que todo su ser temblaba la cogió para verse a sí misma con dieciséis años. Estaba al lado de Keevon sonriendo por el oro que acababan de ganar. El campeonato nacional. Jamás había sido tan feliz como en ese momento, no por la medalla sino porque Keevon durante la competición la había mirado como si la quisiera. Pero no la quería en absoluto porque menos de un año después su representante, Martin Gabes, le decía en presencia de su padre que se acababa. La pareja de América se separaba y los rumores corrieron por todo el país porque no hubo ningún tipo de

explicaciones. Todos achacaron que la culpa había sido suya porque era joven, inexperta y no estaba a la altura de un patinador como Keevon Garner, que con seis años más que ella había demostrado su valía sobradamente. De hecho, las imágenes de ella llorando después de una competición salieron en todos los noticiarios hundiendo su reputación y convirtiéndola en una caprichosa que no había sabido adaptarse a los duros programas de entrenamiento del campeón. Todo lo contrario, jamás había salido de su boca ni una sola queja porque patinar con él era un sueño hecho realidad. Si había llorado aquel día fue porque Jessica, otra patinadora, la había insultado intentando alterarla para la competición. Pero Keevon nunca la defendió de lo que decía la prensa, jamás salió una palabra de su boca para desmentir todo lo que se decía de ella y todo ese amor que sentía por él se convirtió en rencor. En las siguientes ocasiones en las que se habían visto, se evitaban como la peste. Nunca le pidió una explicación y él nunca se la dio. Viendo esa foto parecía mentira que hubieran acabado así. Estaba claro que su padre jugaba sucio. Iba a tirar la foto en el interior cuando vio que tenía algo escrito por detrás. Se le cortó el aliento porque estaba escrita con la letra de su padre. En ella ponía:

"Nunca se ha casado, y si ha querido a alguien en su vida ha sido a ti. ¿De veras no vas a aprovechar la oportunidad de volver a hablar con él, aunque sea una sola vez más? Hija, quiero volver a ver esa sonrisa en tu rostro. Le necesitas y no solo en la pista de hielo, le necesitas porque sin él no has sido feliz."

Algo se estremeció en su interior y sollozó dejando caer la foto al suelo. Desesperada se tapó el rostro con las manos sacando ese dolor tan intenso que tenía en su interior. Que tenía desde hacía seis años. Ya no podía más, no había día que no pensara en él, que no soñara con él, con las miles de horas que pasaron juntos entrenando, riendo o charlando. A veces pensaba que estaba loca, que aquello no era normal, que le odiaba y que debía seguir con su vida. Pero aunque había intentado sentir algo por otros hombres, nunca nadie podía compararse con Keevon. Y estaba harta. Se sentó en el banco y miró la foto en el suelo. Ella le miraba con adoración

mientras Keevon la cogía por la cintura mirando a la cámara. Todavía podía sentir esa mano en su cintura.

—Es una oportunidad —dijo su padre tras ella—. La excusa perfecta para volver a trabajar junto a la persona que amas.

—No querrá, papá.

Se sentó a su lado. —Te lo debe y lo sabe. Casi hundió tu carrera, hará lo correcto.

Le miró emocionada. —No sé si podré soportarlo de nuevo.

—Ese dolor que sientes te acompañará toda tu vida si no consigues su corazón, cielo. Esto no va de medallas, va del resto de tu vida. Tienes valor, eso no lo dudo porque te he visto arriesgar la vida muchas veces con la persona equivocada. ¿Por qué no eres capaz de arriesgar un poco más por el hombre que nunca has dejado de amar?

Apretó los labios. —¿Por qué se fue? Dime la verdad. ¿Tuviste algo que ver?

—No, cielo, ya te lo he dicho mil veces. No tuve nada que ver con su decisión.

—Pero me ocultas algo, siempre he sentido que no me lo contabas todo.

Suspiró apoyando los codos sobre sus rodillas y miró la foto unos segundos. —No estoy seguro, ¿vale? Pero después de darle mil vueltas, creo que fue un tema legal.

—¿Qué quieres decir? ¿A qué te refieres con legal? Nosotros teníamos un contrato.

—Que se acababa. Pero no tiene que ver con eso. —Suspiró. —Durante unos meses no se dejó de decir en la prensa que erais la pareja perfecta, pero él era mayor de edad, cielo, tú tenías dieciséis años cuando se fue.

Había oído esos rumores, pero no podía creérselo. —Jamás me tocó, jamás me dijo nada que...

—Lo sé, lo sé muy bien, ¿pero recuerdas aquella vez que un hombre con un horrible traje marrón fue a verte a la pista de

patinaje? Tú creíste que era un periodista, pero era de la federación. Estaban muy preocupados por lo que se rumoreaba sobre vosotros porque en aquel momento había un escándalo de un entrenador que había abusado de unas jóvenes en Texas. Temían que todo se saliera de madre y le enviaron para controlarlos.

Palideció. —¿Qué dices?

—Vio un entrenamiento y habló con la federación sobre vuestro comportamiento. A mí me dijeron que todo iba bien, pero apenas dos semanas después llegó a casa el representante de Keevon. No se me ocurre otra cosa para que vuestra relación se terminara tan radicalmente. Al parecer fue todo muy discreto, tan discreto que ni a nosotros se nos dijo la verdad.

—No querían perjudicar su carrera, ¿no es cierto? Pero les daba igual la mía.

—Cielo, en aquel momento él era la estrella.

—¡Muchas parejas tienen distintas edades y no pasa nada! ¡Es ridículo, yo ya tenía dieciséis años! ¿Por qué nosotros?

—Os ganasteis enemigos y creo que aprovecharon para atacaros por ahí, porque todo el mundo vio lo que sentías, lo que él sentía.

Se le cortó el aliento. —¿Él sentía? ¿Crees de veras que...?

—Cielo, no sé lo que pasó al cien por cien, pero si se alejó, también fue por protegerte, estoy seguro. No solo se cubrió él las espaldas. Y si lo piensas bien, todo lo que ocurrió después fortaleció tu carrera.

—¿Fortaleció mi carrera? ¡Tuve que empezar de cero con alguien que no era ni su sombra!

—Hizo que te tomaran en serio por ti misma.

—¿Tomarme en serio? Collin opina que estoy acabada.

—¿Cómo lo opinaba casi toda América cuando Keevon se largó? Y tú les demostraste a todos que no era así, quedando segunda en los nacionales con apenas un mes de entrenamientos con tu nueva pareja. Hija, no te dejes llevar, no sigas ignorando el

dolor como en estos últimos años. Has trabajado duro, has ganado dinero para dos vidas y has conseguido casi todas las medallas que se pueden ganar, pero nada de eso merecerá la pena si no consigues lo que realmente te importa.

—Bueno, también quiero la medalla.

Se echó a reír y la abrazó. —Esa es mi chica. —La besó en la mejilla. —¿Quieres que te acompañe?

—¿Lo harías?

—Por supuesto, me muero por verle la cara al enfrentarte a él.

Se bajó del coche y cerró la puerta. Frank rodeó el vehículo y resbaló casi cayendo de bruces. Gruñó mientras ella retenía la risa. —Odio la nieve.

—Papá deberías mudarte a Florida.

—Eso pienso hacer en cuanto sientes la cabeza.

Jadeó. —Ni que fuera un pendón que va de fiesta en fiesta.

—No, eres una hermosa joven con mucho éxito, con mucha pasta en el banco y que eres objetivo de todos los play boys que hay a cien millas a la redonda.

Abrió la puerta de cristal. —Serás exagerado. —Entraron y al escuchar los gritos de Keevon perdió la sonrisa de golpe al sentir que algo temblaba en su interior. Caminó por el pasillo para llegar a las gradas y le vio en la pista vestido de negro gritándole a una jovencita rubia que dejara de mirar el móvil y se pusiera a patinar.

—¡Martha! —gritó su madre desde las gradas—. ¡Cómo no le hagas caso, te quedas sin salir un año!

Asombrada miró a su padre para susurrar —Pero si debe tener diez años.

—Menos mal que cuando tú tenías esa edad eran otros tiempos. Ni saliste ni tuviste móvil hasta los dieciséis, de la que me

libré. —El teléfono de su padre empezó a vibrar y gruñó. —Odio estos chismes.

—En eso estamos de acuerdo. —Se quedaron observando la clase y no pudo menos que admirar cómo sabía sacar lo mejor de cada una. Era un profesor magnífico y lo había demostrado con ella cuando estaban juntos.

Alguien chilló y distraída miró hacia el grupo de madres que empezaron a sacarle fotos como locas. Sonrió. —Buenas tardes. —Miró hacia la pista para encontrarse con esos ojos negros que le alteraban la respiración. —Hola Keevon... —Sintiendo que le temblaban las piernas empezó a bajar los escalones con su padre detrás ignorando los murmullos. Se acercó a la puerta y la abrió para entrar en la zona profesional. Caminó hasta la protección de la pista quedándose frente a él para mirarle a los ojos.

—Señoras, señoritas... —dijo su padre —. ¿Les importaría si se lo robamos unos minutos?

Las niñas ignorando a su padre chillaron de la alegría corriendo hacia ella y se pusieron en la barrera gritando como locas pidiéndole selfies, pero Mikelena no dejaba de mirarle. —¿Tienes cinco minutos?

Él apretó los labios antes de acercarse patinando y gritar — ¡La clase ha terminado!

Mikelena miró a las niñas y sonrió. —Una foto rápida, ¿vale?

Después de firmar autógrafos y hacer las fotos de rigor, las alumnas se fueron hacia los vestuarios y en menos de diez minutos se iban con sus madres que casi tuvieron que arrastrarlas fuera del edificio. No pensaba hablar delante de testigos para que luego todo saliera en las redes. Caminó rodeando la pista sin mirarle y fue hasta el otro extremo donde tendría privacidad si es que quedaba alguien en el edificio. Se quitó el gorro dejando caer su melena y se apoyó en la barrera para esperarle. Estaba hablando con su padre y parecía que quería ignorarla, pero no podría hacerlo mucho tiempo. —¡Qué coño hacéis aquí!

—¿Por qué no se lo preguntas a ella?

Keevon se volvió para mirarla mostrando que estaba realmente furioso y patinó hacia ella. Al frenar levantó restos de hielo. —Muy bien, ¿qué quieres?

—Te necesito.

Él apretó las mandíbulas. —¿A qué te refieres?

—Lo sabes muy bien. Brian no se recuperará para los juegos, de hecho dudo que se recupere algún día y necesito un compañero. El Comité Olímpico me permite cambiar de compañero siempre que sea alguien con una clasificación comparable a la mía.

—Olvidalo.

—Me lo debes.

Furioso se acercó. —No te debo una mierda.

—Quiero el oro, me lo robaste una vez y me lo vas a dar. Seguramente serán mis últimas olimpiadas y serás mi compañero. Tenemos cuatro meses hasta los juegos, después puedes hacer lo que te venga en gana.

—¿Ahora vas a obligarme?

—Tú no vas a quitarme lo que es mío.

Parecía que quería gritarle de todo, pero no abrió la boca. Tenía que convencerle y ahora que le había presionado con su conciencia, debía ponerle la miel en los labios. — Si volvemos a ser pareja conseguirás buenos ingresos. Mi padre ha conseguido un contrato de veinte millones de dólares para un anuncio de refrescos.

—No necesito el dinero.

—No digas tonterías, nuestras carreras son cortas y es mucha pasta por cabeza como para rechazarlo. Además, ha conseguido zapatillas personalizadas y que los chándales que usemos fuera del equipo nacional sean retribuidos con dos millones para cada uno. Debemos subir los videos a las redes sociales.

—No me interesa el dinero.

—Entonces dejaré de aburrirte con los detalles que llegan a cincuenta millones por cabeza.

—Será mejor que te vayas.

—¡Keevon!

—¡No estás preparada! ¡Tu hombro no lo resistirá!

Se le cortó el aliento porque eso sí que no se lo esperaba. —
Estoy lista.

—¡Mientes! En cuanto tire de ese brazo tendrás dolor, no
llegarás ni a subirte al avión que nos lleve a Italia.

—Al menos quiero intentarlo.

—Solo me harás perder el tiempo, haremos el ridículo.
¡Retírate ahora!

—¡No pienso hacerlo! ¡Sin ese oro no! ¡He luchado toda mi
vida para conseguirlo! —gritó antes de entrar en la pista y caminar
hacia él—. ¡Me lo debes! —Le empujó con fuerza haciendo que
patinara hacia atrás. —¡Todo ha sido culpa tuya y me lo debes! —Le
empujó de nuevo. —¡Ese oro es mío! ¡Me lo he ganado!

Se miraron a los ojos y Keevon apretó los labios antes de
alargar la mano. Sin aliento la miró antes de alargar la suya
lentamente para cogerla. Sentir su tacto fue lo mejor del mundo.
Keevon tiró de ella para elevarla y antes de darse cuenta estaba
sobre su cabeza agarrada por la cintura con una sola mano mientras
la llevaba al otro lado de la pista. La bajó en un giro que habían
practicado millones de veces en el pasado y la dejó de rodillas en el
suelo para que se deslizara sin soltar su mano. Ella arqueó la
espalda hacia atrás y Keevon soltó su mano mientras se deslizaba
ante él hasta detenerse a unos metros. Mikelena se sentó sobre sus
talones antes de volver la cabeza sobre su hombro y mirarle a los
ojos. Él fríamente dijo —Mañana aquí a las cuatro de la mañana. Si
tienes alguna idea sobre la música o sobre la coreografía, vete
olvidándote porque yo lo decidiré todo. Haré todas esas mierdas de
publicidad, pero en la pista mando yo. —Fue hasta la salida. —Por
cierto, ponte a dieta, pesas un montón, joder. No me extraña que
ese mamón de Brian no pudiera contigo.

Apretó los labios mientras se largaba y cuando desapareció de su vista miró a su padre que hizo una mueca. —Nunca ha tenido buen carácter.

Sonrió porque eso era cierto, su mala leche en la pista era legendaria. Pero lo había conseguido, era suyo los próximos meses y después de lo viva que se había sentido a su lado no iba a permitir que la abandonara de nuevo.

Capítulo 2

En la oscuridad Mikelena esperaba bajo el tejadillo mientras nevaba con fuerza. Hacía un frío que pelaba, así que empezó a dar saltos para calentar. Esperaba que Keevon llegara pronto. Pensó en la coreografía para sentir menos frío. Aunque él le había dicho que se encargaría de todo, alguna aportación podría hacer.

Un cuatro por cuatro negro se detuvo en el aparcamiento. — Por fin —dijo por lo bajo cogiendo su bolsa. Al ver que se bajaba una mujer de unos veintitantos años se quedó de piedra.

Esta se acercó a ella con unas llaves en la mano. —Hola Mikelena.

—Hola.

—Soy Marion Prescott, seré tu segunda entrenadora.

—¿Mi qué?

—Tu segunda entrenadora —dijo abriendo la puerta—. Puedes quedarte con estas llaves para que no esperes a la intemperie cada mañana.

—Perdona, ¿pero quién eres tú?

Se volvió quitándose el gorro de lana mostrando su melena morena. —¿No te lo he dicho ya?

—Tu nombre no me dice nada. ¿A quién has entrenado?

—Pues a Daisy, a Jessica, a Rossie, a Catherine, Susie, Stephanie... ¿Sigo?

Es que ni sabía qué decir —¿Son niñas?

—Bueno, algún día serán adultas.

—¡No son profesionales!

—No he dicho que lo sean. —Encendió parte de los automáticos y caminó hacia el interior de la pista.

Mikelená la siguió a toda prisa. —Mira, no quiero ofenderte, ¿pero qué vas a enseñarme tú que ya no sepa?

Bajó las escaleras para ir hacia los vestuarios. —¿Te crees que lo sabes todo?

—Claro que no, pero de patinaje seguro que sé más que tú.

—¿Y quién ha dicho que te voy a entrenar como patinadora?

Se detuvo en seco. —¿Perdón?

—Soy gimnasta.

Separó los labios de la impresión. —Gimnasta.

—Sí.

—¿Gimnasta de la cinta, la barra y el potro? ¿Ese tipo de gimnasta?

—Exacto. Y mi deber es enseñarte a hacer un triple mortal hacia atrás.

Ese hombre estaba loco. —Vamos a ver, ¿y pretende que lo haga con patines?

—Eso pretende. Ya no hay prohibición de los saltos mortales en el patinaje de competición, ya podéis liberaros.

—¿Liberarnos? ¡Quiere que me rompa el cuello! Encima no quiere que haga uno sino tres.

—Precisamente. —Como si nada continuó por el pasillo hasta llegar a una puerta, que abrió para mostrar un moderno gimnasio. —Empezaremos calentando. Esos músculos del hombro deben estar muy bien antes de meterles caña. —Se quitó el enorme plumas que llevaba y lo tiró a un lado. —Bien, ¿empezamos?

Es que ni sabía qué decir. Dejó caer la bolsa y se quitó su plumas dejándolo caer sobre el suelo antes de sentarse sobre él para quitarse las botas de pelo que le llegaban a mitad del gemelo. —Supongo que debo quedarme descalza.

—Precisamente. —Se acercó y tiró de su gorro mostrando su moño en la coronilla. —La próxima vez háztelo más bajo. —Le tocó la parte de atrás de la cabeza. —Aquí.

—¿Por qué?

—Quiero que te acostumbres a todo, incluido tu peinado. En el momento del salto no debe molestarte absolutamente nada, nada puede distraerte. Nada puede salir de lo habitual. Peinado, maquillaje, traje, patines y medias. Debes estar lo más cómoda posible con todo ello. Una horquilla que tire de tu cabello puede ser una distracción mortal, ¿lo entiendes?

—Soy una profesional, si no me distraen mil personas mirándome, no me distraerá mi peinado. —Se puso de pie. —Bien, ¿qué hago?

—Empieza con los ejercicios de calentamiento.

Se abrió la chaqueta del chándal mostrando su malla de tirantes negra que dejaba a la vista la cicatriz de su hombro. La tiró al suelo también. Se inclinó a un lado levantando el brazo y se inclinó al otro antes de doblar la rodilla para agarrar su pie por detrás. Se acercó a la barra y elevó la pierna colocando el talón sobre ella. Se deslizó lentamente hacia adelante abriendo las piernas totalmente.

—¿Te resientes en algún punto?

—No, las piernas no son mi problema.

Agarró el talón y elevó la pierna todo lo que podía y Marion asintió mirándola fijamente. —Eleva la pierna por detrás. Quiero verte.

Arqueó la espalda, agarró el pie por el empeine para elevar la pierna por detrás hasta subir el pie por encima de su cabeza.

—Estoy impresionada.

—Hice gimnasia en el colegio y en el instituto.

Marion entrecerró los ojos. —Supongo que Keevon lo sabía.

—¿Por qué crees que te ha enviado a ti?

—Muéstrame la potencia de tus brazos.

Aquello era una locura. Tenía que hacer que Keevon cambiara de opinión como fuera, pero de momento le seguiría la corriente a esa mujer hasta que apareciera. Se agachó e hizo el pino. Al menos calentaría.

—¿Puedes impulsarte?

Lo hizo hasta caer al otro lado y para terminar con la prueba hizo una voltereta hacia atrás dos veces.

—Al menos eso no tendré que enseñártelo —dijo divertida—. ¿Cuánto pesas?

—Cincuenta y dos kilos.

—Y le sobran al menos dos.

Se le cortó el aliento volviéndose hacia la puerta donde Keevon estaba observándola. —Eso es mentira, mido uno sesenta y siete. Peso lo mismo que cuando me dejaste. Serás tú, que estás más viejo y ya no puedes conmigo.

Le escuchó gruñir. —Más viejo, ¿eh?

—Por algo te fuiste a individuales, ¿no? —preguntó con mala leche.

—Me fui a individuales para no tener más parejas.

Vaya, al parecer la experiencia no le había gustado nada por la cara que ponía.

—Marion, ¿cómo lo ves?

—Tiene posibilidades. Me preocupa su hombro, pero ahora probaremos sus límites.

—Muy bien, empezad. —Se quitó su abrigo negro mostrando el chándal del mismo color y se sentó en el banco de pesas para observarla.

—Ven aquí. —Le indicó la máquina de pesas con poleas y Mikelena se sentó de espaldas a ella para coger la barra que colgaba sobre su cabeza. —Empezaremos con algo suave.

Bajó la barra lentamente hasta hacer diez repeticiones.

—Vamos con veinte kilos.

En cuanto estuvo preparado el peso no movió el gesto bajando la barra y miró a Keevon a los ojos. —¿Has perdido el juicio? ¿Un triple mortal?

—¿Qué esperabas? ¿Que volviera para un simple oro? Ya tengo oros, si voy a regresar quiero hacer historia. Y tú también.

—¿Quieres hacer historia con una muerte en directo? —preguntó con ironía.

La fulminó con la mirada. —Ensayarás, ensayarás hasta que te duela todo el maldito cuerpo, pero lo conseguirás.

—Treinta kilos.

Bajó la barra y él sonrió con desprecio. —Si no te crees capaz, vete. Tengo cosas mucho mejores que hacer que perder el tiempo.

—¿O haces esto o te vas? Muy maduro, antes éramos un equipo.

—¿Un equipo? Nunca fuimos un equipo, yo tiraba de ti y me cansé de hacer de niñera.

Palideció por sus palabras. —Así que era un lastre.

—¿Acaso no lo demostré después? Al contrario que tú, yo sí llegué a la cima. Por eso me buscas a mí, ¿no es cierto? Porque puedo darte el oro que siempre has querido.

—¿Y por qué has dicho que sí?

—No ha sido por el dinero, te lo aseguro. Ni porque me hayas dicho que te lo debía, yo no te debo una mierda. Ha sido porque como te he dicho quiero hacer historia. Pienso hacer la coreografía que siempre he querido y si quieres ese oro, harás lo que yo te diga.

Tiró de la barra intentando reprimir el dolor que le provocaban sus palabras, pero se dio cuenta del rencor que había en ellas y se preguntó qué había hecho para que la hubiera llegado a odiar tanto. No lo entendía y solo por eso merecía la pena quedarse, aunque se partiera el cuello. Era un vacío en su vida que tenía que llenar y pensaba hacerlo, pensaba descubrir la verdad. —¿Esto es

por ese hombre que envió la federación? ¿Piensas que yo tuve algo que ver?

La miró sin entender. —¿De qué hablas?

—¿Es mentira? —preguntó con esfuerzo.

—No sé qué tonterías te han dicho, pero nadie de la federación tuvo nada que ver en mi decisión. Marion, ponle veinte más.

—Eso es casi su peso.

—Si ese hombro no es capaz de soportar su peso, no me vale. Ponle veinte más.

Marion apretó los labios y dijo —Cincuenta kilos.

Ya sentía el hombro dolorido, pero no podía negarse. Era evidente que buscaba cualquier excusa para echarse atrás, pues con ella no iba a poder. Bajó la barra a la mitad y sus brazos empezaron a temblar. —¡Basta! —ordenó él levantándose y se acercó cogiendo la barra de malas maneras para ponerla en su sitio—. Cuando termine contigo la bajarás por completo. Ponte los patines. —Se apartó furioso como si fuera una inútil y pálida vio cómo iba hacia la puerta gritando —¡Marion, enciende las cámaras de la pista! ¡Después veremos el desastre que han hecho con ella en estos años!

Mikelená disimulando su disgusto sonrió irónica. —Vaya, al parecer no le han gustado mis ejercicios de los últimos años.

—Vete.

Se le cortó el aliento mirando sus ojos castaños. —Ni hablar.

—No sé qué coño pasa aquí, pero es evidente que tu presencia le altera. Vete. No te necesita en su vida, deja de utilizarle.

Se levantó. —¿Utilizarle? ¡Éramos un equipo! ¡Jamás le he utilizado!

—Solo le quieres para ganar esa maldita medalla, algo que puedes colgar en tu vitrina. Él no lo necesita.

—Al parecer sabes mucho sobre lo que necesita o no. ¿Crees que le conoces mejor que yo?

Sonrió con desprecio. —Por supuesto que le conozco mucho mejor que tú.

—Porque te hayas acostado con él, no significa que le conozcas —dijo con rabia—. Yo compartí cada minuto, cada segundo en cuatro años. Vi cómo se convertía en un hombre, soporté sus chistes malos, su mala leche por los fallos y vi desfilar por su vida a cien como tú. Pero siempre me miraba a los ojos cuando estábamos en la pista de patinaje y no hubo una sola vez en la que sintiera que no me cogería si lo necesitaba. Puede que esté enfadado, pero siempre evitará que me haga daño.

—¿Y tú?

La miró sin comprender.

—¿Evitarás que se haga daño?

—Haría lo que fuera para evitar que sufriera de algún modo. —Se agachó para coger la chaqueta del chándal y la bolsa de malas maneras.

Marion sonrió con desprecio. —¿Crees que te necesita en su vida?

—¿Crees que te necesita a ti? —Dio un paso hacia ella. — Mira, maja, quiero llevarme bien contigo, trabajaré a tu lado si hace falta, pero a mí no me vengas con sermones. Me he dejado la piel y hasta la sangre en pistas como esa. ¡Soy una atleta de alta competición y sé muy bien lo que es sufrir y que tus pies se llenen de heridas por culpa de las botas para después sonreír a los fotógrafos como si no pasara nada! ¡Y él es igual que yo! ¿Por qué crees que se compró esta pista? ¡Porque lo lleva en la sangre! No puede vivir sin patinar al igual que yo. ¡Iremos a las olimpiadas y haremos lo que sea por conseguir esa medalla, haremos lo que sea por hacer historia! Por eso ha dicho que sí. ¡Y aunque no quiera reconocerlo, me necesita para ganar ese oro porque no conseguirá nunca una pareja como yo! ¡Por eso hizo individuales! —Levantó la barbilla con orgullo. —Ahora si no te importa, me voy a entrenar.

Fue hasta los vestuarios y abrió su bolsa mostrando sus patines blancos. Apretó los labios agarrando uno. Qué sabría esa de

Keevon. Atándose las botas gruñó molesta porque se había acostado con ella, no lo había negado. Maldita sea, lo que le faltaba, ahora tenía que entrenar con su amante. Aquello empezaba estupendamente.

Al llegar a la pista le vio hablando con Marion en un extremo. Estaban discutiendo y cuando Marion la vio entrecerró los ojos como si la odiara antes de alejarse de él. Keevon se volvió y sonrió con ironía. —¿Haciendo amigas?

—Eso díselo a ella. —Se sentó para quitar las protecciones de las cuchillas y después caminó hacia la pista. —Al parecer está molesta porque cree que te puedo hacer daño —dijo con burla—. Qué poco te conoce, cuando siempre eres tú el que va rompiendo corazones por ahí. ¿Cómo te llamaban? El hombre de acero. Es obvio que tu amiguita no sabe de lo que habla. ¿Hace poco que te acuestas con ella?

—Eso no te importa.

—Claro que no —dijo patinando a su alrededor antes de enfilar la pista y coger velocidad. Dio un salto abriendo las piernas totalmente sin dejar de mirarle y cayó impecablemente. Patinó hacia él—. ¿Piensas calentar o te vas a quedar ahí mirándome?

Entonces escucharon —¡Cámaras grabando!

—Perfecto, tu amiguita es muy eficiente.

—No seas cría.

—Siempre me verás como una cría porque tú eres un viejo, querido. Por cierto, esa tiene la misma edad que yo más o menos, ¿no te parece una cría? —Patinó a su alrededor empezando a divertirse y sonrió. —No hace falta que respondas, me importa poco. Bueno, ¿qué hacemos?

Keevon entrecerró los ojos y cogió su mano tirando de ella hacia el centro de la pista. Mikelena sintió que volvía a tener dieciséis años y se emocionó sin poder evitarlo. Keevon se puso ante

ella así que intentó disimular, pero él debió darse cuenta porque se tensó. —¿Pasa algo?

—No, ¿por qué? —preguntó haciéndose la tonta.

—Por nada. Empecemos patinando alrededor de la pista, tenemos que volver a coordinarnos. Brian es más bajo que yo, su pierna es más corta y han sido años con ese inútil.

—Exactamente fueron seis, dos más que contigo. — Agarrándose de la mano empezaron a rodear la pista.

—Y con menos resultados.

Es que era para matarle. —He ganado el oro nacional en estos últimos años, no han sido resultados tan malos.

—¿Y en los mundiales? —Gruñó por dentro porque lo sabía de sobra. —Katherina y Aizik os ponían las cosas difíciles, ¿no? En los últimos dos mundiales os aplastaron. ¿Sabes lo que se dice por ahí?

Sabía de sobra lo que se decía por ahí. —Ilumíname.

—Que ganabais los nacionales porque eres la favorita del jurado.

—¿No me digas? Pues Bethany y Marc tampoco quedaron por encima de nosotros en los mundiales y quedaron segundos en los nacionales. ¿No serán las malas lenguas que pueden tener muy mala leche?

—¿Tú crees? Tienes que ir más rápido, Lena.

Se le cortó el aliento al escuchar el diminutivo que él le había puesto a su nombre años antes. Nadie la llamaba así, solo él y fue como una puñalada en el alma. No pudo evitar ese dolor porque había deseado que la llamara así los últimos seis años, pero decidió ignorarlo alargando la zancada en cada deslizamiento. Empezaron a coger mucha velocidad y él repitió —¡Más rápido! ¡Te estás quedando atrás!

Jamás patinarían en competición a esa velocidad, pero no pensaba decir ni una palabra siguiendo su ritmo lo más concentrada que podía. Por el rabillo del ojo vio que su padre bajaba los

escalones de las gradas, pero no dejó que la desconcentrara. Keevon cogió su mano con la izquierda y ordenó —Dame la mano.

Sin pensar le dio la otra mano y él tiró de ella elevándola. Antes de darse cuenta estaba a su espalda sujeta a su hombro sobre una sola rodilla y Keevon soltó sus manos. —¡Eleva la barbilla!

—Eso es lo que estoy haciendo, ¿ahora tienes ojos en la nuca? —Agarró sus manos y giró hacia adelante para caer ante él. Sujetándola por la cintura patinaron juntos y la elevó sobre su cabeza. Mikelena elevó una pierna antes de que la dejara de nuevo en el suelo. Rio de la alegría porque solo con él podía sentirse así patinando y se giró para verle de mala leche. Clavando el extremo del patín se detuvo en seco. —¿Qué pasa ahora?

—¡Deja de reír, joder! ¡Tómatelo en serio!

Perdió la sonrisa del todo. —¿Ahora no me lo tomo en serio? ¡Te recuerdo que he venido hasta aquí! ¡Eso debería ser suficiente para demostrar que quiero el oro! —Algo le llamó la atención en las gradas y al ver a su tío Mike chilló patinando hacia allí. —Pero bueno, ¿qué haces tú aquí?

Bajó los escalones riendo y se acercó a ella para abrazarla. —¿Creías que te ibas a librar de mí? Nada me separaría de mi niña.

Su padre se acercó a ellos. —Ha decidido tomarse unas vacaciones y ha alquilado la pista de Montana. Se la ha cedido a Jacqueline durante todo un año, cielo.

Se llevó una mano al pecho de la impresión. —¿De veras?

—Bueno, si tú vas a estar aquí los próximos meses no tenía sentido que me quedara allí. —Miró sobre su hombro y perdió la sonrisa. —Keevon...

—Mike, me alegro de verte.

—Pues no se nota.

Mikelena miró hacia él. —Sí, tío, al parecer ahora siempre tiene esa cara de seta.

—Menos mal que has vuelto a su vida, a ver si se alegra.

Se sonrojó. Es que su tío no tenía ningún tacto. —¿Estás también en el hotel? ¿Ya te has instalado?

—Tengo las maletas en el coche. Te he traído unas cuantas cosillas.

—Gracias, es que ha sido todo un poco precipitado, no esperaba que me exigiera entrenar ya. Papá iba a ir y...

—No pasa nada, ya me he encargado yo. —Se frotó las manos. —Bueno, nos vamos a desayunar y a buscar casa. —Miró a Keevon a los ojos. —A no ser que nos cedas alguna habitación en tu casa.

—¡Tío!

—Niña, tiene una casa enorme. O al menos eso me ha dicho el tío de la gasolinera. Sería más práctico, como cuando él se quedaba en la nuestra. Ya sabes, para que podáis trabajar en las coreografías y esas cosas en los ratos muertos. No hay mucho tiempo hasta las olimpiadas.

Sonrojada por su descaro miró a Keevon. —No le hagas caso, buscaremos algo cerca de la pista y asunto arreglado. No queremos invadir tu espacio, ¿verdad papá?

—Bueno, al parecer él tiene la casa muy cerca y si es grande no molestaremos cuando quiera estar solo.

—¡Papá! —Se puso como un tomate antes de sisear —Vete a buscar casa.

—No hace falta —dijo Keevon dejándola de piedra—. Frank tiene razón, es grande, no nos molestaremos cuando alguno de nosotros quiera su espacio.

Aquellos dos sonrieron de oreja a oreja y su tío dio otra palmada sobresaltándola. —Pues asunto arreglado. No te preocupes, no hace falta que nos acompañes. La encontraremos, este pueblo es muy pequeño.

—No, pero...

—Déjalo Lena, no pasa nada.

Se moría de la vergüenza viendo como su tío y su padre prácticamente salían corriendo. ¡Dios, iba a vivir en su casa! Aquello podía salir fatal. Se giró hacia él. —No tienes que hacerlo.

Entrecerró los ojos. —¿Y que me critiquen en el pueblo por no acogeros? Ni hablar, yo tendré que seguir viviendo aquí cuando os larguéis. —Patinó dándole la espalda. —¡Mueve el culo! ¡Ya está bien de cháchara!

Parpadeó asombrada. Bueno, si no le importaba tener a la familia Preston en su casa, ella no iba a decir ni una palabra más. Él se lo había buscado.

Agotada apoyó las manos en los muslos para respirar hondo. —Joder, estás muy baja de forma.

La madre que lo parió. Levantó la vista mirándole con rencor. —Me operaron hace tres meses. Es el primer entrenamiento que hago en serio con una pareja.

—Pues ya puedes ponerte las pilas porque sino haremos el ridículo en los juegos. —Juró por lo bajo al ver que unos operarios empezaban a poner las protecciones de plástico transparente para el partido de hockey. —Se acabó el entrenamiento en pista. Vete al gimnasio a correr veinte kilómetros.

—Sí, jefe. —Sin energías patinó hasta la puerta y la abrió dejando pasar a unos chicos que llevaban unas cajas de herramientas en las manos. Un chico rubio le guiñó un ojo y esta sonrió. —Buenos días.

—Buenos días, hermosa.

—¡Jack! —gritó Keevon—. ¡Tú a tu trabajo que no te pago para ligar! —Miró hacia ella furioso. —¡Y tú deja de molestar a mis chicos!

Le fulminó con la mirada mientras se ponía como un tomate. —Sí, jefe.

Sonrojada porque todos se les habían quedado mirando, salió de la pista y se puso las protecciones de las cuchillas antes de caminar cabreada hacia el vestuario. Es que era para matarle. ¿Ahora ella era la ligona cuando había tenido que soportar a cien chicas babeándole encima? Aquello era el colmo. Además, podía ligar con quien le diera la gana, que ya era mayorcita. Cualquiera que le escuchara pensaría que era un pendón. Sentada ya en el banco desatándose las botas frunció el ceño. Lo había gritado en un tonito muy sospechoso. Su corazón dio un vuelco. ¿Estaría celoso? Sí, está celoso porque está loquito por ti, dijo con ironía la parte racional de su cerebro. Tan loquito por ti que te ha ignorado seis años y eso mientras se acostaba con otras, que Marion es buena prueba de ello. Bufó quitándose la bota y se puso la deportiva. Deja de pensar estupideces, has venido hasta aquí para conquistar su corazón y conseguir el oro. No te dejes llevar por las fantasías que luego llegan las decepciones. Tú a trabajar y si por un milagro del destino logras que se enamore de ti, pues a celebrarlo. Mientras tanto no hay nada que celebrar.

La puerta del vestuario se abrió y le vio entrar con cara de mala leche. —Sí, ya voy a correr.

—¡Quiero dejar algo muy claro, estás aquí para trabajar!

Parpadeó porque no se esperaba para nada que continuara con el tema. —Ya lo sé.

—No quiero rumores por el pueblo de que en tus ratos libres estás con unos o con otros, ¿me has entendido?

—Lo que no entiendo es que...

—¿Me has entendido? —preguntó furioso.

Parecía a punto de decirle que se largara de allí y asombrada susurró —Sí.

—Que no tenga que volver a repetírtelo.

Salió del vestuario dando un portazo y Mikelena parpadeó sin poder creérselo. —¿Y qué coño le importa lo que piensen en el pueblo de mí?

Capítulo 3

Estaba corriendo en la cinta cuando le vio entrar en el gimnasio. Sin dirigirle una sola palabra fue hasta el banco de pesas y preparó las mancuernas. Se sentó en el banco y le vio doblar el brazo varias veces mirando al suelo. Estaba claro que esos últimos años le habían vuelto de lo más sociable. Mikelena miró el panel de su cinta de correr y vio que había sobrepasado los veinticinco kilómetros, así que empezó a bajar el ritmo.

—¿Qué haces? Sigue corriendo.

—Me dijiste veinte.

Él se acercó a ella para mirar la pantalla. —¡Pues que sean cuarenta, no sudas, no estás haciendo esfuerzo y sin esfuerzo no hay resistencia!

—Será que ya lo he sudado todo.

—Muy graciosa.

—Son las once de la mañana.

—¿Y?

—Que llevamos así desde las cuatro y media.

—Tienes que recuperar el tiempo perdido.

—Mira majo, tengo hambre, me voy a desayunar. ¿O prefieres que me desmaye aquí mismo por una hipoglucemia?

Él entrecerró los ojos. —Mañana tráete un plátano.

Sonrió. —Lo hubiera traído, pero como en el hotel no habían abierto el restaurante...

—No me cuentes tu vida.

Sin dejar de caminar le vio regresar al banco de pesas. Siguió bajando el ritmo de la cinta hasta que la detuvo y cogió la toalla para secarse mirándole fijamente. —¿Por qué eres tan borde conmigo?

Keevon se tensó. —Alguien tiene que tomárselo en serio.

—¡Yo me lo tomo en serio, siempre ha sido así! ¡No es justo que digas eso! ¡Siempre quieres entrenar a esta mierda de horas y jamás protesté!

—¡Sabes por qué lo hacía, si queremos intimidad tiene que ser a esta hora!

—No es justo que digas que no me lo tomo en serio.

Sonrió con burla dejando la mancuerna en el suelo. —¿Tan en serio como cuando le dijiste a Judith que te importaba una mierda ganar medallas?

Se le cortó el aliento. —Fue un comentario estúpido y le demostré que no era cierto cuando la arrasamos en la pista. ¿Por qué sacas un comentario hecho cuando tenía trece años? Era una cría y estaba enfadada porque ese fin de semana era mi cumpleaños.

—Claro era más importante celebrar tu cumpleaños que el campeonato nacional.

Enderezó la espalda. —¿Eso es todo lo que tienes contra mí? —Le miró con desprecio. —Es increíble que después de todo lo que me hiciste, tengas los huevos de recriminarme a mí nada. ¿Tú hablas de si me lo tomo en serio? ¡Yo llegaba de un entrenamiento cuando llegó tu representante para decir que lo dejabas! ¡Yo estaba allí! ¡Fuiste tú quien se fue sin una explicación!

Keevon se levantó. —¿Quieres una explicación?

—¡Sí! ¡Me la merezco! ¡Merezco saber por qué te largaste, por qué tiraste todo nuestro trabajo por la borda, por qué me odias tanto y por qué me tratas así!

—¡Por esto! —Se levantó la camiseta para mostrar la cicatriz que tenía en un costado y Mikelena palideció mientras él sonreía con

ironía. —¿La ves?

—¿Qué? —Alargó la mano, pero se apartó como si no soportara ni verla. —¿Qué ocurrió?

—¿Recuerdas qué pasó un mes antes de los nacionales?

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Tuvimos unos días libres, te fuiste de vacaciones con tus amigos. A Suiza.

—Sí, a Suiza. Me desmayé en una de las pistas. Menos mal que no se enteró la prensa. Me trasladaron al hospital, al principio dijeron que era agotamiento, pero los resultados de las pruebas dijeron otra cosa. Tenía un tumor en el hígado, había que operar cuanto antes.

—Keevon...

—¿Qué hice yo? Salir del hospital, decir a mis amigos que no pasaba nada, pasar los días que quedaban de vacaciones simulando que todo iba bien y provocar fotos que salieron en varias revistas mientras hacía que me lo pasaba genial. En cuanto el avión me dejó en Montana, cogí otro que volvió a llevarme a Suiza y me operaron.

—¿Por qué no me dijiste nada?

—¡Joder, eras una cría, intentaba protegerte! ¡El médico me dijo que la recuperación sería lenta, no podría hacer los nacionales! ¡Y si era cáncer no podría patinar hasta que terminara el tratamiento y estuviera limpio, eso sí estaba limpio algún día!

Sintió que se le retorcía el corazón por el dolor que expresaban sus palabras. —Dios mío...

—Llamé a mi agente y le expliqué la situación. Le ordené que no te dijera nada para no preocuparte y os comunicó que no volvería. —Dio un paso hacia ella fuera de sí. —¿Y qué hiciste tú? ¡Mientras yo estaba en esa cama de hospital sin saber si moriría, no me llamaste ni una sola vez para hablar conmigo!

Sus ojos se llenaron de lágrimas por su dolor.

—¡Después de cuatro años juntos no pediste ninguna explicación! ¡Yo te hubiera mentado, pero ni te preocupó!

—No, Keevon, te juro...

—¡No me jures! ¡No me creería una mierda! —le gritó a la cara.

—¿Estás bien?

El desprecio en su mirada la estremeció. —Me das asco. Solo te has acercado a mí ahora que te interesa. Eres una zorra que solo busca un oro y el dinero que pueda conseguir a mi lado, pero te juro por mi madre que está bajo tierra que vas a sudar sangre para conseguirlo.

Se fue dejándola tan impresionada que sintió que no le sostenían las piernas y se llevó la mano a la garganta intentando reprimir un sollozo mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. —Dios mío... —Había pensado mal de él todos esos años y toda la culpa había sido suya. Tenía razón, no le había llamado ni una sola vez pensando solo en su dolor por su pérdida. Ni se había imaginado que pudiera pasarle algo porque había visto esas fotos. Y mientras tanto él había estado solo, había pasado por todo eso solo. Y ella recriminándole que se lo debía. No le extrañaba que la odiara.

Después de una hora sentada en el banco de abdominales se levantó limpiándose las lágrimas y fue hasta el vestuario. Cogió su bolsa y sacó su teléfono móvil. Sorbiendo por la nariz se lo puso al oído. —¿Papá? Recógelo todo y ven a por mí a la pista.

—Hija, ¿qué ocurre?

—Volvemos a casa, eso ocurre. —Sollozó sin poder evitarlo.

—Mikelena, ¿qué pasa? —preguntó alterándose.

—Estuvo enfermo, papá. Estuvo enfermo, por eso lo dejó. Le operaron y no le llamé ni una sola vez para saber lo que ocurría.

—¿Qué?

Intentó reprimir las lágrimas. —Soy tan egoísta...

—No eres egoísta, cielo. ¿Quién iba a pensar que había sucedido algo así?

—Ven a por mí, no me quiere en su vida.

—¡Ni de broma voy a consentir que te vayas! ¡Os he visto en la pista, lo que había aún sigue ahí!

—Papá, por favor.

—¿Vas a abandonarle de nuevo? —gritó su padre cortándole el aliento—. ¡Es el momento de demostrarle todo lo que te importa, no de huir!

—Cree que no me importa nada, que nunca me ha importado. Piensa que solo me muevo por el dinero y esa medalla.

—Cielo, está dolido. Hará lo que sea porque abandones, ¿no te das cuenta?

—No quiere ni verme —dijo entre lágrimas—. Solo busca vengarse, por eso me dijo que me quedara.

—Pues será una lucha de voluntades, porque no pienso dejar que pierdas tu felicidad por miedo a que te haga daño. Hicimos mal, debimos hablar con él sobre lo que ocurría, pero ya no hay marcha atrás. Solo queda intentar reparar el daño. —Se quedaron unos segundos en silencio. —Hija, si te vas de aquí no volverás a verle nunca más. ¿Crees que no sé que ibas a las competiciones deseando verle en las áreas de descanso? Vivías para esos momentos, lo sé.

Sus labios temblaron sin saber qué decir.

—Aunque fueran solo unos minutos, atesorabas esos momentos. He visto cómo estos años veías los videos de sus competiciones a escondidas y cómo disimulabas cada vez que salía en la televisión. ¿Prefieres sufrir en silencio o sufrir intentando que vuelva a tu vida?

—Intentando que vuelva a mi vida.

—Pues estás en el lugar correcto, cielo. Ahora solo queda luchar.

Salió del vestuario con el abrigo puesto y pasó por la pista para subir los escalones de las gradas en lugar de salir por atrás. Esperaba verle, pero solo había operarios terminando de poner los paneles de protección transparentes. Apretó los labios recorriendo el hall y empujó la puerta para salir. Su padre estaba al lado de su cuatro por cuatro y cuando llegó hasta él, Mikelena sonrió con tristeza. Frank vio su rostro congestionado por las lágrimas y la abrazó. —Todo irá bien. Vamos, está en casa.

—Papá...

—Vivir con él nos da ventaja.

—O se la da a él.

Sonrió divertido. —Sé que hacemos lo correcto. —La abrazó por los hombros y la guió hasta la puerta.

—¿Sabe que os lo he contado?

—No, creo que lo mejor es que hablemos de esto todos juntos. Lo que sí he hecho es llamar a Martin.

Le miró sorprendida. —¿Por qué has llamado a su representante?

—Para hablar de los contratos. —Abrió la puerta. —Y de paso para decirle cuatro cosas por no habernos avisado. Dejó que el chico pasara solo por eso.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que él solo podía hacer lo que le ordenaba su cliente y me ha dado las gracias por las comisiones que ganará gracias a mí.

—Será cabrito. —Furiosa se sentó y su padre sonrió irónico cerrando la puerta. Cuando se puso tras el volante preguntó —¿Te dijo algo más?

Frank arrancó el coche. —Que ahora está sano, cielo.

Emocionada sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas de nuevo. Intentó evitarlas. —¿De veras?

—No era cáncer, era un tumor benigno que creen que estaba ahí desde pequeño, pero que creció más de lo normal. Tiene que

mantener unas revisiones porque temen que se reproduzca, pero de momento no ha habido problemas.

—¿Así que está bien? —preguntó emocionada.

—Sí cielo, está bien.

Vio que el coche entraba por un camino que estaba flanqueado por árboles enormes llenos de nieve. —Qué bonito.

—Pues ni te imaginas como es la casa.

De repente los árboles desaparecieron dejando ver un gran claro y en el centro había una casa enorme de dos plantas hecha con grandes troncos. —Por Dios...

Frank rio por lo bajo. —Sí, eso mismo dije yo. Tiene diez habitaciones, eso me ha dicho la señora Fletcher.

—¿La señora Fletcher?

—Es su ama de llaves. Una mujer muy atractiva.

Le miró con los ojos como platos. —¿Qué has dicho?

—Eso ha dicho tu tío.

Lo había dicho de una manera que parecía que le molestaba que su tío intentara ligársela, aunque era obvio que su padre intentaba disimularlo. Solo le faltaba aquello para rematar el día. Su padre detuvo el coche ante la puerta y Mike salió de la casa sonriendo de oreja a oreja con una cerveza en la mano. Ella forzó una sonrisa antes de bajar del coche. —Cielo, ¿tienes hambre? June ha hecho una comida deliciosa para darnos la bienvenida.

—¿June? —preguntó mirando de reojo a su padre que intentaba no mostrar nada.

—Oh, es el ama de llaves de Keevon. ¿A que tiene un nombre precioso?

—Sí, me encanta. —Subió los escalones algo incómoda y una mujer morena de unos cuarenta años apareció en la puerta. La sorprendió lo hermosa que era con sus rizos morenos y su moderno jersey blanco. Era obvio que le gustaba vestir bien porque hasta los vaqueros eran de marca. —Bienvenida —dijo agradablemente.

—Gracias.

—Soy June.

—Yo soy...

Se echó a reír. —Ya sé quién eres, he visto todas tus competiciones desde que eras niña.

—¿De veras?

—Eres mi patinadora favorita. Pasa, pasa, te vas a quedar helada. Seguro que te mueres por un baño y algo de comer.

—No tengo mucha hambre, pero sí que me ducharía. —Entró en la casa y se quedó impresionada con lo enorme que era el hall y lo bonito que estaba decorado. No era como la típica cabaña de madera con tapices y cabezas de ciervo colgadas en las paredes, de hecho, parecía que aquella casa había sido decorada por una mujer porque había cuadros de colores brillantes y bonitos cojines hechos de patchwork. —Qué bonitos.

—Gracias, los he hecho yo.

—Se nota que tiene mano, yo no sé ni coser un botón.

—Estoy segura de que eso no es cierto —dijo yendo hacia las escaleras—. Ven, te enseñaré tu habitación. Tu padre ya ha colocado tus maletas allí.

—Gracias papá.

—De nada, niña. No tardes, ¿quieres? June ya lleva un rato esperando por nosotros.

—Oh, lo siento.

—No pasa nada, vienes del entrenamiento. —Entraron por el pasillo de su derecha y abrió la puerta del medio. —Esta será tu habitación. Espero que estés muy cómoda.

—Es muy amable.

—Por favor tutéame.

Miró la habitación dejando la bolsa sobre una silla y se quedó sin aliento al ver el enorme dosel que tenía la cama. Era de madera

y en sus postes tenía labradas imágenes del bosque. Pasó el dedo por uno de los ciervos. —Maravillosa.

—Lleva en la casa toda la vida. Antes estaba en la habitación de Keevon, pero es demasiado corta para él. —Soltó una risita. —A veces se golpeaba los pies con los postes.

Al ver que esa mujer la observaba fijamente se sonrojó porque seguro que se había dado cuenta de que había llorado, pero tuvo la educación de no decir nada al respecto. —Bueno, dejo que te acomodes. Baja cuando quieras. El baño lo tienes en esa puerta.

—Gracias.

Le guiñó un ojo antes de salir de la habitación cerrando la puerta. Mikelena con curiosidad se acercó a la ventana. Separó los labios de la impresión al darse cuenta de que la casa estaba rodeada por un bosque nevado que le daba un aspecto idílico y a la vez perturbador por lo aislados que estaban. Aunque no podía negar que la intimidad era un plus. En su pueblo todo el mundo la veía salir de casa y siempre estaban con preguntas incómodas sobre a dónde iba o lo que iba a hacer, para colgarlo de inmediato en las redes sociales. Su padre le había dicho mil veces que si se mudaban, pero era su pueblo, donde había nacido y donde había aprendido a patinar. Era donde Keevon había vivido mientras entrenaba con ella y allí había pasado los años más felices de su vida.

Recordó como estando con Dora en la pista de patinaje de su tío, hablaban de un chico guapísimo del colegio mientras se ataba las botas. La madre de Dora, que era su entrenadora entonces, les gritó que se dieran prisa. Con doce años corrieron hasta la pista y Jaqueline sonrió mientras se deslizaban hacia ella. —Tengo una sorpresa para vosotras.

Sonrieron de oreja a oreja.

—Hoy vais a patinar por parejas.

Dos chicos se acercaron a la pista hablando entre ellos y ambas dejaron caer la mandíbula del asombro porque eran mucho más mayores que ellas.

—Os presento a Keevon Garner y George Campos. Son patinadores que han venido a una exhibición. En los últimos nacionales han quedado en primer y segundo puesto en individuales.

Fascinada vio como Keevon entraba en la pista y sonriendo se acercaba a ellas. Era tan guapo que el chico del colegio había pasado a la historia.

—Han sido muy amables de venir hasta aquí porque el entrenador de Keevon es un viejo amigo mío de cuando competía. Les he dicho que tengo dos jovencitas con mucho talento que nunca han patinado en parejas y como no tienen que irse hasta esta tarde, aquí están para pasar el tiempo.

—Será divertido —dijo George guiñándole un ojo a Dora que suspiró de manera exagerada como había visto hacer a su hermana.

Mikelená le dio un codazo mientras su profesora las presentaba, pero su amiga no le hizo ni caso. Sonrió tímidamente a Keevon. —Hola.

—Hola. —Alargó la mano. —¿Empezamos?

—Sí. —Cogió su mano sintiendo que todo su cuerpo se electrizaba y ahí perdió para siempre su corazón. Fueron las dos horas más divertidas y didácticas de su vida. Con él aprendió muchísimo y cuando la elevaba sentía que volaba. Pero todo lo bueno se acababa y llegó el momento de la despedida. Su profesora les dio efusivamente las gracias y ella observaba sintiendo una pena enorme porque se hubiera acabado. Recordó como la besó en la mejilla y le dijo que volverían a verse muy pronto.

—Este año me presentaré al nacional junior —dijo ella.

—Espero que me dejes con la boca abierta.

—Lo intentaré.

Él patinó hacia la salida, pero de pronto se detuvo y preguntó —¿Cuántos años tienes?

—Cumpliré trece en tres meses —dijo su entrenadora a toda prisa.

Keevon asintió. —Suerte.

—¡Gracias por venir! —gritó su entrenadora.

Cuando se alejaron Jaqueline dijo —¡Sí!

—¿Por qué estás tan contenta, mamá?

—Oh, por nada. Me ha encantado tenerles aquí, ¿y a vosotras?

Mikelená seguía mirándoles mientras iban hacia los vestuarios y justo antes de desaparecer en el pasillo Keevon la miró sobre su hombro. Ella se sonrojó agachando la vista de inmediato, avergonzada porque la hubiera sorprendido mirándole.

Durante los días posteriores no dejó de hablar de él a su tío y a su padre. De hecho, les contó cada detalle y no paró de decir cuanto había disfrutado con él, pero luego se apenaba porque ya no volverían a patinar juntos.

Y llegó el campeonato nacional. Para su sorpresa estaba allí a pesar de que él podía participar en categoría senior. Se sentó a su lado mientras esperaba su turno y ella le miró de reojo. —¿No patinas mañana?

—Sí, pero he venido a verte.

Sonrió. —¿A mí?

—Solo a ti.

—¿Por qué?

—Porque quiero saber de la pasta que estás hecha. —Miró a su alrededor. —Ahí están Maritza y Gloria.

—Son las favoritas.

La miró fijamente. —Aquí no hay favoritas. Todas tenéis las mismas oportunidades, el mismo hielo, todas podéis ganar. Todo depende de tu ejercicio, solo de tu ejercicio y lo bien que lo hagas. ¿Quieres patinar conmigo en parejas?

Le miró asombrada. —¿En parejas?

—Creo que haremos buena pareja, ¿te gustaría?

—¡Sí! —dijo emocionada—. Claro que sí.

—Pues gana esta competición. Si no ganas no hay trato.

Se quedó sin aliento viendo cómo se levantaba y se alejaba. Miró al frente sin poder creerse lo que acababa de pasar, podía conseguirle de compañero. Solo tenía que ganar. ¿Solo? Miró a sus rivales. Esas dos ya tenían diecisiete años y tenían mucha más experiencia que ella. Entrecerró los ojos porque eran unas listas que preferían quedarse en esa categoría que pasarse a la Senior donde competirían con gente con mucha más experiencia que ellas. Pero daba lo mismo, en esa categoría o en otra siempre tendría que luchar por ganar. Tenía que conseguirlo, tenía que ganar esa competición. Se apretó las manos nerviosa porque no la había olvidado. Emocionada miró hacia él que estaba hablando con su padre. Este estaba entre sorprendido y alegre. Ambos se volvieron hacia ella y Jaqueline se sentó a su lado intentando disimular sus nervios. —¿Estás lista?

—Sí.

—Diviértete.

Se levantó mostrando su malla blanca con cuentas brillantes en forma de estrella y su falda de gasa transparente. Fue hasta la puerta y respiró hondo cuando escuchó su nombre por megafonía. Tienes que conseguirlo. Se deslizó hasta el medio de la pista y puso su pie derecho hacia atrás. Pasó en un suspiro. Patinó como en una nube realizando los ejercicios de manera impecable y cuando terminó escuchó los aplausos que la llevaron a ser consciente de lo que había ocurrido. Se inclinó para saludar mientras las niñas de las gradas le tiraban peluches a la pista. Impresionada se giró para saludar de nuevo y sus ojos coincidieron con los de Keevon que sonrió asintiendo. A toda prisa salió de la pista y se acercó a él. — ¿Eso quiere decir que sí? Sé que solo es el programa corto, pero prometo hacerlo mejor después. Por favor di que sí.

—Sí.

Esa simple respuesta había sellado su destino y pasaron los dos a parejas. No podían pasar con los seniors porque ella aún no tenía quince años según la normativa internacional en ese momento, pero el tiempo que aún tenía hasta que ella cumpliera la edad les

venía bien para amoldarse. Keevon tenía muchos planes y poco a poco su fama como pareja fue creciendo hasta llegar a lo más alto en las competencias inferiores. Cuando llegaron a Senior y lo que él llamaba la competición de verdad, estaban más que compenetrados. No les costó superar a parejas con mucha más experiencia que ellos y empezaron a ganar medallas importantes. Los patrocinadores se volvían locos por conseguir que firmaran sus contratos y llegaban a pagar cualquier cantidad que su padre y el representante de Keevon pidieran. Programas de televisión, radio... No había límites. Y al fin llegaban las olimpiadas. El nacional y el mundial no le importaban, pero era un camino obligatorio antes de la única prueba que no había ganado. Y ni la ganaría después de que se fuera. Apretó los labios recordando la última vez que habían hablado. Salieron de la pista y ella estaba enfadada porque él se iba de viaje. Sabía que en su grupo había algunas mujeres que eran grupis de los patinadores. —¿En serio te vas a ir?

—Un descanso nos vendrá bien antes de las competencias.

—Precisamente ahora es cuando hay que trabajar.

—También hay que disfrutar. —La besó en la mejilla. — Pásatelo bien en tus días libres.

Gruñó viendo como iba hacia el vestuario. —Pásatelo bien en tus días libres —dijo ella con burla mientras se alejaba—. ¡Pues que sepas que me buscaré a otro que quiera trabajar más!

—¡Le agotarías en dos días, preciosa!

Sonrió recordando como le gustó que la llamara así y como se sintió entrando en el vestuario. Ya no había vuelto a hablar con él hasta la tarde anterior. Un error que no se perdonaría nunca. Suspiró abriéndose la cremallera de la chaqueta del chándal y fue hasta el baño. Tenía que arreglarlo, tenía que hacer que la perdonara. Tenía que demostrarle que le importaba mil veces más él que esa maldita medalla. Se le cortó el aliento. El triple salto mortal. Nadie lo había hecho nunca en patinaje sobre hielo por parejas. No sabía cómo reaccionarían los jueces a algo así. Aunque hubieran permitido un salto mortal en el ejercicio, estaban hablando de tres giros en el aire

antes de caer al suelo, puede que les sancionaran por la peligrosidad, pero era lo que él quería. La gloria, había hablado de hacer historia. La medalla había dejado de tener importancia. Si Keevon quería hacer historia, ella se iba a dejar la piel para conseguirlo.

Capítulo 4

Vestida con unos pantalones de punto a juego con un jersey blanco y unas deportivas, bajó las escaleras apartando de su hombro su húmeda melena rubia que ya le llegaba hasta la mitad de la espalda. Siguió el sonido de sus voces hasta una cocina enorme donde su tío, su padre y June hablaban.

June la miró. —Oh, ya estás aquí, estupendo, ¿tienes hambre?

—Sí, la ducha me ha abierto el apetito.

—Eso está muy bien, hacéis demasiado ejercicio, debéis alimentaros. —Fue hasta la mesa para dejar la ensalada. —¿Puedes avisar a Keevon? Está en la sala de video.

—¿La sala de video?

—Está al lado del despacho.

Como si supiera donde estaba el despacho. Se alejó y al llegar al hall miró a su alrededor. Escuchó una música y caminó rodeando la escalera para ver dos puertas. La del despacho estaba abierta y no había nadie, así que tenía que ser la otra. Se acercó allí e iba a llamar cuando se detuvo en seco poniéndose nerviosa por cómo reaccionaría al verla después de su última conversación. Juró por lo bajo. —Valor Mikelena. —Sin pensar llamó a la puerta y abrió para ver en una pantalla gigante como la elevaba sobre la cabeza. La figura era perfecta y le dio un vuelco al corazón porque hacía años que no veía imágenes nuevas de ellos dos juntos. Se acercó a la pantalla y él dijo —Mira esto. —La imagen fue hacia atrás dos segundos y la volvió a poner antes de que la dejara en el suelo. — ¿Qué ha sido eso, Lena?

Apretó los labios por el fallo. —He estado a punto de caer, calculé mal tu altura. ¿Has crecido?

—Muy graciosa. —Se levantó apagando el reproductor. — Recuerda con quien estás patinando.

—Intentaré no olvidarlo. La comida está lista. —Salió ante él porque era obvio que todo lo que Keevon dijera sería para fastidiarla y necesitaba comer para tener fuerzas.

Llegó a la cocina y June le dijo —Siéntate al lado de tu padre, ¿quieres?

—Sí, por supuesto. —Se sentó donde dijo y Keevon lo hizo en la cabecera a su lado. Llegó hasta ella el olor de su jabón y se mordió el labio inferior antes de coger la botella de agua. Tenía la boca seca. La carne tenía un aspecto delicioso y las patatas con mantequilla olían maravillosamente, pero tenía que adelgazar, así que solo cogió la ensaladera y echó una buena cantidad.

Su tío sentado frente a ella levantó una ceja. —Niña, ¿qué haces? ¿No vas a comer carne?

—No, no me apetece.

Todos miraron hacia Keevon que se estaba sirviendo de todo como si nada.

—Hija, tu entrenamiento es muy duro, necesitas proteínas, necesitas...

—Papá está bien así. —Le advirtió con la mirada y este gruñó antes de beber de su cerveza.

June forzó una sonrisa. —Pero algo de carne... Mira Keevon, él sí que la come.

Mejor cambiar de tema. —Así que eres el ama de llaves. ¿Vives aquí?

—Sí, en una habitación del tercer piso.

—¿Hay tercer piso?

—La buhardilla, toda la planta es para mí. Estoy muy cómoda, es como tener mi propio piso. Las navidades pasadas Keevon me

regaló una televisión enorme y ha hecho que el carpintero me haga cajones y armarios en los costados de la buhardilla para que guarde mis cosas. Soy una fanática de las manualidades y lo tenía todo metido en cajas. Pero él fue muy amable y generoso.

—No fue nada —dijo molesto.

—¿Llevas mucho aquí? —preguntó ella.

—Voy a hacer seis años, me mudé cuando Keevon compró la casa.

Se hizo un silencio incómodo y todos miraron hacia él que comía sin levantar la vista del plato. June intentó llenar el vacío diciendo —Fue cuando hizo la pista de patinaje. Aquí fue todo un acontecimiento porque en el pueblo no había. Y sin embargo ahora vienen estudiantes de todo el estado e incluso si es verano del país. Se mueren porque él les enseñe.

—Es lógico, es un campeón olímpico —dijo su padre.

—¿Y cómo vas a organizar las clases a partir de ahora? —preguntó ella—. Si quieres te ayudo por las tardes.

—No es necesario.

—Y yo podría pasar la máquina para pulir el hielo —dijo su tío.

—Ya tengo un técnico para eso.

Mike apretó los labios. —Pues no sé qué voy a hacer mientras entrenáis, ¿alguien tiene alguna sugerencia?

—Oh, pues hay que hacer algunas chapuzas por la casa —dijo June—. ¿Sabes de eso?

—Soy el hombre indicado —dijo satisfecho.

—No tienes por qué hacerlo —dijo Keevon—. Contrataré a alguien para que lo haga a mi gusto. —Se levantó. —Me voy a la pista, hay partido de hockey.

—Oh, ¿vendrás a cenar? —preguntó June.

—No lo sé. —Fue hasta el hall y Mikelena vio cómo se ponía las botas y agarraba su plumas antes de salir de la casa. Por la

ventana vio que pasaba ante ellos para ir hacia la parte de atrás.

—¿A dónde va?

—El garaje está detrás. Por cierto, Frank mete el coche en el garaje porque sino mañana no podrás arrancar siquiera. Por la noche llegamos a menos doce grados centígrados.

—Tranquila, soy de Montana sabemos bien lo que es un invierno como este.

June sonrió. —Entonces no te espantarás.

—A mí me espantan pocas cosas. —Miró a su hija. —Hija come algo de carne.

—Sabes que tengo que adelgazar. —Mejor no le decía lo del triple porque se pondría como loco. —Así que te gustan las manualidades, ¿eh? ¿Qué es lo que más te gusta hacer?

—Pendientes de resina.

—Oh, me encanta. ¿Los vendes?

—Por internet. —Soltó una risita. —Y tengo muchas clientas.

—Se nota que cuando haces algo, lo haces bien —dijo Mike haciendo que su padre gruñera por lo bajo.

Sí, allí iba a haber movida. ¿Es que no tenían suficientes problemas? —Y dime, June, ¿tienes novio?

Esta se sonrojó. —No, la verdad es que no. —Negó con la cabeza. —Últimamente no me interesa mucho eso de ligar.

—¿No te gusta salir a bailar? —preguntó su tío.

—Le gusta hacer manualidades, ¿no lo has oído? —preguntó su padre empezando a mosquearse.

Su hermano le miró confundido. —Pero una cosa no quita la otra.

—Me gusta bailar.

—¿Ves?

—Pero aquí como no lo hagas en tu casa...

—¿No hay sitios para salir?

—Tienes que ir a la ciudad. Allí hay de todo, pero con este tiempo no apetece mucho meterse una hora de coche. El único sitio algo animado del pueblo es el bar de Pitt, tiene una máquina de discos y dos mesas de billar. Algunos se reúnen allí, sobre todo los hombres y los más jóvenes, pero no las mujeres de mi edad.

Era evidente que no tenía amigas con las que salir de marcha.

—Pero voy a misa, para ver a los que viven por los contornos, porque sino... —Hizo una mueca. —La vida en este pueblo es algo aburrida.

—Se parece bastante a Crownhills. Lo más entretenido que había por allí era ir a los partidos de fútbol del instituto.

June sonrió. —Entonces igual que aquí.

—Es curioso que de todos los lugares del mundo Keevon haya elegido vivir aquí —dijo su padre—. Podría haberse ido a cualquier ciudad del mundo y prefirió vivir aquí.

El ama de llaves apretó los labios. —Le gusta esto.

Mikelená se tensó porque parecía que ocultaba algo. — Cuando vivía con nosotros siempre decía que se iría a vivir a algún lugar cerca de Los Ángeles, que odiaba tanta nieve, que nunca se podía hacer nada. Que estaba bien para esquiar pero que el resto del tiempo sobraba. Dijo que no volvería a Nueva York, que es donde nació, porque era una locura de ciudad, pero que algo más animado que esto sí que buscaría.

—Pues cambió de opinión. ¿Seguro que no quieres carne? Va a sobrar un montón.

—June... —Apoyó los codos sobre la mesa mirándola fijamente. —No me conoces, por eso creo que debo advertirte que si quieres vivir tranquila y que no te haga preguntas incómodas, las contestes cuanto antes. ¿Por qué se vino a vivir aquí?

Miró a su padre antes de mirarla a ella y suspiró. —La casa me la compró a mí, era de mis padres. Puse un anuncio y él contestó. No estaba así cuando la compró, claro, invirtió mucho dinero en ella. Un día le pregunté por qué había decidido vivir aquí,

gastarse tanto en esta nueva vida. Me dijo que este sitio era perfecto para él, que no se podía recuperar lo que había perdido, pero que al menos viviría en un lugar parecido. Yo creí que se le había quemado la casa o algo así, pero al decir tú que vivís en un sitio parecido...

Su padre y su tío la miraron e hicieron una mueca. —¿Listo para mudarte del todo, hermano? —preguntó Mike.

—Estaré donde esté mi hija.

June sonrió. —Que bien.

Mike frunció el ceño mirándola fijamente como si estuviera procesando la respuesta a su hermano, pero de repente sonrió de oreja a oreja. —¿Te alegraría que nos mudáramos aquí?

June se sonrojó. —Sí, claro. Cuanta más gente mejor. —Se levantó de golpe. —¿Vais a ir al partido de hockey? Hoy seguro que estará muy animado.

—¿Tú vas a ir? —preguntó Mike.

—Sí, me encargo de vender bocadillos con unos chicos del pueblo.

—Eres toda una empresaria —dijo su padre sonrojándola de gusto.

Por la expresión que tenía su tío en el rostro, Mikelena gimió pasándose la mano por los ojos. Drama, preveía un drama de la leche.

—Hija estás agotada, ¿por qué no te acuestas un rato?

—Será mejor que no lo haga o no dormirá por la noche y tiene que levantarse muy temprano —dijo June.

—Ella tiene razón, papá. —Se levantó cogiendo su plato y lo llevó hasta el fregadero. —Creo que iré al partido de hockey, así me distraeré un poco.

—Entonces iremos todos.

—Aún quedan dos horas —dijo June—. ¿Alguien quiere postre?

Se moría por algo dulce, pero mejor que no. —No, gracias. — Los demás también dijeron que no les apetecía y su tío decidió ir a echarse una siesta porque no había pegado ojo en toda la noche por culpa del viaje. Su padre se animó también y solo quedaron ellas en la cocina después de limpiarlo todo. —Te ayudaré con los bocadillos.

—Oh, no tienes por qué.

—Así me entretengo.

June sonrió. —Gracias.

—No es nada. ¿Por dónde empiezo?

—Puedes sacar las salchichas del frigorífico.

Ella fue hacia allí y al ver la cantidad de salchichas levantó una ceja. Había al menos trescientas. Bueno, seguro que hacer los bocadillos no sería para tanto.

Cargada con seis bolsas llenas de bocadillos empujó la puerta con el trasero para ver como June soltaba una risita mientras su padre y su tío se disputaban coger el resto de las cosas del maletero. —Unas tanto y otras tan poco.

Se giró casi chocándose con Keevon que les dijo a unos chicos que estaban ante la entrada de la pista. —Venga, coged los bocadillos. Jerry, encárgate de las bebidas.

Ella les entregó las bolsas con una sonrisa y uno dijo por lo bajo alejándose —¿Has visto quién es?

—Cierra el pico.

—Ya puedes irte —dijo Keevon antes de alejarse.

Ni gracias ni nada. —¿No puedo ver el partido?

Se detuvo en seco antes de fulminarla con la mirada. —Es un partido infantil.

—¿Y? Me gusta el hockey.

—Haz lo que quieras. —Se alejó y Mikelena apretó los labios.

Su padre pasó ante ella y susurró —Ya le pondrás las pilas cuando os hayáis reconciliado, hija. Sonríe, te sacan fotos.

Vio que ante la entrada de los baños había dos chicas soltando risitas con el móvil en la mano apuntándola directamente. Genial, igualito que en casa. Les guiñó un ojo haciendo que gritaran encantadas y fue hasta la pista de hielo. La sorprendió la cantidad de gente que había mirando a los niños de unos diez años. Y estaba bastante animado. Es más, parecían demasiado animados. Un hombre gritaba desde la barrera al árbitro que era un inútil y otros muchos no se quedaban atrás. Sintió a alguien a su lado y la sorprendió al ver a Keevon. —No te sientes abajo, puede haber follón.

—¿Es una broma? Son niños.

—Hazme caso. En el último partido tuvimos que separar a dos padres que se liaron a puñetazos.

—¡Hija estamos aquí! —gritó su padre saludándola con el brazo.

—Ve con ellos —dijo antes de bajar e ir al área de profesionales para hablar con un hombre que asintió antes de decir algo por radio.

No daba crédito. La violencia en el deporte no debía consentirse bajo ningún concepto. Era vergonzoso que se comportaran así, menudo ejemplo les daban a sus hijos. Miró las gradas y suspiró porque dos hombres se gritaban a pleno pulmón. Bajó los escalones y pasó por delante de las piernas de los que observaban el partido para tocar con el dedo el hombro de uno de ellos. Este se volvió para mirarla con cara de mala leche. —Disculpe que le moleste, pero es que tengo la imperiosa necesidad de hablar con usted.

Se escucharon rumores a su alrededor y la mujer de ese tipo sentada frente a ella susurró —Cielo, es Mikelena, la estrella de patinaje.

—Oh... —El hombre sonrió. —¿Qué puedo hacer por usted?

Todos se quedaron en silencio observando y ella sonrió como una niña buena. La sonrisa que le había hecho ganar millones. — Estoy en una nueva campaña para el deporte, ¿sabe? Y en ella intentamos hacer ver que la presión ejercida desde las gradas puede provocar problemas de ansiedad muy graves en los niños.

—¿De veras?

—Oh, sí. Algunos se sienten poco valorados, otros avergonzados por las frases que gritan sus padres, otros incluso quieren dejar el deporte con lo beneficioso que es para su salud. Pero los que más me importan son los que caen en depresiones porque creen que no lo hacen bien por los ... ¡Puñeteros insultos, recriminaciones y bobadas que les salen por la boca a los padres! — gritó dejándolos a todos de piedra—. ¡Son niños! ¡Y están ahí para disfrutar y para hacer ejercicio! ¡Todo lo demás sobra!

El hombre parpadeó antes de ponerse como un tomate. —Oh, pues... —Se sentó a toda prisa y Mikelena fulminó con la mirada al otro que hizo lo mismo en el acto.

Ella sonrió. —Bien, ahora disfrutemos del partido. Y animen. Animen sin insultar. Hagan que sus hijos se sientan bien. Que vean que están orgullosos. —Juntó las manos ilusionada. —Que bien lo vamos a pasar.

—¿Puedo sacarme una foto contigo? —preguntó la mujer.

—Sí, claro que sí. —Se sentó entre ambos y todos sonrieron al móvil. —A mí mi padre me animaba mucho, ¿saben? Es importante sentirse apoyado.

—Gracias, gracias. —La mujer se acercó a su oído y susurró —Me tiene frita.

—Ahora se comportará mejor. —Se levantó y gritó —¿Alguien quiere un bocadillo? ¡Los he hecho yo!

Todos gritaron que querían uno y sonriendo se acercó a su padre y June que contenta dijo —Se venderán todos.

—Eso espero. —Se sentó a su lado y cogió un refresco que Mike le ofreció. —Gracias tío.

—Son buenos los de azul —dijo su padre.

—Ese es el equipo local —contestó June—. Desde que se abrió la pista les entrena Keevon. Aunque no es su deporte, hace lo que puede con los niños.

—Es mucho trabajo. El entrenamiento de un deportista de élite es muy intenso y después trabajar en la pista...

June asintió. —Sí, lleva unos años de lo más locos. Creí que ahora descansaría un poco ya que había dejado los campeonatos, pero has llegado tú y todo ha cambiado.

Ella esperaba que cambiara del todo. Miró hacia abajo y le vio hablando con Marion que parecía enfadada. —No sé por qué no quiere que le ayude con las clases.

—A las niñas les encantaría. Solo hay que ver cómo te miran. —June gritó de la alegría levantando los brazos porque había marcado el equipo local. —¡Bravo Tigers! —Le dio un ligero codazo. —Anima, que vean que te implicas con la comunidad.

Aplaudió gritando —¡Bien hecho!

June siguió su mirada. —Marion le ha apoyado mucho desde que llegó.

Gruñó cruzándose de brazos para mirar el hielo donde los niños patinaban hacia la portería de los visitantes. Se fijó en uno de los chicos que patinaba realmente bien mientras que los otros parecían más torpes.

—Salieron un tiempo, pero ahora solo son amigos.

Miró hacia ella. —¿De veras?

—No sale con nadie. Hace un año que nada de nada.

—Eso es imposible, no estás enterada. En mi pueblo las tenía a todas locas.

—Aquí la mayoría de su edad están casadas. Han pasado los años, las posibilidades disminuyen. Dímelo a mí.

—Sigue habiendo jóvenes sin casar, estoy segura.

—No creas que tantas, muchas se largan a la ciudad. Cuando llegó aquí sí que muchas se tiraron a él, pero las rechazó a casi todas. Y de muy malas maneras, la verdad.

—¿De veras?

—Que comprara la casa de mis padres, hizo que la gente rumoreara porque eso quería decir que quería vivir aislado. Pero su mala leche hizo que se ganara fama de huraño. De hombre serio y comprometido con la comunidad, pero huraño.

Apretó los labios porque antes de su enfermedad era muy abierto y aunque a veces tenía mala leche en los entrenamientos también era muy divertido. De hecho, fuera de la pista las conquistaba como moscas. Y estaba segura de que no solo era por la fama. Era evidente que lo que le había ocurrido le había afectado mucho y lo sintió muchísimo porque ella no estaba a su lado para apoyarle. Porque antes se apoyaban por mucho que él quisiera negarlo. De hecho, cuando falleció su madre, ella, su padre y Mike le acompañaron a Nueva York para asistir al funeral. Ahí se dio cuenta de lo mal que se llevaba con su padre con el que no se hablaba. Peter Garner nunca había querido que se dedicara al patinaje y ni viendo los éxitos de su hijo cambió de opinión. Durante el año siguiente, que fue el tiempo que ellos siguieron como pareja, Keevon no le llamó por teléfono para saber cómo estaba y Peter tampoco hizo nada por intentar acercarse a su hijo. Un día que ella discutió con su padre, Keevon le echó una bronca de campeonato dándole la razón a él en lugar de a ella. Le recriminó que no apreciara el padre que tenía y ella se cabreó con él por no ponerse de su parte. Qué curioso, ni recordaba por qué habían discutido, pero sí la reacción de Keevon.

Sus ojos recayeron en ese niño de nuevo, que levantaba el palo de hockey celebrando un tanto. Se levantó viendo como hacía un giro doble y patinaba hacia el centro de la pista para el saque. Se agachó al lado de June. —¿Quién es ese chico? El rubio que saca ahora.

—Oh, es Billy.

Asintió enderezándose y empezó a bajar las escaleras. Entró en la zona profesional cerrando la puerta después y se acercó a Keevon que miraba el partido. —Kev...—Se tensó al escuchar su voz. —Kev este chico. —Se acercó a él ignorando que no quería hablar con ella. —El rubio. —En ese momento golpeaba el disco. —¡Ese!

—Billy.

—Eso Billy, ¿le estás enseñando tú a patinar?

—¿De qué hablas? Juega al hockey.

Le observó patinar por la pista. —Tiene algo... Me recuerda a ti patinando.

—¿Tan mal lo hago?

—¡Mira cómo apoya la cuchilla por el interior! —Keevon entrecerró los ojos. —Mira su tobillo al girar. ¡Lo hace como tú!

—Creo que estás exagerando.

—No, de veras. Y cuando hizo ese giro... Tiene talento, lo haría bien, ¡tienes que hablar con sus padres!

—No conoces a su padre. Intenta decirle que su hijo tiene que salir del equipo de hockey para ser patinador y le dará un infarto. Muchos aún lo siguen considerando un deporte de gais, ¿sabes? Y esto es un pueblo.

—Creo que conociéndote a ti, ya se han dado cuenta de que eso es un cuento chino. Voy a hablar con ellos, ¿están por aquí?

La agarró del brazo. —No te metas en mi trabajo —siseó.

—Si veo talento, pienso potenciarlo. Ese niño vale para ser deportista y no pienso cerrar el pico por no ofenderte.

Él apretó los labios. —Hablaré con él después del partido.

—¿Lo harás? —preguntó con desconfianza—. Mira que me voy a quedar aquí unos meses y voy a tener tiempo de sobra para hablar con ellos.

—Lo haré yo.

—Vale. —Sonrió. —Como quieras.

Miraron hacia la pista. —¿No te vas? —preguntó molesto.

—Me gusta más verlo desde aquí.

Marion se acercó a ellos dándole un agua a Keevon. —Gracias —dijo él.

—De nada, cielo. —Hizo que la veía en ese momento. — Mikelena, qué sorpresa que hayas venido a esto. ¿No deberías descansar? —preguntó con ironía.

—¿Y tú? Te has levantado a la misma hora.

No dijo ni pío. Eso te pasa por lista, mamona. En ese momento un disco chocó contra la protección justo ante su rostro y ella se sobresaltó sin poder evitarlo.

—Deberías subir —dijo él mirándola como si allí molestara.

La sonrisa irónica de Marion la sacó de quicio. —Y acuéstate pronto, sé responsable, tienes mucho trabajo por delante.

Sí, era toda una mamona que le había declarado la guerra, eso era evidente.

Sin decir una palabra en respuesta se alejó de ellos y sintió la mirada de Keevon en su espalda todo el camino mientras subía los escalones e iba hacia la salida de la pista de hielo, pues quería estar sola. Abrió la puerta de cristal y salió al frío pisando la nieve. Se sacó el gorro del abrigo y se lo puso mirando al cielo. Pronto oscurecería. Esa noche nevaría con fuerza, el cielo estaba de un gris oscuro que daba miedo.

Empezó a caminar hacia la casa metiéndose las manos en los bolsillos del abrigo. No estaba demasiado lejos y le apetecía caminar. Salió del aparcamiento y caminó por la orilla de la carretera. Juró por lo bajo al recordar que no le había dicho nada a su padre, así que sacó el móvil y le envió un mensaje diciéndole que se iba para casa. Siguió caminando y empezó a nevar. Sonrió porque los copos eran enormes y alargó la mano enguantada cogiendo uno. No entendía como había gente a la que no le gustaba aquello. Era hermoso. Siguió caminando y pasó ante una casa que estaba algo maltratada. Le llamó la atención una niña morena que no debía tener más de diez años. Intentaba quitar la nieve de la noche anterior con una

pala. Como no la quitara, al día siguiente les costaría salir de casa. ¿Por qué no la estaban quitando sus padres? Se iba a helar, solo llevaba un jersey puesto.

Abrió la valla blanca y caminó atravesando lo que debía ser el jardín hasta llegar a ella, pero no la escuchó llegar tan enfrascada como estaba en intentar hundir la pala en un buen pedazo de nieve. Divertida se detuvo tras ella para ver que gruñía empujando la pala hacia abajo. Era tenaz, eso no podía negarlo. Se cruzó de brazos viendo como sacaba la pala con un fuerte tirón que casi la hace caer, pero se estabilizó.

Mikelena carraspeó y la niña sorprendida se volvió para dejar caer la pala al suelo mirándola como si fuera una aparición. Sonrió. —Hola.

La niña ni contestó mirándola con los ojos como platos.

—¿Necesitas ayuda?

—Eres...

Alargó la mano. —Mikelena, ¿y tú?

—Eres... —De repente chilló sobresaltándola y la señaló con el dedo antes de chillar de nuevo.

Para su sorpresa salió corriendo hacia la casa subiendo los escalones del porche y resbaló casi cayendo al suelo. Desapareció dentro de la casa y preocupada por si la había asustado dijo bien alto para que la oyera —¿Estás bien? ¡Solo quería ayudarte!

La niña salió al porche con la respiración agitada y le mostró una carpeta del colegio llena de fotos suyas. Sonrió del alivio. —¿Eres una seguidora? ¿Quieres que te la firme?

—¡Eres Mikelena! —gritó antes de dar saltos como una loca haciéndola reír—. ¡Eres Mikelena y estás en mi casa! —Bajó los escalones de nuevo mirándola con adoración. —Dime que has venido por él.

Se le cortó el aliento por lo lista que era. —He venido por él.

Chilló de la alegría corriendo hasta ella para abrazarla. —Sabía que algún día volveríais y cuando Brian se lesionó me dije que

era el momento.

Acarició su hermoso cabello negro. —Sí, era el momento. — Se agachó para mirarla a la cara y cogió su carpeta para ver sus fotografías. Asombrada vio una de cuando tenía trece años. —¿De dónde la has sacado?

—Mamá me da todo lo que encuentra de ti. Sus amigas la ayudan.

—¿Y tu mamá está en casa?

—No, está trabajando en la cafetería del pueblo, pero ya verás cuando le diga que te he conocido. Ella también te sigue, ¿sabes? Estamos en todas tus redes sociales.

—¿Y tu papá también me sigue?

La niña perdió algo la sonrisa. —Mi papá murió. Trabajaba en la maderera y le cayó un tronco encima.

—Lo siento mucho. Perdona, ¿me has dicho tu nombre?

—Perla.

—Que nombre más bonito.

—Lo eligió mi papá.

—Pues sabía elegir muy bien. ¿Así que estás sola?

—Sí. Mamá no llega hasta las doce y me ha dicho que hoy tengo que cenar lo que hay en el horno.

Entendía que la pobre mujer no daba a más con la niña, el trabajo y la casa, así que hacía lo que podía. Lo de quitar la nieve lógicamente no estaba entre sus prioridades. —¿Sabes qué? ¿Qué te parece si te ayudo a despejar la entrada? Va a nevar, si no despejamos esto, mañana no podrás salir de casa y seguro que tienes clase.

Perla asintió. —Y tengo examen de matemáticas.

—¿Y has estudiado?

—Claro. Hay que sacar buenas notas.

—Así me gusta. —Cogió la pala del suelo y dijo —Ve a por tu abrigo, si te constipas todo lo que has estudiado no servirá porque

tendrás que quedarte en la cama.

Perla corrió hacia la casa con la carpeta y regresó para ver que tiraba la nieve a un lado.

—¿Patinas?

La niña se sentó en los escalones. —Bueno...

Tiró la nieve sobre el montón. —¿Y eso qué quiere decir?

—En el lago cuando mi prima me deja los patines. Tenía unos, pero se me quedaron pequeños y mamá no ha podido comprarme unos nuevos todavía.

—Vaya. ¿Y nunca has ido a la pista?

La miró ilusionada. —Fui en un cumpleaños. Mi amiga Sara hizo la fiesta en la pista de patinaje —dijo como si fuera lo mejor del mundo.

—¿Y patinaste?

—Sara me dejó los patines cuando se cansó.

Le dio pena que tuviera que pedir los patines a todas sus conocidas. —No puedo permitir que alguien que ama tanto el patinaje no tenga patines propios. Te conseguiré unos con los que vas a volar.

Sus ojos brillaron de la ilusión. —¿De veras?

—De veras. Los más bonitos de por aquí.

—Pero son muy caros.

—Me los regala mi patrocinador, no te preocupes. —Tiró la nieve a un lado.

—¿Ya has patinado con Kevon?

Hizo una mueca. —Algo, pero todavía no hemos empezado en serio. ¿Le has visto patinar?

—En la Tablet.

Entendía que no le vieran entrenar, la privacidad de los entrenamientos era importante. —¿Nunca ha hecho una exhibición aquí para sus vecinos?

—No, mamá me lo hubiera dicho. Mamá se entera de todo.

Sonrió. —¿Y no te dijo que yo estaba aquí?

—Ayer vino tarde de trabajar y yo ya dormía, si la hubiera visto esta mañana me lo hubiera dicho, pero yo me hago el desayuno, ¿sabes?

—Vaya, una niña lista.

—Pues sí —dijo levantando la barbilla.

Era muy pequeña para pasar tanto tiempo sola. —¿Y cuándo ves a tu mamá?

—Es que hace dos semanas Carla se rompió una pierna y tiene que hacer su turno.

—¿Está doblando turnos cada día?

—Necesita el dinero. Pero cuando vuelva Carla, solo trabajará hasta las tres como siempre.

Se volvió con la pala. —¿Te apetece un pedazo de tarta?

La niña sonrió ilusionada. —¡Sí!

—Pues hala, cierra la puerta que vamos a visitar a tu madre. Me muero por conocerla. —Perla lo hizo de inmediato y corrió hasta ella para no hacerla esperar. —¿Sabes ir?

—Claro.

—Pues guíame que yo no tengo ni idea.

La niña rio. —¿No has ido al pueblo todavía?

—Solo conozco el hotel en el que me quedé anoche, la pista y la casa de Keevon. Y esos tres edificios están a las afueras del pueblo, así que no, no lo conozco.

Cogió su mano. —Pues te va a encantar.

—Estoy segura. Cuéntame, ¿tu amiga Sara va a las clases de Keevon?

—Sí, y dice que ha aprendido muchísimo. A veces me lo muestra en el lago.

Se notaba que no había ni una pizca de envidia por ello. Era una pequeña con muy buen fondo. —Entonces si Sara va a las clases, ¿cómo no te dijo hoy en el colegio que yo estaba aquí?

La niña se detuvo en seco. —¿Qué?

—Llegué ayer. Muchas niñas me vieron en la pista de hielo. ¿No te lo comentaron en el colegio?

Perla se sonrojó.

—Estoy esperando una explicación, jovencita. ¿Tu madre sabe que no has ido a clase?

—No se lo digas, por favor.

—Si hay una buena razón...

—Sí, la hay, te lo juro.

—¿Cuál?

Perla se mordió el labio inferior.

—¿Cuál?

—Jason me iba a pegar.

Se agachó ante ella. —¿Quién es Jason?

—El más grande de mi clase. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Dijo que si no le daba cinco dólares me pegaría. —Su labio inferior tembló. —Pero mañana tengo que ir, tengo examen.

—¿Tu profesora no ha llamado a tu madre para saber qué ha ocurrido?

—No he cogido el teléfono.

—Pero habrá llamado a la cafetería.

La miró asombrada. —¿Tú crees? —De repente negó con la cabeza. —No, no la ha llamado.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque si la hubiera llamado y mamá sabe que no estoy en clase, hubiera llamado al ejército para encontrarme.

Sonrió. —Muy bien, entonces se lo vas a decir tú.

—No, se enfadará.

—Y con razón, tenías que haberle dicho lo de ese matón.

—Es que si mamá le mata, irá a prisión.

—Tu madre no va a ir a prisión.

—No es la primera vez.

Parpadeó asombrada. —Ah, ¿no?

—La última vez le cayeron dos meses por pegar al sheriff.

—¿Al sheriff? —preguntó divertida.

—Le puso una multa sin razón —dijo Perla convencida—. Y después él se puso chulo y después...

—Ya me lo imagino. ¿Y quién te cuidó entonces?

—Mi abuela.

—¿Y dónde está tu abuela ahora?

—En la cafetería, en la cocina.

—Así que vives con las dos.

—Sí. La abuela se va a enfadar.

—¿Por lo del cole? No, qué va.

—No, por lo de Jason.

—Tranquila, que seguro que encontramos una solución.

Capítulo 5

Recorrieron la parte principal del pueblo y asombrada miró hacia el ayuntamiento que era un edificio con ladrillo rojo idéntico al que ellos tenían en Crownhills. —Increíble. —Al mirar hacia el final de la calle vio la iglesia que en vez de un campanario tenía dos.

Perla corrió hacia la cafetería y abrió la puerta de cristal. — ¡Mamá, estoy aquí!

Entró tras ella para ver a una mujer de unos treinta años, que vestida como las camareras de los años sesenta con cofia y todo, miraba a su hija pasmada. —¿Ha pasado algo?

—¡Sí! —gritó emocionada antes de señalarla.

La mujer se sonrojó. —Hija —dijo entre dientes—. No se señala...

Mikelená sonrió. —No pasa nada. —Se acercó alargando la mano. —Hola... —Miró la placa de su pecho. —Celia.

—Hola... —Le dio la mano asombrada todavía. —Aún estás aquí... No podía creérmelo cuando me lo dijeron. Eres...

—¡Sí, mamá! ¡Es Mikelená! ¿A que es genial?

—Hija no grites —dijo entre dientes—. Lo siento, está entusiasmada y...

—A mí también me ha encantado conocerla. —Vio que la cafetería estaba casi vacía. —¿Podemos hablar un momento?

Celia fulminó a su hija con la mirada. —¿Qué has hecho?

—¿Yo? Nada.

—¿Seguro?

—Sí, mamá. Mejor pregúntate qué no he hecho.

—¿Qué?

Mikelená no pudo evitarlo, se echó a reír y se sentó en una mesa. Celia la miró interrogante. —Le he prometido a tu hija un pedazo de tarta. ¿Tienes tiempo para charlar un rato conmigo?

Celia frenó ante la casa y ambas rieron a carcajadas por el chiste que su nueva amiga le acababa de contar. —Bueno, ya estás en casa.

Hizo una mueca viendo las luces encendidas en la planta baja. —Ahora tendré interrogatorio en tercer grado. ¿Salir hasta las doce en temporada de entrenamientos?

—No dejes que sean duros contigo. Sobre todo Keevon.

Suspiró abriendo la puerta. —A él le dará igual, está deseando que me largue.

—Y tú le demostrarás que no puede contigo. Ánimo.

Miró sus ojos castaños. —Tienes una hija maravillosa.

—Lo sé, es lo mejor que tengo en la vida.

—Y tu madre es fantástica, me ha encantado conocerla.

—Si te quedas por aquí la verás a menudo. —Rio por lo bajo. —Menudo cabreo se pilló con lo de ese niño. —Ambas rieron. —Que se prepare para cuando le pille.

—Eso seguro. —Se bajó de la camioneta. —¿Tu madre me la llevará mañana a la pista?

—Sí, se lo dije antes de que se fuera con Perla a casa.

—Bien.

—Gracias.

—No tienes que...

—No, de veras, gracias. Desde que murió Tim es la primera vez que la veo feliz de verdad. Conocerte es mil veces mejor que

cualquier cosa que pudiera darle. Ni te imaginas lo que te ha admirado desde pequeña.

—Pues es hora de que me conozca de verdad. —Cerró la puerta y se despidió con la mano antes de ir hacia el porche. Desde allí observó como daba la vuelta a la camioneta y se alejaba. Jamás había sentido una conexión igual, no podía explicarlo, pero sabía que Celia sería una amiga de verdad.

—¿Dónde coño estabas?

Se sobresaltó volviéndose para ver a Keevon en la puerta. — Ya se lo dije a mi padre en el mensaje que le envié. En la cafetería.

—¿En la cafetería? ¿Por qué?

—¿Y a ti qué más te da? —Pasó ante él y eso le sacó de quicio. Estaba subiendo las escaleras cuando escuchó el portazo que la sobresaltó.

—¡Mañana tienes entrenamiento! ¡Mejor dicho hoy! ¡En cuatro horas te quiero en la pista!

—¿Cuatro y media?

—¡Sí!

—¿Seguro?

—¡Sí!

—Mira que te has quedado hasta muy tarde esperándome. Que no sé por qué me esperabas si ya soy mayorcita. A no ser que quieras controlar mi vida aparte de mi entrenamiento, que si es así deberías decírmelo.

—¿Decírtelo? ¡Estás aquí para entrenar!

—Tú también tienes que entrenar y tienes las clases, la pista, Marion...

Él gruñó. —¿Por qué no te acuestas?

—A eso iba. —Al volverse vio a su padre esperándola. —¿Tú tampoco duermes?

—Sabes que no me duermo hasta que llegas a casa. A ver si te echas un novio que me caiga bien para que pueda relajarme un

poco.

—Lo intentaré, papá. —Le dio un beso en la mejilla antes de alejarse.

—¡Pues espera hasta después de las olimpiadas! —gritó Keevon desde abajo.

Exasperada sacó la cabeza para mirarle. —Pues no sé si podré esperar, ¿sabes? Tanto esperar no es bueno, me lo acaba de decir mi amiga Celia. Y yo ya he esperado mucho. Demasiado, muchísimo, así que si encuentro uno, que como dice mi amiga me entre por el ojo, allá que me tiro a ver si hay suerte.

—¿Que te vas a tirar a quién? —vociferó.

Sonrió de oreja a oreja. —Eso es lo que tengo que descubrir.

—Hija, ¿has bebido?

Parpadeó. —Una cerveza, papá. O dos.

—¡Has bebido! ¡Si tú no bebes nunca!

—Pues ya era hora de empezar. ¡Voy a empezar a hacer muchas cosas! —Fue hasta su habitación. —¡Qué estoy harta de usar el succionador de clítoris!

Frank asombrado miró a Keevon. —¿El succionador de qué?

Keevon carraspeó. —Hemos oído mal.

—Sí, porque mi hija no usa esas cosas.

Abrió la puerta de la habitación y gritó —¡Me lo regalaron las del equipo nacional en mi cumpleaños! ¡Y es la leche!

—Creo que lo mejor es que me vaya a la cama —dijo su padre sonrojado.

—Qué pena que el tío no me lo haya traído, lo echo de menos.

Keevon subió a toda prisa las escaleras. —¡Lena, a dormir!

Sacó la cabeza de nuevo. —No estamos en el entrenamiento no puedes mandarme. ¡No me mandes!

—Que mal te sienta beber —dijo entre dientes pasando ante ella para entrar en la puerta del fondo dando un portazo.

—¿En serio nos vamos a levantar a las cuatro?

—¡Lena, a dormir!

—Pues para lo que vamos a dormir casi no merece la pena. ¿Vamos a entrenar?

Abrió la puerta mostrando que se había quitado la parte de arriba del chándal. —¡Lena no te lo digo más, a dormir!

Le miró con picardía. —¿Vienes?

Parecía que le había dado la sorpresa de su vida. —¿Qué has dicho?

Ella puso los ojos en blanco. —Con lo espabilado que parecía —dijo antes de cerrar la puerta.

Boca abajo abrazando la almohada escuchó que la llamaban, pero ignoró aquella molesta voz que entraba en su cabeza para seguir durmiendo. Alguien se acercó a su oído y gritó —¿Es que piensas seguir durmiendo hasta que salga el sol?

Se sentó de golpe con los ojos como platos para ver allí a Marion, que se puso a gritar como una loca que qué clase de deportista era ella, que no se tomaba su trabajo en serio y no sé cuántas cosas más. Sentada en la cama parpadeó antes de mirar hacia la puerta donde su padre vestido en pijama bostezaba. —Papá, ¿pero qué hora es? —preguntó ignorándola.

—Las tres y media.

Puso los ojos en blanco antes de mirarla como si quisiera descuartizarla. —Sé levantarme solita, ¿sabes? ¡Tengo que estar en la pista a las cuatro y media!

Sonrió maliciosa. —Eso era antes.

—¿Antes de qué?

—Antes de que cabrearas a Keevon.

—¿Aún más?

—Sí, aún más.

Juró por lo bajo levantándose, mostrando que ni se había puesto el pijama y que se había acostado con el traje de punto. Salió de la habitación diciéndole a su padre —Esto es... Esto es... —Fue hasta la habitación del fondo y golpeó la puerta con mala leche.

Su tío salió de la habitación bostezando. —¿Qué pasa?

—Este, que ahora es algo psicópata. —Como no le contestaba abrió la puerta y encendió la luz para mostrar la cama sin deshacer. Asombrada miró a Marion.

—Está en la pista preparándolo todo.

—¿Todo?

—Te va a encantar, te lo aseguro. ¿Te vistes o te visto? Venga, date prisa, hay mucho que hacer antes de las ocho.

Caminó hacia su habitación. —¿Qué pasa a las ocho?

—¿Pues qué va a pasar? Que doy clases en el colegio del pueblo.

—Pero ayer...

—Pedí unas horas. ¿Quieres darte prisa? Ya bastante he hecho que he venido a buscarte. Estás sobria, ¿no? —preguntó con burla—. Igual deberías darte una ducha. Apesta a cerveza.

Se tensó porque si algo no iba a consentir era que esa bruja la pusiera verde por el pueblo como si fuera una borracha o algo así. Le hizo un gesto a su familia que también se había puesto en pie de guerra y se acercó a ella hasta que sus rostros quedaron muy cerca el uno del otro. —Escúchame bien, como oiga algún comentario por el pueblo, como lea algún chisme malintencionado en las redes sociales sobre que me emborracho o cualquier mentira que se te haya ocurrido para perjudicarme, te juro que vas a terminar dando clases en un geriátrico del sitio más recóndito de Alaska. Intenta no entrar en guerra conmigo, ¿quieres? Puede que la que salga de ella con más heridas seas tú.

Marion se tensó. —¿Entonces nos vamos?

Sonrió. —Por supuesto, si hay que entrenar no pienso quejarme. Nunca lo he hecho, pregúntaselo a tu novio. —Con la cabeza muy alta entró en su habitación y dio un portazo que le aventó el cabello.

Marion miró a su familia y los dos la observaban con los ojos entrecerrados como si fueran a tirarse sobre ella en cualquier momento. —Era solo un comentario inocente, ¿vale?

—Cuidadito con los comentarios sobre mi sobrina —dijo Mike—. Como algo ensucie su imagen, Keevon no estará nada contento, porque también le perjudicará a él con los anunciantes.

Marion se sonrojó porque era evidente que eso no lo había pensado y en ese momento salió Mikelena de la habitación con unas mallas ajustadas de deporte negras y un polar rosa. Hasta se había hecho una cola de caballo y ya llevaba su bolsa colgada al hombro con todo lo necesario. En las manos llevaba su anorak y las botas de nieve. —Bien, nos vamos. —Bajó las escaleras a toda prisa y dejó la bolsa en el suelo antes de ponerse el abrigo y calzarse las botas.

Marion bajó las escaleras tan tranquilamente. Sería cabrita, ahora no tenía ninguna prisa. —¡Papá, te dejo el coche!

—Vale.

Sonrió y le lanzó un beso. —Duerme un poco, ¿quieres? Tú que puedes.

—Lo intentaré —dijo mirando con mala leche a Marion que pasó a su lado para salir de la casa.

Salió tras ella cerrando la puerta y cuando bajó los escalones sus botas se hundieron en la nieve para llegar al cuatro por cuatro de Marion. Nevaba con fuerza. Tiró la bolsa en el asiento trasero antes de sentarse a su lado. Hacía un frío que pelaba. Se puso el cinturón y pasaron entre los árboles para llegar a la carretera. —Este tiempo... —Estiró el cuello para ver la cantidad de nieve que caía gracias a la luz de los faros. —Se está poniendo imposible.

—Mejorará en unas horas. —La miró de reojo. —Hoy empezaremos con los saltos.

—Bueno, lo que haga falta.

—Ya no se te ve tan reticente.

—Me he dado cuenta de que es lo que necesito en mi vida para terminar mi carrera.

—No tienes por qué retirarte ahora, aún eres joven. Tienes veinticuatro años.

Se miró las manos. —Nuestro trato era solo hasta las olimpiadas. Él quería retirarse, seguramente no tendremos otra oportunidad.

—Claro, y otro compañero no te querrá porque ya eres demasiado mayor.

Miró al frente. Qué mala leche tenía la gimnasta. —Precisamente. —Para fastidiarla dijo con intriga —Además, Keevon...

—¿Keevon que? Venga, ¿ahora te vas a quedar callada?

Había picado. Era evidente que se moría de la curiosidad. —No es algo que sea asunto tuyo.

—Ya me lo contará Keevon.

Sonrió irónica. —Si no te lo ha contado todavía, dudo que lo haga. ¿Sabes qué? Me acabo de dar cuenta de que vuestra relación no es tan estrecha como quieres hacer ver.

Marion la miró con rabia. —Eso es mentira. Tenemos mucha confianza el uno en el otro. ¡Me lo cuenta todo!

—Pero de mí no te ha hablado, ¿no? ¿Acaso sabes la razón por la que nos separamos?

—Porque eras una egoísta y una vaga. Y eso ha quedado más que patente hoy.

—Guarda tus uñas, Marion, o pensaré que quieres hacerme daño. Y eso me haría pensar que vas a dañarme en los entrenamientos.

La miró con rabia. —¡Yo jamás haría eso!

—Más te vale porque como no me cuides como a una figura de cristal, todos pensarían que tú has hecho que se lesionara la

novia de América.

Entró en el edificio y fue directamente a la pista para detenerse en seco al ver el largo y grueso colchón inflable que ya estaba preparado para que ella se tirara encima todo lo necesario. Sonrió. —Esto va a ser divertido. —Rio captando la atención de Keevon que se volvió hacia ella para verla quitándose el anorak a toda prisa. —¿Me pongo los patines?

—¿Quieres pinchar el colchón?

—Dios mío, ¿cuánto mide?

—Doce metros de largo, dos de ancho y medio de ancho.

Se puso las deportivas y corrió hacia la portezuela que daba al hielo. Intentando no resbalar se acercó a él. —¿Me subo? ¿Qué hago? —preguntó entusiasmada.

Él levantó una ceja. —Te has levantado de buen humor.

—No creas, pero esto me ha alegrado el día. Por cierto, ¿tú no duermes?

—Me acosté a las siete de la tarde y me desperté para enterarme de que aún no estabas en casa.

Marion entró en la pista. —¿Listos? Bien, súbete a sus hombros.

—Lena, he cambiado algo la coreografía.

—¿Ya no voy a hacer el triple mortal?

—Lo harás saltando desde mis hombros.

—¿Saltando desde tus hombros con los patines? ¿Estás loco?

—Muchas patinadoras apoyan los patines sobre sus parejas y no pasa nada.

—¡Eso mismo, apoyan! ¡Yo tendré que impulsarme sobre ti!

—Llevaré unas protecciones bajo la malla.

—¿Y crees que eso será suficiente? Además, ¿estarás en movimiento?

—De eso se trata.

Estaba loco. Estaba loco o quería matarla, que eso también podía ser. Él alargó la mano retándola con la mirada. Dios, estaba poniendo su vida en peligro por un hombre que la odiaba. Pero él nunca había dejado que cayera, no podía haber cambiado tanto como para dejar que se hiciera daño ahora. Cogió su mano y Keevon agarró la otra para elevarla. Se subió sobre sus hombros con agilidad. Mientras ella se mantenía con las piernas flexionadas para agarrar sus manos, él se acercó patinando al colchón.

—¿Lo haré hacia adelante? ¿Y cómo evitaré en el hielo darme de morros del impulso cuando haya caído?

—Lo evitaré yo —dijo Keevon mirando hacia arriba—. Te rodearé lo bastante rápido como para agarrar tu mano y tirar de ti con tal fuerza que te elevaré lo suficiente para que hagas un aspa con las piernas antes de seguir.

—¿Nada más? —preguntó irónica.

—Aparte de los ejercicios obligatorios nada más.

—Bueno, pues si solo es eso... —Miró a Marion. —¿Cómo conseguiré altura?

—Tendrás que agacharte todo lo que puedas e impulsarte soltando sus manos para girar hacia adelante tres veces y caer lo más recta posible en un clavado. Cuanto más perfecto mejor, sino puede ser como ha dicho Keevon, él te cubrirá con alguna floritura. Pero lo importante son los tres giros. Tienes que dar el primero arriba del todo y eso es lo que practicaremos hoy, que cojas altura. Antes de dar el giro agárrate las piernas flexionadas y las sueltas para caer.

—¿Listo para que te deje los hombros hechos polvo?

—Listo.

—Pues vamos allá.

Respiró hondo y se impulsó con fuerza girando dos veces antes de que su cara se golpeará de pleno con la colchoneta. Pues no iba a ser tan divertido, no.

—¿Estás bien? —preguntó Keevon al lado de su cara.

Ella gimió volviendo su rostro hacia él. —Esto no es nada, ¿recuerdas cuando practicamos el axel y después me cogiste del tobillo para dejarme boca abajo mientras mi cara estaba a tres centímetros del suelo? Rezaba para que no te resbalaras mientras girabas y girabas. —Rio. —Tuvieron que pegarme gasas a la cara para evitar las quemaduras por fricción. Así que esto está chupado.

Él apretó los labios. —Vuelve a intentarlo.

Se sentó para ver que Marion hacía una mueca. —¿Qué? ¿Muy mal?

—Has hecho dos, o casi. Coges buena altura, solo necesitas más rapidez.

—Pues vamos a ello.

Se pasaron las siguientes tres horas evaluando sus saltos. Marion la corregía con cada salto y consiguió hacer la tercera vuelta, pero acababa cayendo de cabeza sobre la colchoneta. Y en uno de los saltos se asustó bastante porque cayó de mala manera. Si no hubiera sido por Marion hasta habría caído de la colchoneta al hielo del impulso. Con la respiración agitada miró hacia Keevon que apretó los labios. —Venga, prueba otra vez.

—¿No te duelen los hombros? Tomemos un descanso.

—Se ha acabado por hoy —dijo Marion mirando su reloj de pulsera—. Tengo que ir a trabajar. —Fue hasta la salida. —Os veo mañana. ¿A las cuatro y media? Creo que con tres horas y media tenemos suficiente. Estos últimos saltos no han servido de nada, así que solo es perder el tiempo, no tiene energía.

—Lo que digas —dijo Keevon.

—Bien. Te veo luego.

Ese te veo luego le sentó como una patada en el estómago, pero hizo como si nada y saltó de la colchoneta. Tiró del tapón de vaciado y la colchoneta se empezó a desinflar. Keevon la miró. — ¿Por qué has hecho eso?

—Porque en nada vendrá mi padre y no querrás que sepa todavía lo que hacemos a estas horas, porque eso solo le cabrearía.

Como si le hubiera invocado entró en la pista con una bolsa en la mano y gritó levantándola —¡Os traigo el desayuno! —Miró hacia la colchoneta. —¿Qué coño es eso?

—Mierda —dijo ella por lo bajo.

—¿Por qué no se lo has dicho? —dijo Keevon por lo bajo mosqueadísimo—. Es ridículo.

—No sabes cómo se puso con lo del hombro. —Sonrió a su padre. —¡No es nada, papá! ¡Es para ensayar el triple luzt!

—¡Si ni llevas los patines puestos! —Bajó los escalones a toda prisa. —¡Keevon! ¡Qué significa esto!

—Es para hacer el triple salto mortal hacia adelante.

Su padre le miró como si fuera el anticristo antes de mirar a su hija. —Nos vamos.

—Papá...

—¡Nos vamos! ¡No pienso dejar que te mate para vengarse por no haberle llamado cuando tenías dieciséis años! ¡Dieciséis malditos años! —Miró a Keevon furioso. —¡Era una cría! Cúlpame a mí que no te llamé, ¿pero a ella? ¡Ella no hacía más que llorar porque su mejor amigo, su compañero, la había abandonado sin ninguna explicación! ¡Yo tampoco te llamé! ¡Ni Mike! ¡Estábamos furiosos por tu comportamiento! ¿Preferías que no se preocupara por ti, por tu enfermedad? ¡Durante años creyó que nunca había sido importante para ti! ¡Qué te daba igual lo que dijeran de ella cuando mi hija no había hecho nada! Tuvo que soportar la burla de sus compañeros, las miradas irónicas, los comentarios maliciosos de la prensa, ¿y qué hiciste tú? ¡Nada! ¡Al menos si le hubieras dicho la verdad, ella habría tenido la oportunidad de mejorar cuando te

pusiste bien, pero dejaste que se sintiera como una mierda seis malditos años! ¡Y encima cuando viene a pedirte ayuda la tratas como si fuera una maldita aprovechada! ¿Ahora quieres que dé un salto mortal triple? ¡Mira, vete al puto psicólogo, pero a mi hija no la vas a torturar más! ¡Mikelená, nos vamos!

—No —dijo dejándole de piedra—. Voy a hacerlo.

—¡Por encima de mi cadáver!

—Quiero hacerlo.

—¿Te ha convencido él?

Se acercó a él y cogió la bolsa que tenía en la mano como si nada para sacar una manzana antes de sentarse en el banco para ponerse los patines. Frank se cabreó todavía más. —Ni se te ocurra. —Vio como abría su bolsa de deporte. —Mikelená...

—Papá, es lo mejor para acabar mi carrera.

—¡Lo mejor para acabar en el hospital otra vez! ¡Así no conseguirás el oro!

Le miró a los ojos y a su padre se le cortó el aliento entendiéndola muy bien. Frank suspiró. —Hija...

—Sabes lo que es importante y esto lo es —susurró—. Por favor, no te metas.

Se agachó ante ella. —Si te haces daño, eso os separará para siempre. Se sentirá culpable y yo no le perdonaré nunca. Tendrás que elegir porque no podré mirarle a la cara de nuevo.

—Entonces tendré que ganar ese oro, ¿no crees? —Sonrió a Keevon que salía de la pista en ese momento. —¿Verdad?

—Haremos historia.

Frank se levantó. —Espero que sepáis lo que hacéis, porque es mucho más que un salto. —Sin decir más se fue.

Avergonzada por todo lo que le había dicho su padre agachó la mirada mordiendo la manzana. Masticando dejó la manzana a un lado y sacó un patín.

—Lena...

—¿Uhmm?

—Sobre lo que ha dicho tu padre...

Se agachó para calzarse la bota y tiró de los cordones. —¿Sí?

—No sabía que tú... Que lo habías pasado tan mal con mi ausencia.

Sorprendida se enderezó mirando su rostro. —Al parecer ninguno de los dos reaccionamos muy bien en ese momento, ¿no? Da igual. —Se hizo el nudo de la bota y cogió la otra. —¿Sabes lo que he pensado? Que los trajes deberían ser iguales. Dos mallas negras con cristales cosidos ¿qué me dices?

—No, llevarás una falda corta de gasa o algo así. —Se sentó a su lado y cogió una manzana. —Cuando levantas la pierna hace mejor efecto en movimiento.

—¿Me vas a decir la música que usaremos?

Sonrió malicioso. —¿Qué melodía siempre has pedido hacer?

Le miró con los ojos como platos. —No. —Chilló de la alegría y Keevon sonrió. —¿De veras? ¿Seré Scarlett? ¿Haremos Lo que el viento se llevó? —Chilló de nuevo abrazándole loca de contenta porque jamás se lo hubiera imaginado. Él siempre se había negado porque decía que les quedaban mejor músicas más rápidas, más dinámicas y ella siempre le había dicho que sería tan dinámica como ellos la hicieran, pero siempre se había negado. Y al fin claudicaba. ¡Al fin! Se apartó para mirarle loca de contenta. —Gracias, gracias.

—No es nada, nena. No podías retirarte sin haberla usado.

—Sí —dijo mirando sus ojos. Él se tensó y sonrojada se apartó a toda prisa para cerrar la bota—. Entonces no me vale ese vestuario. Llevaré sombrerito y el traje tiene que ser de terciopelo verde. Y tú irás guapísimo con un pantalón negro, necesitas chaqueta y pañuelo blanco. —Emocionada fue hasta la pista. —Venga, date prisa. Hay mucho que hacer.

—Lena desayuna.

Bufó mirándole. —¿No se suponía que tengo que adelgazar?

Gruñó. —Pero no tanto. Come.

Unos hombres entraron en la pista y empezaron a recoger la colchoneta.

—¡Guardadla bien! ¡Qué no se pinche!

—Sí, jefe —dijo el chico del día anterior que le guiñó un ojo sonrojándola.

Keevon entrecerró los ojos antes de mirarla, pero se hizo la loca. —No le provoques.

—¿Yo? —preguntó pasmada.

—¡Sonríes mucho!

—¡Estoy contenta!

—¡Pues disimúlalo!

Bufó volviendo a su sitio y cogió la manzana para seguir comiéndosela loca de contenta porque ese se parecía más al Keevon que conoció. Él no le quitaba ojo a aquel chico y ella encantada se comió la manzana y un sándwich que su padre había llevado. Bebió el batido de proteínas chupando de la pajita mientras él daba órdenes diciendo que se dieran prisa. Siempre había sido así de posesivo con ella en el pasado. Demasiado protector como para que ella no pensara que cuando la viera como a una mujer daría el paso de tener algo más, pero se habían separado antes de que ese momento hubiera llegado. Pero ahora todo había cambiado, ahora era adulta y se moría por conseguir su amor. Ahora que se le había pasado el cabreo gracias al rapapolvo de su padre. ¿Qué debía hacer? La noche anterior se había insinuado y no lo había captado. ¿Debía ser más directa? ¿Darle celos? No, los celos estaban totalmente descartados porque él siempre se cabreaba si un chico sonreía y eso no había indicado en el pasado que estuviera enamorado.

Se sentó a su lado suspirando y al ver que tenía el ceño fruncido preguntó —¿Qué pasa?

—Nada. —Pensando en ello se levantó. —Voy al baño.

—No hay prisa, aún tardarán media hora por lo menos.

Dándole vueltas a cómo seducirle y enamorarle fue hasta los vestuarios. Entró en el de chicas y sentada en la taza del wáter intentó encontrar una solución. Mira que muchos decían que allí se les ocurrían grandes ideas, pero nada, a ella no se le ocurría nada. Igual debería dejarse llevar a ver cómo iba el asunto.

Cuando salió del baño se lavó las manos mirándose e hizo una mueca porque tenía la coleta totalmente deshecha de tanto caer de cabeza. Menudas pintas. A toda prisa se quitó la goma y se peinó con los dedos antes de hacérsela de nuevo. Salió del baño cerrándose la cremallera del polar y vio que la puerta que estaba justo en frente estaba abierta. Se dio cuenta que era el almacén porque vio la máquina de pulir el suelo.

—Ten cuidado, joder. Estás mosqueando al jefe.

Se detuvo en seco mirando hacia allí.

—¿En serio te quieres quedar sin trabajo por tirarle la caña a esa piba?

—Tú eres tonto.

—Juega con fuego y te vas a quemar.

—No ves las oportunidades como yo. Es preciosa y está forradísima. Es como si me hubiera tocado la lotería.

Se tensó.

—¿Y tú como sabes que está forrada?

—He mirado en internet. Por la última campaña de publicidad en la televisión le pagaron veinte millones de dólares.

El otro tipo silbó. —¿Tanto?

—Y eso que solo es una campaña, imagínate su cuenta bancaria. Al parecer su padre es un genio a la hora de representarla.

—¿Tienes que lidiar también con su padre?

—A ese me lo camelo yo con cuatro frases y cuando la tenga enganchada, yo llevaré su carrera.

—¿Y qué sabes tú de patinaje? —Se echó a reír. —Deja de soñar.

—¿Pero no la has visto? Se ha puesto como un tomate cuando le he guiñado un ojo. Esa ya está en el bote. —Mikelená levantó una ceja. —Y en cuanto le haga cuatro maravillas en la cama, me seguirá babeando. ¿No ves que con tanto entrenamiento, dormirse temprano y esas cosas casi no tiene vida? Seguro que es casi virgen. Un meneíto y ya me estará firmando cheques.

Gruñó yendo hacia la pista y al llegar a Keevon puso los brazos en jarras. —Despídelo.

—¿Qué?

—Despide a ese mamón. Está diciéndole a su compañero que se me va a tirar y a quedarse con mis millones, porque como soy tonta, me chupo el dedo.

Keevon se tensó levantándose lentamente. —¿Qué has dicho?

—Con un meneíto ya estaré firmando cheques. Oh, y quiere ser mi representante. Al parecer se cree mejor que mi padre, que lleva toda la vida en esto.

—La madre que le parió.

Por la puerta que daba a la pista salieron los dos tipos riendo. —¡Eh, Jack! ¡Ven, que tenemos algo de lo que hablar!

Este perdió la sonrisa de golpe antes de mirar de reojo a su compañero que dijo por lo bajo —Te lo dije.

Se acercó a regañadientes. —¿Qué pasa, jefe?

—Ahora ya no eres tan machito, ¿no? —Keevon entró en la pista deslizándose hasta él. —Venga dime a la cara eso que hablabas con Trevor.

—¿Yo? Nada.

—Oh, ¿entonces que hablarais sobre los millones de mi compañera no es nada? ¿A quién dices que vas a darle un meneíto?

—¿Yo? A nadie, tengo novia.

—Mira, chaval, te juro por mi madre que está bajo tierra que como vuelvas a mirarla de nuevo, te voy a meter tantas hostias que

se van a quedar reflejadas hasta en la licencia de conducir. ¿Me he expresado con claridad?

Rojo como un tomate asintió. —Claro jefe, yo a lo mío.

—Lo tuyo tendrá que ser fuera de este recinto porque estás despedido.

—¡Pero no puede hacer eso!

—¡Claro que sí, este lugar es mío y puedo hacer lo que me venga en gana! ¡Haber controlado tu lengua! —Miró tras él. — ¡Trevor! ¡No quiero verle más por aquí! ¡Págale lo que se le debe y que se largue!

—Entendido, jefe.

Jack furioso miró a Mikelena. —¡Eres una puta creída!

Sonrió maliciosa. —¿Yo creída? ¿Entonces ya no quieres un meneíto conmigo?

Iba a decir algo, pero Keevon se interpuso entre los dos mirándole como si quisiera arrancarle la cabeza. —Largo de mi pista.

—¡Métase el trabajo por el culo, maldito gilipollas!

El puñetazo le tiró a la pista y este se deslizó por el hielo sangrando por el labio. Se levantó con ganas de más, pero Trevor le agarró. —Hijo cálmate.

—¡Este hijo de puta...! ¡Se cree el rey del pueblo solo porque tiene pasta! ¡Pues te vas a enterar de cómo hacemos las cosas por aquí, cabrón! —Escupió sangre en el suelo. —¡Esto lo vas a pagar! —Se soltó de malas maneras antes de ir hacia el almacén.

—Retírale las llaves y vigila que no rompa nada.

—Entendido, jefe. —Trevor corrió lo que pudo tras él y Keevon la miró.

—Esa amenaza no ha sonado muy bien. —Se apretó las manos. —¿Dará problemas?

—No te preocupes más por él, ¿de acuerdo? —Alargó la mano. —¿Empezamos?

Capítulo 6

Agotada se subió al coche con Keevon, que tampoco es que hablara mucho. Al fin había acabado el entrenamiento, pero el día no se terminaba ahí porque se había comprometido a enseñar algo de patinaje a Perla. —¿Me dejas la pista esta tarde?

Él frunció el ceño. —Esta tarde hay entrenamiento de hockey.

—¿A qué hora?

—A las cuatro.

—Mierda.

—¿Qué pasa?

—Había quedado con la hija de Celia para enseñarle algo de patinaje esta tarde. Bueno, iremos al lago.

—Y una mierda, ¿para que te lesiones? ¡Allí el hielo tiene imperfecciones!

—Es algo muy básico, no pasará nada.

—¿Irás tu padre o tu tío?

—No se lo he preguntado.

—No quiero que vayas sola durante una temporada. No me fío de ese mamón.

Sí, a ella tampoco le había dado buena espina su amenaza, pero no iba a ir con guardaespaldas. No había que exagerar.

—No iré sola, iré con Perla.

—Además va a nevar.

Sí, tenía toda la pinta. —Keevon me he comprometido.

—¡Joder, estás agotada! ¡No deberías comprometerte a nada!

—Su madre trabaja casi todo el día y está sola en casa hasta que llega su abuela. Le hace mucha ilusión, no quiero defraudarla.

Él gruñó apretando el volante. —Puedes usar la pista privada.

Asombrada le miró. —¿Qué pista privada?

—La que hay detrás del almacén. Es de mi uso exclusivo. Aunque no es tan grande me vale para practicar los giros.

Sonrió. —Y para que nadie se entere de la coreografía que llevas a los campeonatos. ¿Siempre has sido tan desconfiado?

—Con la cantidad de móviles que hay por ahí, es como para serlo.

Entraron en el camino de árboles y ella suspiró por lo bonito que era. —¿Cómo encontraste este pueblo?

—Él me encontró a mí. —La miró de reojo. —Cuando me fui de Suiza busqué donde vivir cerca de Nueva York, pero sin saber cómo me salió una publicidad de esta casa y vine hasta aquí. No sé, decidí comprarlo.

—No era nada de lo que querías —dijo ella en apenas un susurro.

—Los gustos cambian. —Detuvo el coche ante la casa y se bajó antes de que pudiera añadir algo más. Mikelena suspiró bajándose también. Se moría por una ducha. Iba a coger la bolsa cuando vio que ya la llevaba él. Eso demostraba que lo que había pasado esa mañana había cambiado su relación, porque antes le hubiera dicho que la llevara ella. Subió los escalones tras él y al entrar en la casa gimió por lo bien que olía.

—June ha hecho su potaje montañés.

—Huele deliciosamente —dijo quitándose las botas para dejarlas a un lado de la puerta. Se quitó el abrigo y al sentir un tirón que atravesaba su hombro reprimió un gesto de dolor.

—¿Qué pasa? —preguntó él mirándola fijamente—. ¿Es el hombro?

—Hoy me he pasado un poco, pero está bien.

—Llamaré a Lutter para que venga a echarle un repaso. De hecho, debería estar por aquí hasta las olimpiadas, necesitamos un fisio para que nos masajee los músculos.

Mike bajó las escaleras con el martillo en la mano. —Oh, ya estáis aquí. Fenomenal, me muero de hambre.

—Tío, en la pista se han quedado sin un hombre, ¿podrías echar una mano?

—Claro —dijo loco de contento—. Y arreglaré el cierre de la puerta norte de la pista. He visto que el cerrojo está algo flojo.

Keevon no dijo nada y ella sonrió por dentro porque al parecer la idea ya no le parecía tan mal.

—Por cierto, ya he arreglado la ventana de arriba que estaba atascada.

—He visto que habéis quitado la nieve de la entrada y del tejado, gracias —dijo él mirando el móvil distraído.

—De nada, chico. Ya que estamos aquí hay que echar una mano. —Advirtió a su niña con la mirada. —Ya hablaremos tú y yo del mortal ese que pretendéis hacer.

Keevon juró por lo bajo llamando su atención. —¿Qué pasa?

—Nada, los del equipo de hockey de Greenbush, dicen que mañana no vienen al partido por el mal tiempo.

—¿Es que va a empeorar? —preguntó Mike mientras él iba hacia la cocina a toda prisa.

Le siguieron para ver a su padre sacando algo del horno mientras June echaba su cocido en una sopera.

—¿Habéis escuchado la previsión del tiempo? —preguntó Keevon.

June le miró sorprendida. —Ayer iba a mejorar.

—Pues la cosa debe haber cambiado. —Encendió la radio.

Mikelená preocupada por la expresión de su rostro se sentó a la mesa. Efectivamente estaban hablándolo en la radio. Se acercaba

la peor tormenta del siglo. Miró a su padre que hizo un gesto sin darle importancia. —Seguro que no es nada como siempre. ¿Recuerdas hace dos años en casa? Al final no fue para tanto.

—Tengan guardados víveres, agua, pilas, generadores y leña. Todo lo que crean necesario para pasar al menos una semana incomunicados. A partir de mañana por la tarde deben permanecer en casa hasta nuevo aviso. Solo cojan el coche en caso de ser imprescindible por una urgencia médica o en un caso similar.

Keevon miró hacia ella. —Comer, yo debo ir a hacer unas compras.

—Te acompaño —dijo su padre—. Nos dividiremos. La gente entra en pánico en momentos así y seguro que las tiendas estarán a rebosar. Tardaremos menos.

—Yo también voy —dijo Mike.

—No, encárgate de traer la leña del pajar y de traer el generador. Yo compraré la gasolina.

—Pero tenemos tiempo hasta mañana por la tarde —dijo June sin darle importancia—. Venga, comer mientras preparo una lista de lo que necesitaremos los próximos días. Si os vais sin ella, seguro que nos faltarán un montón de cosas.

—June tiene razón, mejor planificarlo un poco. —Mikelena se acercó a la encimera para coger el pan y la ensalada. —Además, Keevon tienes que comer.

—Eso mismo pienso yo. A la mesa —ordenó June.

Los hombres se sentaron a regañadientes y Mikelena sonrió a June que cogió un block y un bolígrafo. Ella puso la sopera en el centro de la mesa, cogió el plato hondo de Keevon y sirvió una buena cantidad de guiso que tenía patata cocida y varios vegetales con carne de cordero. —Huele deliciosamente, June. ¿Es una receta de la zona?

—Ah, no. Lo hacía mi madre. Te enseñaré cuando quieras.

—¿Vas a comerte esto? —preguntó su tío elevando una ceja—. ¿Ya no guardas dieta?

—Al parecer ya no la necesito. —Puso el plato ante Keevon, que seguía con el móvil en la mano. —¿O no?

Miró hacia ella distraído. —¿Qué?

—Nada.

Cogió el plato de su padre y fue sirviendo uno por uno hasta llegar a ella que en lugar de servirse el plato lleno lo hizo solo hasta la mitad. June levantó la vista de la lista que estaba haciendo y apretó los labios. —Niña, tienes que comer más. —Se levantó y le echó una buena cantidad.

—Come —dijo Keevon cuando iba a protestar—. Y quiero que después de comer duermas una siesta.

—Tengo que ir a la pista. Te he dicho que tengo que darle clases a Perla. —Al ver que hasta su padre iba a protestar dijo rápidamente —Me acostaré más temprano, ¿vale?

—¿Antes de las doce y media de la noche? —preguntó Keevon irónico.

—Muy gracioso. He cumplido, ¿no?

Él gruñó antes de coger un pedazo de pan.

June chasqueó la lengua. —Debería ir yo a la compra, a Keevon siempre le tima el de la carnicería. Y es mucha carne, somos muchos y necesito mucho más.

—Entonces vamos todos —dijo Mike—. Vamos en tres coches, así tendremos sitio de sobra para meter las cosas.

—Yo iré a la gasolinera y a la ferretería —dijo Keevon.

—Nosotros al supermercado de River Falls. Allí hay mucha más variedad.

—¿Puedes traer avena? —dijo Mikelena con la boca llena—. Y tampones. —Entrecerró los ojos por si se le olvidaba algo. Miró a Keevon de reojo. —Cola light...

Él levantó la cabeza como un resorte. —¿Cómo has dicho? ¿Sigues tomando esa mierda?

—No seas pesado.

—No aporta nada al organismo, tiene gases y...

—Ya estamos —dijo Frank por lo bajo.

June rio. —A mí nunca me has dicho nada cuando me has visto tomar un refresco.

—Tú no eres una deportista de élite.

—Lo dice el que bebe cervezas de vez en cuando —dijo Lena con ironía.

—Tú lo has dicho, de vez en cuando. Y la cerveza procede de la cebada.

—También tiene azúcar.

Gruñó metiéndose la cuchara en la boca.

—Oh, y algún libro. ¿Si vais a la sección de librería podéis traerme alguno? Serán días en casa sin nada que hacer.

—Lena hay gimnasio.

Volvió la vista hacia él. —¿Dónde?

—En el sótano.

—¿Tienes un gimnasio aquí y otro en la pista?

—El de la pista es para los socios.

—¿Socios? ¿Tienes socios?

—Solo van en horario de tarde, por eso no los has visto.

—Eres todo un empresario —dijo su tío encantado.

—¿Y tienes muchos? —preguntó ella.

—El gimnasio es una ruina —dijo June reprimiendo la risa.

Él hizo una mueca. —No hay muchos socios.

—Igual deberías abrir más temprano. Ahora está de moda que vayan al gimnasio antes del trabajo —dijo ella.

—Para eso tendría que contratar otro empleado.

—Eh, nosotros estamos aquí —dijo Mike encantado con ser útil—. Por probar una temporada no perdemos nada. Y si funciona pues ya pensarás lo de otro empleado.

—No, tío. Debería ser un profesional, alguien que les guíe en lo que tienen que hacer. Un monitor.

—¿Aparte del de la tarde? Nena, eso es otra nómina.

Era la segunda vez que la llamaba nena, lo que demostraba que las cosas iban mucho mejor. Miró a su padre brevemente y este reprimió una sonrisa antes de decir —¿Quieres un negocio o algo que sea útil a la comunidad?

—Construí la pista para la comunidad y para mí, pero si no tengo que mantenerla mejor que mejor. Ya he invertido un millón en esto y estoy seguro de que no lo recuperaré nunca.

—Pensaremos en ello —dijo Mike—. Aunque estoy convencido de que tienes ahorros de sobra como para mantener cien pistas, es un negocio y debe mantenerse solo.

Keevon apretó los labios. —Ya pensaré en ello. Ahora tenemos otras cosas mucho más importantes de las que ocuparnos.

—Oh... —Miró a June. —Y necesito calcetines, ropa interior y un par de pijamas. Mi tío se olvidó de coger eso.

Este se sonrojó. —Niña, es que hacerle la maleta a una chica es más difícil de lo que creía.

—Y crema hidratante... —Empezó a decir cosas que June iba apuntando a toda prisa. —Y gomas del pelo. Sí, creo que eso es todo. —Miró a los hombres que la observaban pasmados y chasqueó la lengua. —¡Qué sabréis vosotros, son cosas imprescindibles!

June asintió. —Cierto. —Repasó la lista en voz alta y cuando terminó dijo —¿Creéis que me falta algo?

—Cerveza —dijeron Mike y su padre a la vez.

—Agua, falta el agua —dijo ella exasperada.

—Y la cerveza —insistió Mike.

June entrecerró los ojos. —Se llama Mikelena por ti, ¿no es cierto?

Los cuatro parpadearon como si no se pudieran creer que hubiera tardado tanto en relacionarlo y June se sonrojó. —Bueno,

puede parecer obvio, pero me acabo de dar cuenta, ¿qué pasa?

—Creían que iba a ser un niño —dijo Keevon divertido.

Ella gruñó haciéndole reír. —Vamos nena, es divertido.

—Para ti.

—La llamaron Mike durante todo el embarazo. Y llegó la sorpresa, era una niña.

Frank asintió. —En un libro habíamos leído que escuchaban desde el vientre materno y mi mujer se obsesionó muchísimo con eso. ¿Cómo íbamos a cambiarle el nombre llegados a ese punto? Así que para no confundirla tuvimos que alargarlo.

—Mi madre se volvió loca buscando un nombre femenino que empezara con Mike, pero lo encontró.

June rio por lo bajo. —Y es precioso.

—Gracias. —Sonrió con tristeza. —Le hubiera encantado escuchar como lo grita la gente desde las gradas.

—¿Murió hace mucho? ¿No pudo ver tus éxitos?

—No, tenía cinco años cuando falleció.

Frank apretó los labios. —La atropelló un coche cuando cruzaba la carretera.

—Oh, lo siento mucho.

—Fue una suerte que a Mikelena no le pasara nada, la llevaba cogida de la mano, pero la niña se soltó en el último minuto porque yo estaba al otro lado. Fue casi un milagro que el coche no se la llevara también.

Se hizo un tenso silencio mientras la mirada de su padre se entristecía. —Es una pena que no haya visto hasta donde ha llegado. Hubiera estado tan orgullosa...

—Y seguro que lo está desde donde esté —dijo June con suavidad.

Keevon apretó los labios levantándose y cogiendo su plato. — June, apunta también unos folios y unos bolígrafos. No sé qué pasa que siempre desaparecen de la oficina de la pista. —Miró el reloj de

la cocina. —Venga, tenemos que irnos. Lena te dejaré en la pista de la que vamos. Cuando descargue la compra iré a buscarte.

—Vale. —Se levantó llevando su plato a la pila.

—Dejad eso, lo limpiaré todo después —dijo June—. ¿Vosotros queréis algo de postre?

—No —contestaron los dos a la vez.

—No sé para qué me molesto en hacer postres, nunca los come nadie salvo yo.

—A mí mientras haya fruta... —Mikelená levantó una ceja.

—Sí, está en la lista.

—Entonces perfecto. —Fue hasta el hall y se puso las botas antes de coger su anorak. Se lo estaba poniendo cuando vio que Keevon le estaba diciendo algo a su padre como si estuviera mosqueado. Frunció el ceño viendo cómo se acercaba. —¿Qué pasa?

—Nada —dijo metiéndose la cartera en la chaqueta del chándal antes de coger su abrigo.

Miró hacia su padre que puso los ojos en blanco como si fuera una tontería. Más aliviada cogió su bolsa y le siguió al exterior. Después de dejar la bolsa atrás se subió a su lado. —¿A qué ha venido eso?

—¿De qué hablas?

—Lo de la cartera.

—Estáis en mi casa.

Le miró incrédula. —No necesitamos que pagues nuestros gastos.

—Estáis en mi casa —dijo entre dientes antes de arrancar.

—¿Por qué te enfadas?

—¡He desayunado, comido y cenado durante años en tu casa, creo que no es tan raro que ahora quiera pagar yo!

—¡Era lógico que comieras allí, vivías en el apartamento de encima del garaje!

—¡Y jamás pagué nada!

Se quedaron en silencio. Ella se miró las manos. —El tipo que vino a recoger tus cosas, rompió un par de trofeos que ganamos juntos, al meterlos en las cajas. Le dije que tuviera cuidado, pero... No quiero que pienses que los rompí yo.

Se mantuvo en silencio.

—¡Di algo!

—¡Es que ya ni sé qué decir, joder!

—¿Estás enfadado conmigo o contigo?

Él apretó el volante. —Nena, ya no sé ni lo que siento. —Frenó en seco ante la pista. —Pasaré luego a buscarte.

—La niña necesita unos patines, he dado aviso a mi patrocinador, pero hoy...

—Hay patines en el despacho.

—Vale. —Abrió la puerta, pero antes de salir le miró. —Siento no haberte llamado. Siento no haber sido lo que esperabas y no haber estado a la altura.

Él mirando al frente apretó el volante y al ver que no le contestaba dijo —Voy a coger la bolsa.

Salió del coche cerrando la puerta y abrió la de atrás esperando que dijera algo, pero esas palabras no llegaron, lo que demostraba que aún no la había perdonado. Y era lógico porque tenía razón. Cerró la puerta y el coche salió disparado. —No le agobies, Lena. Acabáis de reencontraros y todo va muy bien. No lo estropees con tu impaciencia.

Tiró de la puerta de entrada al edificio y al llegar a la pista vio que las protecciones ya estaban puestas para los entrenamientos de hockey. Bajó los escalones y caminaba hacia los vestuarios cuando la máquina salió del almacén para pulir el hielo. Ella saludó con la mano a Trevor, que asintió con la cabeza sin sonreír. Lógico si por su culpa habían echado a su compañero. Ya se le pasaría. Pasó por los vestuarios para dejar la bolsa y fue hasta la puerta que decía oficina. Tiró de la manilla, pero no se abría y pensando en ello volvió a la

bolsa de entrenamiento y sacó las llaves. Probó una que parecía ser la de allí y sonrió cuando se abrió la puerta. Cuando su padre y su tío vieran la cantidad de papeles que tenía acumulados sobre el escritorio les daba algo. Estaba claro que la contabilidad no era su fuerte. Fue hasta un armario y al abrirlo vio todos los patines colocaditos por tallas. Increíble, para eso sí que era ordenado. Sacó los de la talla que le había dicho Celia y cerró la puerta para volverse y ver a Perla allí con una cara de ilusión que provocó que se le quitara el agotamiento de golpe. —¿Lista para disfrutar?

—¡Sí!

Cogiéndola de las manos para evitar que cayera patinó hacia atrás. —Muy bien eleva más la pierna... Más, más... Así está bien.

Vio como Keevon entraba en la pista y las observaba. —Muy bien, ahora tú sola. —Perla patinó dos pasos y se deslizó elevando la pierna exactamente como ella había dicho. Observándola se acercó a Keevon. —¿Hoy entrena ese chico del que hablamos el otro día?

—No quiere patinar, nena. Se niega a hacer un deporte de chicas.

—Dile que le llamo yo.

—Lena...

—Por favor, le he encontrado la pareja ideal. Lo sé.

—¿Lo hago bien?

—¿Qué quieres, que te regale los oídos? Practica los giros para que te vea Keevon. —Juntó las manos mirándole a él. —Por favor...

—Le traeré, pero no prometo nada. Ya te he dicho que su padre es un tocapelotas del hockey y si él luego dice que no...

—Tú consigue traer al niño, que yo ya hablaré con el padre cuando le recoja del entrenamiento.

—Hecho.

Salió de la pista cerrando la puerta y ella se volvió hacia Perla para corregirla. —Bien, vamos a coger un poco de velocidad.

Diez minutos después el niño entraba con protecciones y todo en la pista con Keevon detrás. Billy se quitó el casco y frunció el ceño antes de mirar hacia atrás. —Entrenador, ¿quieres que entrene aquí?

—¿No le has dicho nada?

—Dije que le traería —dijo divertido—. Mejor hablas tú con él. Genial. Sonrió a Billy. —Hola, ¿sabes quién soy?

—La maciza esa que patina. —Recibió una colleja por parte de Keevon y el niño carraspeó. —Eres patinadora.

—Sí, lo soy. Y creo que tú tienes madera para ser patinador. Uno de los buenos.

—Jugando al hockey.

—No, patinando artísticamente. Por parejas. ¿Perla?

La niña se acercó sonriendo de oreja a oreja y Billy la miró como si tuviera cuernos. —Yo me largo de aquí.

El niño se volvió. —Eh, eh... —Le cogió por el hombro para girarle. —Antes de que te vayas, ¿puedo hacerte una pregunta?

—¿Dónde está la trampa?

—¿Qué te gusta del hockey? ¿La fuerza? ¿Los golpes? ¿La precisión a la hora de meter el disco en la portería? ¿Qué es lo que te gusta?

—Estoy con mis amigos y...

—Ah, que es eso. El deporte en grupo, reírse un rato. —Entrecerró los ojos. —Creí que eras de los que te esforzabas por ganar.

—Sí, entreno mucho para eso. Me gusta ganar y que me den trofeos, pero casi nunca ganamos.

Patinó a su alrededor. —Te gusta ganar... Yo te ofrezco ganarlo todo. Yo te ofrezco que te admiren, que la gente sepa quién eres y que los patrocinadores te paguen por patinar.

—Nena...

—No le estoy contando un cuento, ¿acaso no nos ha pasado a nosotros? —Se agachó para mirarle a los ojos. —¿Sabes quién es él?

—Sí.

—Dime tú quién es.

—Un patinador.

—No, cielo, es el mejor del mundo. No hay nadie como él. Tiene fuerza, potencia y precisión. Sabe lo que necesita su compañera en todo momento y saca lo mejor de sí en cada competición. Eso es ser patinador por parejas. Llegar a compenetrarse tan bien que seas capaz de saber lo que piensa tu pareja con solo una mirada, con solo un apretón de su mano hasta llegar a hacer figuras imposibles. —Alargó la mano hasta Keevon que se la cogió de inmediato para patinar con ella antes de sujetarla por la cintura y elevarla sobre su cabeza. De repente la impulsó con fuerza y Mikelena giró tres veces sobre sí misma antes de caer entre sus brazos. Le abrazó por el cuello y él soltando su cintura giró tan aprisa que su cuerpo estirado por la fuerza centrífuga se elevó dejando al niño con la boca abierta, pero ella ni se dio cuenta por la conexión que tenía en ese momento con Keevon, la que tenían hacía seis años. La cogió por la cintura hasta que se detuvieron. El aplauso de la niña hizo que Mikelena se diera cuenta de donde estaban y se sonrojó ligeramente antes de mirar al niño que seguía con el ceño fruncido. —Piénsalo, sé que harías muy buena pareja con Perla. Ella ama este deporte, hará lo que sea por aprender, por brillar. Tú tienes lo necesario para llevarla a la cima.

Los ojos del niño brillaron. —¿Yo podré hacer eso?

—Es mucho más que jugar al hockey, ¿no? Si trabajas mucho, si no te rindes ni te lesionas, te garantizo que lo conseguirás. En todos los deportes se necesita mucho trabajo detrás. Sabes que hay lesiones, ¿no es cierto? —Billy asintió. —Es un riesgo que corremos, pero la recompensa... Te juro que la recompensa merece la pena, todos los sacrificios merecen la pena por el momento en que te ponen la medalla sobre el pecho. Pero eso sí, no hay que dejar a un

lado los estudios, siempre hay que tener en cuenta un plan b por si esa lesión llega. Seguro que tus padres te han hablado de eso con lo de jugar al hockey.

—Sí, dicen que si no estudio que no hay hockey.

—Y hacen muy bien. —Miró a Perla que estaba de lo más ilusionada. —Te gustaría que fuera tu pareja.

La niña levantó la barbilla mirándole. —Mientras se lo tome en serio. No quiero perder el tiempo y si nos van a enseñar los mejores, tenemos que aprovecharlo.

—Bien dicho. ¿Billy?

—Quiero aprender a hacer eso, quiero ganar medallas.

—Pues hablaré con tu padre.

El brillo de sus ojos desapareció en el acto. —No querrá. Era un bebé y ya me había comprado un palo de hockey. Es su deporte favorito y antes de que hubiera pista aquí se recorría cien kilómetros todos los fines de semana para llevarnos a la pista de hielo más cercana. Yo de eso ni me acuerdo, pero mi madre lo recuerda mucho. Pero mucho porque lo saca cada vez que hay partido en la tele. Dice que la tiene harta.

—Hablaré con él. Podéis iros, empezaremos en cuanto pase la tormenta. A las cinco. ¿De cinco a siete os parece bien?

Los niños asintieron vehementes. —Pues os llamaré con el día exacto.

Fueron hacia la puerta y Perla le dijo al niño —¿Te das cuenta de la suerte que tenemos? Son los mejores del mundo.

—¿De veras? —preguntó impresionado.

—Búscalos en YouTube, vas a flipar. Este año irán a las olimpiadas.

En cuanto se fueron le miró a los ojos. —¿Qué opinas?

—Nena, muchos se quedan en el camino.

—Porque tiran la toalla o se lesionan. ¿Crees que ellos serán de esos? Estoy convencida de que Perla no y Billy tiene ambición.

—No siempre es suficiente, la vida da muchas vueltas. Además, tú no estarás aquí en cuatro meses.

Se le cortó el aliento porque quisiera apartarse de su vida de nuevo, pero decidió bromear —¿Acaso no me vas a contratar como entrenadora? ¿Dónde encontrarías una mejor?

—¿Entrenadora? ¿Piensas quedarte a vivir aquí? Si piensas que habrá más campeonatos la respuesta es no —dijo muy tenso antes de ir hacia la puerta.

—Eso ya lo veremos —dijo con ironía deteniéndole en seco. Se volvió para ver su provocadora sonrisa—. Todavía no estás tan viejo como para rendirte.

—¡Nena, he dicho que no!

Pasó ante él. —Uy, voy a hablar con el padre de Billy.

Salió de la pista y se sentó en el suelo para quitarse los patines en tiempo récord. Se puso las zapatillas de deporte y corrió para abrir la puerta que llevaba al pasillo. Él la seguía de cerca con patines y todo. Cuando llegaron a la pista de hockey los chicos ya iban hacia el vestuario. Vio a Billy en las gradas hablando con un hombre. —Pues no le ha sentado muy bien la noticia.

—Venga, dile todo eso de las medallas —dijo irónico.

—Pues no pienso rendirme.

—Esa es mi chica.

Ahora sí que convencía a ese tipo. No pensaba quedar mal ante Keevon. Se acercó a ellos y Billy se volvió. —Mira papá, ella es la patinadora.

El tipo la miró y dejó caer la mandíbula del asombro. —Pero si es...

Alargó la mano. —Mikelen Preston, mucho gusto.

—El gusto es mío. Carter Lewis —dijo impresionado estrechándosela—. Sabía que estaba en el pueblo, pero nunca imaginé que fuera a dar clases.

—Es que Billy es un caso especial y mientras Keevon y yo nos preparamos para las olimpiadas me gustaría enseñar a su hijo.

—¿De veras?

—Keevon ya se había dado cuenta de su potencial, por supuesto, y hubiera hablado con usted para individuales, pero...

—¿Le entrenaría Keevon? —Ahora sí que le había impresionado.

—No, en este caso le entrenaría yo porque he encontrado la pareja ideal para él. —Le indicó con la cabeza.

El hombre miró a la niña que estaba allí sentadita y esta le guiñó un ojo. —Ella es Perla y será la próxima mejor patinadora de los Estados Unidos. ¿Quiere que su hijo sea su compañero? ¿Quiere que Billy sea el número uno?

—¿Cómo está tan segura de que...?

—No puedo estar segura. Como sabe, al igual que en cualquier deporte hay lesiones y otros factores que impiden llegar. Pero Perla hará lo que sea por conseguirlo, ¿no es cierto, cielo?

—Ahora tengo patines —dijo como si nada fuera a detenerla ya.

Le miró fijamente a los ojos. —Esta es la determinación que hace falta, ¿cree que su hijo la tiene?

Carter entrecerró los ojos antes de mirar a su hijo que esperaba impaciente. —Bueno, es una oportunidad única...

—Sí, papá.

—Son campeones del mundo, nadie tiene entrenadores así —dijo la niña como si fueran muy cansinos.

—Señor Lewis, ¿qué le preocupa? —preguntó Keevon.

Al ver el mono de garaje bajo la cazadora y sus viejas botas lo entendió. —Niños, a los vestuarios —dijo ella con firmeza.

Bajaron los escalones sin rechistar y eso sorprendió a Carter. —Está entusiasmado.

—Eso es lo que impulsa esta profesión. Si le preocupa el dinero...

—Últimamente mi garaje no va muy bien. Han abierto otro mucho más moderno y los clientes me están abandonando.

—Entiendo. No se preocupe por las cuotas, es gratis y prometemos llevar nuestros coches a reparar en su taller, ¿qué me dice?

No podía estar más sorprendido. —¿Gratis?

—No me he metido en la pista de patinaje por el dinero, se lo aseguro —dijo Keevon divertido—. Es una manera de fomentar el deporte entre la comunidad. Hasta ese punto estoy comprometido. ¿Qué le parece?

—Oh, gracias. ¿Pero podrá seguir jugando al...? —Ambos le miraron con horror. —Entiendo, las lesiones.

—Estamos forjando futuros atletas de alto rendimiento. Cuantas menos lesiones mucho mejor.

—Comprendo. —Entrecerró los ojos. —Sí, si ambos creen que tiene madera y el niño quiere, vamos con ello.

Sonrió loca de contenta. —No se arrepentirá, se lo aseguro. Ahora le voy a dejar claras unas pautas. Si no saca notables en todo, esto se acaba.

—¿Mi hijo notables? No los ha sacado nunca. ¡Con aprobar va que chuta!

Divertida dijo —Le aseguro que a partir de ahora los sacará.

Capítulo 7

Después de cerrar la pista regresaban a casa en el coche. Estaba agotada y suspiró.

—No ha sido buena idea. Entre tus entrenamientos y los niños...

—Tú también entrenas a niñas. Lo que pasa es que me tienes envidia porque tengo una pareja.

Gruñó. —No es justo.

—A ver si te espabilas, guapo. Mis chicos arrasarán.

La miró divertido. —¿Crees que no puedo encontrar otra pareja?

—¿Cómo la mía? Ni de broma.

—Tienen todo por aprender.

—Sí. —Sonrió ilusionada. —Perla me recuerda a mí cuando quería comerme el mundo.

—Aún quieres comerte el mundo, sino no te presentarías a las olimpiadas.

—Sí. —Miró su perfil. —Me encantará ganar esa medalla de oro contigo. Nos la debemos.

Él asintió frenando ante la casa. —Baja nena, voy a aparcar el coche.

Que no contestara la fastidió. —¡Nos la debemos! —Keevon la miró a los ojos. —¡Dilo!

—Nos la debemos.

—Pero no lo digas por obligación, dilo de verdad.

Él bufó dando marcha atrás antes de acelerar el coche para llevarlo a la parte de atrás de la casa. —¡Eh! ¡Qué no me he bajado!

—¡Nena, estoy agotado, no quiero discutir y al parecer tú tienes ganas!

Jadeó ofendida. —¡Yo no quiero discutir! ¡Quiero que reacciones! ¡Volvemos a estar juntos después de seis años y quiero algo de entusiasmo! ¡Parece que estar conmigo te hace sentir como si te fueran a sacar una muela y me empiezas a cabrear de verdad!

Él frenó tras el coche de su padre. —¿En serio estamos teniendo esta conversación?

—¡Sí!

Se quitó el cinturón y la miró con ganas de pegarle cuatro gritos. —Baja del coche.

—¡No! ¿Qué te preocupa? ¿Qué te enfada? ¡Dímelo!

—¿Quieres saber lo que me preocupa? —Él cogió su mano y se la puso entre sus piernas. —¿Qué me enfada? ¡Esto es lo que me enfada, joder!

Se le detuvo el corazón porque estaba duro, muy duro. Vaya, que eso no lo disimulaba el pantalón del chándal. Era evidente que odiaba excitarse a su lado y sin poder creerse que le afectara hasta ese punto susurró —Ah...

Keekon cerró los ojos como si sentir su mano allí fuera lo mejor del mundo. —Joder, para.

Le acarició por encima del pantalón del chándal provocando que gimiera, lo que aceleró su corazón sintiéndose poderosa. Le estaba dando placer. Siempre había soñado con ese momento. —¿Te gusta?

—No sigas —dijo entre dientes.

—¿Por qué? —Se acercó y le besó en la mandíbula. —Te lo daría todo.

Keekon volvió la cabeza para mirarla a los ojos y ella se acercó a sus labios rozándolos tímidamente. —Todo. —Volvió a besarle y él la cogió por las mejillas impaciente antes de entrar en su

boca. Sentir como bebía de ella como si la necesitara hizo que todo su ser ardiera y entrelazó su lengua para responder al primer beso que le habían dado de verdad en su vida. Mikelena se mareó con la cantidad de sensaciones que la asaltaron y el beso se volvió aún más exigente y desesperado. Él apartó sus labios para besar su cuello mientras sus manos bajaban por encima de su anorak para acariciar su pecho, pero tanta ropa les resultó frustrante por lo que ella impaciente se abrió la cremallera para quitárselo tan aprisa como podía. Los cristales de la camioneta se empañaron por sus agitadas respiraciones y él arrastró sus mallas por la cinturilla para bajárselas acariciando su glúteo. Dios, iban a hacerlo, pensó emocionada. Sintiendo una necesidad abrumadora se quitó el polar y después el sujetador mientras él besaba su cuello, pero esos labios descendieron. Keevon se apartó para mirar sus senos y creyendo que su corazón se le iba a salir del pecho vio como acercaba sus labios a uno antes de lamer ligeramente su pezón, provocando que algo la traspasara de arriba abajo haciendo que gritara de placer. Pero él no se detuvo, sino que acunó su pecho en su mano antes de acariciar su endurecido pezón con el pulgar para metérselo en la boca y chupar con unas ansias que le cortaron el aliento. Keevon no se quedó ahí porque también acarició su otro pecho antes de chupar con las mismas ganas.

—Joder nena, podría lamerlos durante horas.

Mikelena tan embriagada estaba que ni le escuchó, pero sí sintió sus dientes mordisqueando sus pezones hasta retorcerla de placer. Entonces una de las manos de Keevon descendió por su vientre hasta meterse bajo la malla. Por instinto abrió las piernas y su dedo recorrió su sexo rozando un punto que la hizo gritar entre el placer y la necesidad. Él acarició ese punto una y otra vez. —¿Te gusta, nena? —le susurró al oído—. ¿Te vas a correr? Quiero ver cómo te corres. —Se apartó para mirar su rostro antes de apretar su clítoris y la presión aumentó sobre ese punto hasta que cada músculo de su cuerpo se puso en tensión. Sin dejar de acariciarla se agachó y metió un pezón en su boca tirando de él. Fue como si algo

increíble estallara en su interior, algo tan intenso y placentero que no se parecía a nada que hubiera experimentado antes.

Embebida en su placer ni se dio cuenta de que él la observaba antes de besar su mejilla y susurrar a su oído —¿Quieres continuar?

Abrió los ojos lentamente para mirar los suyos temiendo que se echara atrás ahora y en respuesta apoyó los pies en el suelo para bajarse las mallas antes de quitarse las botas con los pies para liberar sus piernas.

Su mirada descendió por su cuerpo y el asiento empezó a ir hacia atrás para dar espacio entre él y el volante. Mikelena soltó una risita y sin invitación se sentó sobre él a toda prisa. Él acarició su espalda hasta llegar a su trasero. —Nena...

Besó sus labios. —¿Sí?

—El otro día me pareció entender...

Le miró sorprendida. —¿Vamos a hablar ahora? Estoy en pelotas. —Sintió su sexo entre sus piernas y se le cortó el aliento. —Oh... —Movié las caderas hacia adelante para que su punta rozara sus húmedos pliegues y él juró por lo bajo agarrando sus caderas para intentar detenerla.

—Nena, ¿eres virgen?

Ella le miró a los ojos. No, no iba a dejar que se echara atrás ahora y retándole se sentó de golpe sobre su miembro haciéndoles gritar a los dos.

—¡Hostia, hostia! —La fulminó con la mirada. —¡Serás bruta! ¡Eras virgen!

Mikelena con los ojos cerrados solo podía disfrutar de tenerle en su interior y fascinada se elevó ligeramente agarrándose a sus hombros sintiendo como cada milímetro de él la recorría. Keevon juró por lo bajo apretando sus dedos en su cintura. —Nena, ¿no te duele?

—No. —Acarició su nuca antes de abrir los ojos para mirar los suyos y dejarse caer de nuevo.

Keevon amasó sus glúteos con ganas. —Joder, que bien te sientes, nena. Muévete.

Y ella lo hizo. Sin dejar de mirarle, se deslizó por su eje aumentando en ambos el placer y la necesidad de más. Sintió como su vientre se iba tensando poco a poco a la vez que esa necesidad de más no dejaba de crecer. Gimió dejándose caer de nuevo, pero la felicidad no llegaba y desesperada apretó los dedos en su cuello. Keevon reclamó su boca besándola intensamente y el asiento se tumbó poco a poco. Ella apoyó las manos a ambos lados de su cara y de repente él levantó sus caderas sorprendiéndola con su ímpetu, lo que hizo que su placer aumentara hasta donde nunca creyó posible. Pero Keevon no se detuvo ahí, sino que entró en ella de nuevo, cada vez con más fuerza, cada vez de manera más contundente hasta que todo su cuerpo temblaba de necesidad y solo un pequeño hilo la ataba a la cordura, pero ese hilo se rompió con una última estocada que hizo que todo su mundo estallara a su alrededor. Y no pudo ser más feliz porque en ese momento eran uno.

Aún embriagada por lo que había pasado, miró el cristal empañado del coche con la respiración agitada. Y eso que estaban cansados, que en plena forma aquello podía ser de medalla de oro. Aún sobre él volvió el rostro hacia Keevon que se estaba pasando la mano por la cara jurando por lo bajo. Uy, que ya se arrepentía. —Ha estado muy bien. ¿No? No es que tenga mucha experiencia, pero...

—¡No hemos usado protección joder!

Palideció. —Oh...

—Sí, oh... —Furioso la sentó de mala manera en su asiento, se subió los pantalones del chándal y al mirarla vio que iba a decir algo. —Me voy a la farmacia.

—Me tiene que venir la regla en un par de días como mucho. No pasará nada. ¿No?

—¡Y yo qué sé! Mierda, mierda... Vístete, joder. Como no solucionemos esto vas a estar estupenda con un bombo girando en la pista de las olimpiadas.

Se puso las mallas y buscó a su alrededor el sujetador. Él se lo puso ante la cara. Al parecer se había desvestido mucho más que él. Agarró también el polar y se lo puso antes de ponerse el anorak. Cuando terminó suspiró antes de mirarle. —Así que a la farmacia, ¿no?

—¿Alguna otra sugerencia?

—No, si a mí me vale. Así compraremos condones.

La fulminó con la mirada. —Nena, esto no se va a repetir.

—¿Es que no te ha gustado?

—¡Deja de decir tonterías! —Arrancó y dio marcha atrás a toda pastilla. El coche derrapó y se empotró contra un montón de nieve que estaba allí acumulada. Keevon gruñó antes de girar el volante.

—¿Quieres que lo lleve yo? —La miró de nuevo como si fuera el anticristo. —Si llego a saber que te iba a sentar tan mal hacer el amor...

—¿Qué? ¿Qué hubieras hecho?

Soltó una risita. —Lo mismito que he hecho, que me lo he pasado como nunca.

Él gruñó. —Muy graciosa.

—Espero que la próxima vez te sienta mejor.

—¡Qué no va a haber próxima vez!

—Ya, como que ahora que te he catado lo voy a dejar. Debería pedir la píldora, así no tenemos que preocuparnos si es aquí te pilla y aquí te mato. Cielo, para en el médico.

—¿Qué médico?

—Habrá un médico en el pueblo, ¿no?

—Sí, pero...

—Déjate de peros y detente allí. Le preguntaremos. Estará acostumbrado a estos despistes.

—¡Menudo despiste!

—No entiendo por qué te asusta tanto un embarazo.

—¿Pero tú te estás oyendo? —dijo espantado.

—Bueno, no puedo negar que sería una pena lo de las olimpiadas, pero un bebé es un regalo.

—¿Pero te crees que es algo que te trae Papá Noel? —gritó histérico.

Le miró ilusionada. —Estaremos juntos en navidades, ¿no es genial? ¿Recuerdas las últimas?

—¡Las últimas las pasé solo!

—Ya volvemos con eso. ¿Quieres reconocer tu parte de culpa?

—La madre que me parió.

—Que mal te sienta tener sexo, cielo. Igual tenemos que racionarlo porque es increíble la mala leche que se te pone. Yo creía que esto relajaba, pero a ti no.

—¡A mí también!

—Pues no lo entiendo.

—¿Pero no te das cuenta de lo que ha pasado?

Soltó una risita. —Vaya que si me he dado cuenta. Cielo, qué manos tienes. Para el coche y repetimos. —Pasó la mano por su muslo y Keevon dio un volantazo. —Cielo, en la cuneta no. Busca otro sitio.

—¿Quieres estarte quieta, joder?

Chasqueó la lengua. —Como si fuera la primera vez que te toco, si estoy harta de sobarte. —Rio divertida. —Practico el mejor deporte del mundo. —Se acercó a él y lamió el lóbulo de su oreja. —¿Te has excitado mucho conmigo?

—¿En estos últimos seis años? —preguntó entre dientes.

—Desde que he llegado.

Gruñó haciéndola sentir estupendamente. —¿Tanto? —Acarició su cuello, pero de repente se dio cuenta de lo que había dicho. —¿Te has excitado conmigo en los últimos seis años?

Él frenó en seco y volvió su rostro hacia ella mirándola tan intensamente que le dio un vuelco al corazón. —¿Has pensado en mí?

—¿Que si he pensado en ti? —La cogió por la nuca y la atrajo para besarla con ansias. Se abrazó a él intentando demostrarle que si hubiera sido por ella jamás le hubiera abandonado.

Bajó las escaleras muy contenta, ignorando totalmente que eran las ocho de la mañana. Un día era un día. Al entrar en la cocina vio a su padre, a su tío y a June sentados a la mesa con una taza de café ante ellos. Y la miraron fijamente. —Sí, vale, hemos dormido juntos. —Soltó una risita. —Aunque no hemos dormido mucho. —Fue hasta la nevera y la abrió para sacar la leche desnatada, la fruta y todo lo que necesitaba. —Se va a levantar con un cabreo... Seguro que dice que soy una mala influencia.

Su padre suspiró. —Te has saltado el entrenamiento.

—Eso mismo va a decir él. —Lo metió todo en la batidora y pulsó el botón entrecerrando los ojos. —Papá, ¿tienes condones?

Este que estaba bebiendo de su café se atragantó y June asustada se levantó para palmeear su espalda. —Eso es que no. Bueno, pues a ver qué hacemos porque ayer al final no fuimos al médico.

Mike se levantó mirándola con los ojos como platos. —¡Tienes las olimpiadas en cuatro meses!

—Ya. Tranquilo, que si sucede me haré la tonta como si no supiera nada. Total, no se notará.

—¿Pero qué locuras dices, hija?

Sonrió. —Estoy tan contenta que soy positiva. —Cogió el vaso de la batidora y empezó a beber de él. June iba a decir algo, pero al

final lo dejó pasar. Cuando terminó respiró hondo y dijo —Me bajo al gimnasio, que así si me ve trabajando se pondrá de buen humor.

—Ah, que encima estará de mal humor —siseó su padre.

—Sí, papá. Es un poco rarito. —Fue hasta la puerta y se detuvo en seco. —¿Cómo se baja al sótano?

Todos señalaron una puerta que había en la cocina. —Ah, pensaba que era una despensa. —Fue hasta allí y vio las escaleras que bajaban. Encendió la luz y al ver el suelo blanco gritó de la impresión. —¡Ese es un suelo sintético, papá, ese en el que se puede patinar!

—Lo sé, hija. Al parecer se lo hizo una empresa canadiense de una sola pieza.

—Uy, voy a probarlo. —Corrió hacia el hall para ir a por los patines cuando se dio cuenta de que la bolsa aún seguía en el coche. —Mierda. —Tenía otros patines en la habitación, pero mejor iba a buscar la bolsa porque la necesitaría. Hizo una mueca porque tenía las zapatillas de deporte puestas, pero estaban allí las botas de su padre. Se las quitó a toda prisa y se puso las botas. Se puso el primer abrigo que pilló y abrió la puerta de casa, pero ahí se dio cuenta de que no tenía las llaves de la camioneta. ¿Las necesitaba? Se habían apurado tanto en salir del garaje mientras se comían a besos, que ni recordaba si había cerrado la puerta del coche. Mejor las cogía que no quería dar dos viajes. Subió los escalones con cuidado de no tropezar con las botas que eran varios números más grandes que las que ella usaba, pero era tan incómodo que se las quitó a la mitad y subió descalza para caminar por el pasillo hasta la habitación del fondo.

—No, joder, te dije que lo intentaría.

Se detuvo en seco porque estaba hablando por teléfono. Dudó en si empujar la puerta o en si debía darle intimidad.

—Ya sé que iba a retirarme, Martin.

Estaba hablando con su agente. —No, no se lo he dicho al médico.

Se tensó. ¿Cómo que al médico?

—Tú encárgate de revisar los contratos, de lo demás me encargo yo como siempre. ¡No, y no me saques más el tema!

Preocupada se mordió el labio inferior escuchándole caminar por la habitación. Ella no aguantó más y empujó la puerta. Keevon, que desnudo iba hacia el baño, se volvió sorprendido. —Nena, ¿no deberías estar entrenando?

—A eso iba. ¿Qué es eso del médico?

Se tensó. —Al parecer escuchas tras las puertas. —Entró en el baño dando un portazo.

Preocupada fue hasta allí y giró el pomo, pero había cerrado el pestillo. —Cielo, ¿podemos hablarlo? Estoy preocupada.

El grifo de la ducha se abrió dándole una respuesta a su pregunta. —Pues no me voy a rendir. —Se sentó en la cama y esperó a que saliera. Y el muy cabrito se tomó su tiempo. Quince minutos después frunció el ceño. —¡Sigo aquí! ¡Y aquí me voy a quedar hasta que salgas!

Se cerró el grifo y siseó —Al fin.

Salió con una toalla rodeando sus caderas y fue hasta el armario. Lo abrió sin mirarla.

—¿Keevon?

—No es nada —dijo muy tenso.

—¿Cómo que no es nada?

—Me hago una revisión todos los años y este año no voy a ir.

—¿Por qué?

—Porque no quiero, no tengo que darte explicaciones.

Vio cómo se vestía con unos vaqueros y un jersey de cuello vuelto, lo que indicaba que no iban a entrenar juntos. —¿A dónde vas?

—Tengo que hacer cosas en la ciudad antes de la tormenta. —Se calzó las botas y agarró una cazadora antes de ir hacia la puerta.

No solo no era cariñoso después de la noche que habían pasado, sino que volvía a la frialdad de antes. —¿Qué te ha enfadado?

Él se detuvo en la puerta. —¡Qué mi intimidad es mía! Siempre lo ha sido incluso cuando vivía en Crownhills. ¡Antes lo respetabas, espero que por un par de polvos no lo hayas olvidado!

Se fue dejándole un nudo en la garganta. Así que un par de polvos. Al parecer esa noche no había sido tan importante para él como para ella y no daba crédito. Si la había abrazado, besado y susurrado mil palabras cariñosas. Estaba claro que quería mantener las distancias. Igual no se fiaba de ella todavía y era normal después de seis años separados. O puede que quisiera apartarla por lo del médico, porque le estaba ocultando algo que no quería que supiera. Entrecerró los ojos y se levantó para correr fuera de la habitación hasta el hall. —Papá, ¿puedes venir un momento?

—Sí, cielo.

Se acercó a ella y le cogió del brazo para tirar de él bajo la escalera. —Tienes que distraer a June.

Él frunció el ceño. —¿Por qué?

—Tengo que buscar algo sobre el tratamiento médico de Keevon, y no quiero que me pille. Ahora no puedo explicártelo. ¿Puedes hacerlo?

—¿Cuánto tiempo necesitas?

—Pues no lo sé.

Frank asintió. —Tengo una idea.

—Bien.

Su padre se volvió y fue hasta la cocina. Ella estiró el cuello para ver que sacaba su móvil y escribía a toda prisa. El móvil de su tío pitó y este leyó el mensaje antes de mirar a su hermano.

—June, me ha dicho la niña que va a practicar abajo un rato, pero vamos a necesitar cambiar la posición de algunas de las máquinas de Keevon para que no se lesione. ¿Nos ayudas con las mancuernas mientras mi hermano y yo movemos las más grandes?

Es para que empiece lo más pronto posible. Ahora está estirando los músculos, ya sabes, y quiero asegurarme de que todo esté bien colocado.

—Claro que sí, haré lo que sea. ¿Pero va a entrenar sola?

—Sí, eso parece.

Escuchó como se alejaban todos y ella corrió hacia el despacho. El escritorio tenía unos papeles sobre la mesa de cristal, pero ella los ignoró porque seguramente serían facturas. No, algo como su historial médico estaría en una carpeta o algo así. Fue hasta la estantería y vio que allí había varias carpetas con los años. Frunció el ceño sacando una y al abrirla vio que era documentación de impuestos. La devolvió a su sitio y se agachó para ver las carpetas de abajo. Al ver Lena se le cortó el aliento y la sacó lentamente sintiendo el corazón a mil. Abrió la carpeta y allí estaban los dos. Dios, eran sus fotos juntos en las competencias. Al verse en su primer pódium con él, sus ojos se llenaron de lágrimas por la felicidad que expresaban sus rostros. Pasó las fotos, todas sus competencias estaban allí. Pasó a la siguiente y al verse el año anterior gritando de la alegría con los brazos en alto por haber ganado el Grand Prix se quedó sin aliento. En esa no estaba con él, ni en la siguiente ni en todas las que había allí y emocionada ni sintió las lágrimas que corrían por sus mejillas. Las risas en el piso de abajo hicieron que se diera cuenta de lo que estaba haciendo y a lo que se arriesgaba como la pillaran. Cerró la carpeta a toda prisa y la colocó en su sitio. Cogió otra carpeta negra que no tenía ninguna etiqueta y la abrió para ver el membrete de un hospital en Suiza. Bingo. Se sentó en el suelo. Los papeles estaban colocados por fechas y leyó a toda prisa desde el principio. El tumor era benigno y sonrió del alivio. Las revisiones eran anuales, le hacían ecografías y varias pruebas más. Frunció el ceño porque el año anterior en el escáner detectaron que se había reproducido, pero que era tan pequeño que simplemente lo controlarían. La próxima revisión era el mes siguiente.

—¡Joder, esto es el colmo!

El grito de Keevon la sobresaltó dejando caer la carpeta. —No pienso disculparme, me preocupas.

—¡Te preocupo! ¡No tienes derecho a revisar mis cosas!

—Tienes una revisión el mes que viene. Compraré billetes para los dos.

—¡No voy a ir!

—Claro que irás. —Se levantó cogiendo los papeles. —Mejor dicho iremos.

—¡No sé con qué derecho piensas que puedes meterte en mi vida!

—Soy tu compañera, tu amante y vivo en tu casa, ¡claro que tengo derecho! —gritó perdiendo la paciencia—. ¡Iremos a Suiza y no se hable más! —Le puso la carpeta en el pecho y él la cogió por un pelo mientras ella salía del despacho.

Mikelená entró en la cocina y vio a los tres allí con cara de haberlo escuchado todo. —Sí, me ha pillado. Papá, ¿puedes comprar dos billetes para Zúrich? Tenemos que estar allí el día dieciséis del mes que viene.

—¿Es que estás sorda, joder? ¡Qué no voy a ir!

Se volvió furiosa. —¿Y se puede saber por qué?

Él apretó los labios y June dijo —¿Qué pasa aquí?

—¿Qué pasa? ¡Qué aquí tu jefe y amigo tiene que ir a una revisión médica en Suiza, una revisión muy importante porque tiene un tumor en el hígado! ¡Y no quiere ir!

Su padre dio un paso atrás de la impresión. —¿Lo tienes otra vez?

—Hostia, esto es estupendo, nena. ¡Seis años en secreto y ahora lo sabe todo el mundo!

—¿Pretendías que no se lo contara a mi familia? ¡Lo que no es lógico es que no se lo dijeras a June!

—Porque Martin me dijo que no dijera nada. Si se enteraba la prensa los patrocinadores podían pensar que estaba acabado.

Le miró incrédula. —¿Qué te he hecho?

Se tensó aún más. —No sé de qué hablas.

—¿Ahora ya no te fías de nadie? ¿Ni de June?

—No digas tonterías.

—¿Vive en tu casa, contigo y no has sido capaz de decirle nada de tu enfermedad?

—Dios mío, ¿estás enfermo? —preguntó June asustada—. ¿Es cierto eso que dice del tumor?

—No estoy enfermo. —Miró a Mikelena como si quisiera soltarle cuatro gritos más. —¡Dile que no estoy enfermo, la estás preocupando!

—Tuvo un tumor benigno que le operaron y ahora se ha reproducido.

—Hostia —dijo Mike impresionado.

—¡Por eso vamos a ir a la revisión en Suiza! ¿Papá?

—Yo me encargo, hija.

—Ahora me voy a entrenar. —Miró a Keevon. —¿Tú no te ibas a la ciudad?

—Están cortadas las carreteras —dijo entre dientes.

—¿Ya?

Él gruñó yendo hacia la cafetera. —Tienes la bolsa en el hall.

—Estupendo, me voy a probar esa pista que tienes ahí abajo. —Fue hasta el hall y agarró la bolsa que estaba en el suelo

—Nena, controla las distancias y sobre todo el techo.

—Tranquilo, solo será para calentar los músculos. Cuando quieras calentarlos conmigo baja. —Le guiñó un ojo antes de empezar a bajar las escaleras del sótano. Al llegar abajo se quedó impresionada por lo grande que era el desván. Pero era lógico porque era un espacio abierto sin tabiques. Asombrada porque no hubiera pilares en medio que estorbaran miró hacia arriba. Grandes vigas de hierro hacían de sujeción para los pisos superiores. La pista por supuesto que no era tan grande como la de hielo, pero tenía el

suficiente tamaño para practicar ciertos saltos, giros y posiciones con la pareja. Le encantaba que hubiera espejos. Incluso una cámara. Perfecto para ver la coreografía después. Caminó por la sala hasta los trofeos de Keevon que ocupaban dos paredes enteras en la zona de gimnasio. Sonrió al verse junto a él levantando ambos el brazo con la medalla de oro colgada al cuello y se sorprendió de ver allí el trofeo de cristal que el de la mudanza había roto. Había pedido que le enviaran otro porque estaba perfecto. Caminó hacia una vitrina especial donde estaba su medalla de oro de los juegos. Qué pena que la primera vez no hubiera ido con él. Qué pena todo lo que se habían perdido. Sus ojos se llenaron de lágrimas por su estupidez e intentando recomponerse se volvió. —Bueno Mikelena, hora de trabajar.

Capítulo 8

El sonido de Lo que el viento se llevó se escuchaba en toda la casa y ella practicaba posiciones para cada compás. Al ver acercarse a Keevon se hizo la tonta y cuando por la espalda la cogió por la cintura para tirar de ella se dejó llevar estirando las manos hacia sus patines todo lo que podía antes de enderezar la espalda y pasar el brazo tras el cuello de Keevon mirándole a los ojos. Él la dejó en el suelo y Mikelena giró a su alrededor acariciando su nuca, su cuello hasta su hombro. —Cariño, no te has cambiado. Solo te has puesto los patines.

—Preciosa, en esta pista no puedo explayarme a gusto.

—¿Y por qué la has puesto?

—No lo sé, apenas practico aquí. Los grandes saltos los hago en la privada de la pista de hielo.

Se puso ante Keevon y elevó una pierna que él agarró por el tobillo a la vez que con la otra mano la cogía por la cintura y la elevaba por encima de su cabeza antes de empezar a girar hasta coger velocidad. —Más deprisa, cielo —dijo ella desde arriba recta como una tabla.

Giró con más velocidad —¿Lista?

—Siempre.

Soltó su cintura y ella cayó hacia abajo juntando las piernas. Él agarró sus dos tobillos juntos sin dejar de girar y Mikelena con la cabeza hacia abajo con la mejilla casi rozando el suelo se sintió como si no hubieran pasado seis años. Soltó uno de sus tobillos y ella agarrándose a su pierna se incorporó apoyándose en la suya antes de que él soltara su otro tobillo. Le sonrió. —¿Qué opinas?

—Para ser esta pista no está mal.

Ella rio tirándose a él. Keevon sonriendo la agarró por el trasero. Sus ojos brillaron por estar a su lado. —Me encanta patinar contigo.

—¿No estoy demasiado viejo?

Rio. —Eso te escoció, ¿eh?

Sonrió. —Sí, nena, me escoció un poco.

Le dio un beso en los labios. —Estás en tu punto.

Keevon sonrió divertido. —¿De veras?

—Ni demasiado viejo ni demasiado joven. En tu punto.

—Nena, ¿tienes hambre? —La besó en el cuello y ella se echó a reír.

Mike y Frank sentados en la cocina se miraron.

—No creo que ahí abajo practiquen mucho —dijo June—. Anda que como la niña se embarace antes de los juegos...

Ambos hicieron una mueca. —¿Qué opinas, abuelo? —preguntó Mike.

Frank sonrió. —Eso sí que sería un premio.

Cuatro días después tumbada a su lado, acarició su pecho pensando en los maravillosos días que habían vivido juntos. Mañanas entrenando solos en su pequeño mundo, donde todo eran risas y hablar del trabajo que tenían por delante los próximos meses. Y tardes que eran aún mejores porque se sentaban ante el fuego, leyendo y comportándose como cualquier pareja del mundo. Había sido perfecto y temía que la nieve se deshiciera y el mundo real entrara en sus vidas. Algo que era inevitable porque ese tumor había llegado para aterrorizarla. Se abrazó a su torso negándose a perderle, ahora no, ahora ya no se lo quitaría nada ni nadie.

—¿Qué piensas? —preguntó Keevon acariciando su espalda.

—En unas vacaciones. —Levantó la cara para mirarle. —En las Maldivas.

Él rio por lo bajo. —Ahí no hace frío.

—Ni hay patinaje, ni responsabilidades, ni fotógrafos, ni seguidores, solos tú y yo, ¿qué me dices?

—¿Y cuándo serían esas vacaciones?

—Pues...

—Nena, no tenemos tiempo.

Suspiró apoyando la mejilla en su pecho. —Mañana llegarán los contratos con los patrocinadores.

—Exacto, así que hasta después de las Olimpiadas seremos suyos, anunciando a la prensa que volvemos a estar juntos, subiendo videos de los entrenamientos a las redes y un montón de cosas más.

—Sí —dijo como si fuera un fastidio.

Él sonrió con cinismo. —Era lo que querías.

Ahí estaba otra vez el muro que había antes de la nevada. El mundo exterior ya había entrado en sus vidas de nuevo y mucho antes de lo que pensaba. ¿Era lo que quería? Eso no lo podía negar, quería, siempre lo quiso, pero en pasado. Ahora quería otras cosas como que él la amara para siempre, que necesitara estar a su lado como le pasaba a ella. Pero tenía razón, si estaba allí era por esa medalla de oro y tenía la sensación de que eso era lo que le fastidiaba. Que no estaba allí por él, lo que hacía que el muro que Keevon había puesto entre ellos fuera tan difícil de derribar. Era increíble como cambiaban las prioridades de una persona. Había luchado por conseguir esa medalla desde que tenía uso de razón, había sido el premio que siempre había deseado y ahora su premio estaba allí entre sus brazos, pero por su mirada era mucho más inalcanzable que esa medalla. Él suspiró apartándose y se levantó. —Venga, tenemos que ir a la pista. Ya son las cuatro.

—Si aún hay mucha nieve.

—Nada que las quitanieves no arreglen. Hoy se abrirá todo, así que ya puedes ir llamando al médico para que te vea y te dé la píldora. —Fue hasta el baño.

—Kev...

Se volvió para mirarla a regañadientes y ella se sentó en la cama cubriéndose con la sábana. —¿Qué me dirías si ya no quisiera ir a los juegos?

—¿Qué has dicho?

—Si renunciáramos a los juegos y mi carrera terminara aquí, ¿qué dirías?

—¿No quieres esa medalla?

—Sabes que sí, pero si esa medalla va a interponerse entre nosotros renunciaría a ella.

Él sonrió con ironía. —¿Por qué razón ibas a renunciar a algo por lo que has luchado toda tu vida?

Era evidente que no quería entender lo que quería decir o no la creía. Esa conversación era perder el tiempo porque ya se había cerrado a ella de nuevo. —Déjalo, es una estupidez.

—Y tanto que es una estupidez. Jamás renunciarías a los millones de los anunciantes y a ese oro. —Entró en el baño cerrando la puerta cuando durante esos días puede que la hubiera entornado, pero cerrado nunca, y más si se duchaba como era el caso porque había abierto el grifo del agua. Sí, quería poner distancias, eso era evidente. Solo esperaba que se diera cuenta más pronto que tarde de que la necesitaba en su vida. Puede que en unas semanas las cosas mejoraran. No hacía ni una semana que estaba allí y ya se habían acostado. Dale tiempo Mikelena, está dolido, lo necesita.

Pero un mes después las cosas no solo no mejoraban, sino que empeoraban a cada día que se acercaba el campeonato. Ella no era capaz de hacer el triple y eso le estaba desesperando porque toda la coreografía del programa libre de la competición se había

diseñado con ese salto como elemento central. Tenía que ser algo impresionante y lo habían colocado en el centro de la coreografía para dejarlos a todos con la boca abierta. Otro salto no llamaría tanto la atención, estaba segura. Además, ya habían repartido los ejercicios obligatorios a lo largo de los cuatro minutos de la melodía que la sinfónica de Filadelfia había hecho especialmente para ellos bajo un absoluto secreto. Ya era tarde para cambiar ahora. Se negaba en redondo. Toda América estaba como loca por su vuelta, salían en todas las televisiones. La prensa seguía fuera de la pista desde el anuncio de su regreso y habían tenido que cerrar para evitar intrusiones durante los entrenamientos. Hasta habían tenido que contratar seguridad privada para evitar que se les colaran en la pista como había pasado en un par de ocasiones. Ese fue otro inconveniente porque no podían ensayar con música. Si lo hacían, lo contarían al mundo entero y reventarían la sorpresa en los juegos. Hasta el vestuario estaba siendo toda una odisea pues tenía que ser cómodo, pero Mikelena siempre había soñado con un body de terciopelo verde que llevara una pequeña cola imitando el vestido que llevaba cuando Scarlett se había hecho uno con unas cortinas. Pero Keevon se había puesto furioso con el tema de la cola porque podría entorpecer en los ejercicios, lo que podría ser peligroso. Discutió con él lo indecible, pero fue inflexible por lo que tuvo que cambiar el diseño de la falda. Menos mal que su modista era un genio y había conseguido captar a Scarlett con un body que hasta llevaba unas borlas bordadas. El ritmo era tan frenético que solo descansaba cuando entrenaba a los niños con los que disfrutaba muchísimo. Billy se estaba tomando las cosas muy en serio a pesar de las burlas de sus compañeros de equipo, que a veces le veían en la pista. El niño miraba a Keevon con una admiración que la enternecía y su pequeña Perla no se quedaba atrás animando a su compañero lo indecible. Viendo como los niños se alejaban en la pista, se dio cuenta de hasta qué punto había decepcionado a su compañero. No le había apoyado, no había hecho nada por arreglarlo, simplemente se había lamido las heridas en lugar de pedir explicaciones. No le extrañaba que se hubiera sentido defraudado, no había luchado por él. Viendo como Billy sonreía a Perla, se

preguntó como debió sentirse solo en Suiza sin nadie a su lado en una situación tan horrible. Y no le dijo nada por protegerla. Los dos fueron unos tontos por no hablar las cosas. Eran un equipo y nada debía interponerse entre ellos. —Chicos venid.

Se acercaron cogidos de la mano sonriendo.

—Lo habéis hecho muy bien, pero antes de iros quiero hablaros de algo.

Ambos asintieron perdiendo la sonrisa para mirarla muy serios.

—Este mundo a veces no es fácil, lo sabéis. Hay que luchar mucho por lo que se quiere en la vida y muchas veces hay piedras en el camino. ¿Entendéis lo que quiero decir?

—Sí —dijeron los dos a la vez.

—Siempre debéis apoyaros el uno en el otro. —Los niños se miraron a los ojos. —Sois un equipo, el dolor de uno repercutirá en el otro, la pena de tu compañero afectará a tu vida. Sois más que hermanos. Pasaréis muchas más horas juntos que con vuestra propia familia. Un equipo, una pareja, una vida juntos. —Se agachó ante ambos. —Jamás dejéis que nada se interponga entre vosotros. No hagáis caso a los rumores, a los malintencionados que quieran separaros, a la prensa o a cualquier amigo que diga que lo dice por vuestro bien, pero sobre todo siempre ser sinceros el uno con el otro. Llegaréis a amaros, odiaros, a no soportaros por pasar tanto tiempo juntos, pero lo que os unirá es mucho más fuerte.

—El amor al patinaje —dijo Perla.

—El amor a un deporte que será vuestra vida. No dejéis que os separen ni os ocultéis algo que puede llegar a separaros.

—¿Cómo os pasó a vosotros? —preguntó Billy.

—Sí. A veces el orgullo y la falta de sinceridad acaban con grandes parejas. No dejéis que eso os pase a vosotros.

Ambos asintieron y ella sonrió. —Venga, al vestuario.

Miró hacia Celia que sentada en las gradas se levantó para ver como su niña loca de contenta iba hacia los vestuarios.

Patinando salió de la pista y su amiga se acercó a ella. —Es increíble lo que evoluciona en cada entrenamiento.

—Lo lleva en la sangre, el año que viene estará preparada para competir.

—¿En serio?

Sonrió. —En serio. —Cogió la botella de agua y bebió con ganas.

—¿Estás bien? Te veo algo pálida.

Hizo una mueca. —La regla, ya sabes. Siempre me deja hecha polvo.

—¿No será que te estás pasando con los entrenamientos?

—Claro que no.

—Los periodistas esos no dejan de dar por culo.

Hizo una mueca. —Lo siento.

—Tranquila, que algunos vecinos ya les han dejado las cosas muy claritas. Han hecho un frente común para protegerlos.

—¿De veras?

Sonrió. —He hecho algún comentario aquí y allá, ¿sabes? Eso les ha puesto las pilas para que dejaran de dar entrevistas, a ver si se largaban de una vez, pero son cabezones.

—Sí que lo son. Pero necesarios para los patrocinadores, ¿entiendes?

Celia entrecerró los ojos. —Entiendo, estás hablando de los niños.

—Saben que los estamos entrenando. No te lleves mal con la prensa, hazlos tus aliados. Necesitarán patrocinadores.

—Pillado. ¿Dónde está tu chico?

Apretó los labios yendo hacia el vestuario de las chicas con ella detrás. —De viaje, pero no lo sabe nadie salvo la familia.

—Entiendo, top secret. Te hubiera gustado ir con él.

—Sí, pero no queríamos que nadie se enterara y si nos íbamos los dos habría rumores. Así que se ha ido con mi padre.

—Es algo malo, por eso tienes esa cara.

—No, claro que no —dijo forzando una sonrisa.

—Vale, no te pregunto más. Es obvio que no puedes hablar de ello.

—Gracias. —Entraron en el vestuario donde la niña ya estaba casi preparada y guardaba sus patines nuevos en la bolsa. —Cielo, hay que afilar esas cuchillas. Déjalos ahí para que lo haga yo en casa de Kev.

—Vale. —Sacó los patines de la bolsa y los dejó sobre el banco.

—¿Debería comprar la máquina para afilarlos? —preguntó Celia.

—Tranquila, tengo varias en mi casa de Montana. Ya te enviaré una y te enseñaré a sacar el filo entre la cuchilla interior y la exterior. —Miró a la niña. —Y tú también debes aprender a hacerlo muy bien porque no queremos que te pases y hacer daño a Billy, ¿no es cierto?

—No, Lena. —Se levantó cogiendo su bolsa. —Lista mamá, vamos que tengo que estudiar.

Celia hizo una mueca a su amiga que reprimió una sonrisa.

—Hasta mañana —dijo Perla antes de salir del vestuario.

—Amiga, no sabes lo cambiada que está. Antes no estudiaba mal, pero ahora es la mejor de la clase.

—Como debe ser. Pero que también se relaje de vez en cuando fuera del patinaje.

—Hecho. Ahora que ya tengo más tiempo libre, la llevaré al cine a la ciudad este fin de semana.

—Muy bien. Hasta mañana.

Celia fue hasta la puerta y se detuvo para mirarla a los ojos. —Gracias. Has hecho muy feliz a mi hija y eso no lo olvidaré nunca.

Sonrió. —No es nada, ellos también me hacen feliz a mí.

Su amiga le guiñó un ojo antes de irse y agotada se sentó en el banco al lado de los patines de Perla. Los cogió y les dio la vuelta para ver que la cuchilla estaba totalmente plana. También tenía que afilar los suyos, así que no era ningún esfuerzo. Se preguntó cómo los tendría Billy y se levantó para ir al vestuario de los chicos. Llamó a la puerta. —Billy, ¿aún estás ahí?

Como no respondió abrió la puerta, pero no había nadie. El olor llegó hasta ella y se volvió para mirar el almacén. —¿Qué...? ¿Trevor? —Fue hasta la puerta del almacén y la empujó, pero estaba cerrada con llave. —Trevor ¿estás ahí? —Nadie respondió. —Tío, ¿has llegado y no me has avisado? ¡Creo que huele a quemado! ¿Mike? —Tiró de la manilla, pero no se abrió, así que corrió hacia la pista lo más rápido que pudo, que no era mucho por culpa de los patines. Cuando llegó a la puerta que daba acceso al hielo, pulsó el botón para que se abrieran las puertas mecánicas, pero no funcionaron. —Mierda. —A toda prisa fue hasta el despacho y agarró las llaves de repuesto. Frenética regresó hasta la puerta del almacén y metió la llave. En cuanto abrió el olor hizo que tuviera que taparse la nariz con la mano y vio las llamas al otro lado de la pulidora. Al ver las garrafas de combustible cerca de las llamas palideció y corrió lo que pudo. Al llegar a la pista apoyó una mano en la valla saltando al hielo y se deslizó sobre él casi volando para llegar al final. Su corazón iba a mil y saltó al otro lado justo cuando una explosión la impulsó contra la pared antes de caer al suelo. Gimió por el dolor en su hombro justo antes de perder el sentido.

Vio el rostro de Celia sobre ella antes de ver el de su tío que la llamaba a gritos. Vio luces, focos y muchas personas a su alrededor. Escuchó el sonido de un helicóptero y sintió como la movían bruscamente sobre algo metálico. Todo era confuso, parecía estar dentro de una neblina. Le dolía muchísimo la cabeza y el hombro. ¿Keevon? ¿Dónde estaba Keevon? ¿Por qué no salía en sus

sueños? Un pasillo blanco, había mucha gente gritándole preguntas que no entendía. Lloriqueó llamando a Keevon, le necesitaba. Una mujer cogió su mano. —Tranquila, estarás bien cuidada. —Fue lo único que escuchó antes de perder el sentido de nuevo.

Mirando al doctor horas después asintió mientras su tío apretaba su mano sana. —¿Qué quiere decir exactamente? ¿Podré competir?

—No soy especialista en alta competición, pero ese hombro ya ha sufrido demasiado. No hay fractura en esta ocasión en la escápula, pero la luxación que ha sufrido no ayuda nada.

—A ver si lo he entendido. ¿Me está diciendo que se me saldrá el hombro?

—Y cuantas más veces se salga, más probabilidades hay de que lo haga de nuevo con más facilidad. Operarla ahora...

—¿Está loco? Tengo las olimpiadas en tres meses —dijo entre dientes—. Tío busca un especialista. Que venga el de Boston, valga lo que valga.

—Sí, niña.

Miró al médico a los ojos. —¿Y lo de la cabeza?

—Su tac es normal. La controlaremos durante unas horas por si tiene mareos, vómitos u otros síntomas, pero al parecer está bien.

—¿Y el desmayo? —preguntó su tío.

—Seguramente del golpe, pero no hay daños internos.

—Siempre ha tenido la cabeza dura.

El médico sonrió. —Por eso ha llegado donde ha llegado. La prensa espera un parte médico...

—De eso nos ocuparemos nosotros, gracias —dijo ella—. Mi tío se encargará de informarles.

—Perfecto. Volveré en unas horas a ver cómo se encuentra.

—Gracias doctor.

En cuanto se fue ella miró a Mike. —¿Les has llamado?

—No me han cogido el teléfono, deben estar en el avión que les lleva a Suiza. ¿Qué hacemos?

Estupendo, su compañero y su representante fuera del país.
—Muy bien, baja y diles que estoy bien, que solo me hacen pruebas para descartar, pero que estoy consciente.

—Me preguntarán por ellos.

—Diles que estaban en un viaje de negocios en Europa, pero que llegarán lo antes posible. En cuanto papá se entere cogerá el primer vuelo, él se hará cargo de la situación.

—¿Y Keevon?

Pensó en ello. —No, que se quede allí, tenemos que saber los resultados.

—Pero la prensa pensará que no le importas.

—Estoy bien, no tiene por qué volver. Lo suyo es más importante, no quiero que vuelva sin hacerse las pruebas. ¿Se sabe algo de por qué empezó el incendio? ¿Te ha dicho algo el sheriff?

—No, todavía están investigando las causas. —Su tío suspiró.
—Casi me da algo cuando no te encontraba por la pista. Las llamas y...

—Shusss, ya pasó. Ahora tenemos que controlar los daños.

—A los patrocinadores no les gustará lo de tu hombro.

—Veremos lo que dice el especialista. Ese médico no ha visto un atleta de élite en su vida, no sabe cómo nos recuperamos. Que venga el doctor Knight, es el mejor en lo suyo, no me fío de otro diagnóstico.

Capítulo 9

Al día siguiente el doctor se sentó en la cama a su lado. —¿Se ha acabado mi carrera?

—No le queda mucho.

Apretó los labios asintiendo. —¿Cuánto?

—Sé cuanto quieres llegar a las olimpiadas.

Frustrada ni sintió como sus ojos se llenaban de lágrimas. —¿Podré hacerlo?

—Puedo ponerte una infiltración con células madre que mejorarán los ligamentos y articulaciones de la zona. Pero eso no servirá de nada ante un fuerte tirón del brazo que puede provocar que se te salga.

Las lágrimas corrieron por sus mejillas. —Mi sueño es patinar una última vez con él.

—Pues nada de tirones.

Entrecerró los ojos antes de mirar a su tío. —Es el brazo izquierdo.

Mike sonrió. —Menos mal que no lo usas tanto.

—Hablaré con Lutter de la rehabilitación que deberás hacer. Él te indicará que movimientos deben estar prohibidos para evitar lesiones.

—Muy bien.

—Estaré allí.

Se le cortó el aliento. —¿Irás a Milán?

—No me lo perdería por nada. Sé que el equipo olímpico tiene sus propios sanitarios, pero si me necesitas, quiero que sepas que estaré allí.

Sonrió. —Gracias.

—Haré que me envíen lo que necesito de Boston e iniciaremos el tratamiento cuanto antes.

—¿Cuántos días tendré que quedarme aquí?

Miró la hora. —¿Estás dispuesta a pagar un vuelo privado?

—Por supuesto.

—Hoy mismo podrás irte a casa.

Suspiró del alivio.

—Llamaré a mi equipo.

—Gracias, la prensa está algo pesada.

—Lo sé. Pero tranquila, he dicho que solo venía a una revisión, ya que queremos asegurarnos de que todo está bien.

—Eso es estupendo.

—Muchos años en esto. —Le guiñó un ojo yendo hacia la puerta y sacando su móvil. —¿Lisa? Te necesito aquí.

En cuanto salió miró a su tío. —A Keevon no le va a gustar. Ya no quería participar por el hombro y...

—Esto no es culpa tuya. Keevon tendrá que asumirlo como tienes que asumirlo tú.

—¿Te han llamado?

—Antes de que llegara Knight, ya están de vuelta.

—¿Ya?

Él sonrió y retuvo el aliento. —Buenas noticias, no ha crecido nada.

—Menos mal.

—El doctor le ha dicho que puede que no crezca nunca, que cree que es un resquicio de la operación.

—Es estupendo.

—Al chico no le ha dado tiempo a celebrarlo porque las noticias de aquí no son muy buenas.

—¿A qué te refieres?

—El fuego fue intencionado. Sale en todas las televisiones.

—¿Qué?

—Y han detenido a alguien. Un tal Jack Bronson.

Se le cortó el aliento. —El chico que trabajaba en la pista y que quería ligarme para quedarse con mi dinero.

—Al parecer no estaba nada contento. Le pillaron por las imágenes que los periodistas le dieron al sheriff. Se le ve entrando en la pista.

—¿Y Trevor?

—Ese mamón le llamó por teléfono para que saliera de allí diciéndole que se tomaran una cerveza en el bar del pueblo.

No se lo podía creer. —Pero si tenía que cerrar. Además, ¿quién le dio las llaves a Jack para abrir y cerrar el almacén? Estaba cerrado, lo recuerdo muy bien.

—Tranquila, que según dicen en las noticias le están interrogando en este momento. Y me da que también va a caer.

Se mordió el labio inferior. —¿Ha habido muchos daños?

—La pista está destrozada. Te salvaste de milagro. No hay techo y será imposible entrenar allí en una temporada. Menos mal que no había nadie en el gimnasio porque podía haber sido una masacre.

—Y los niños, podía haberles pasado algo a los niños... —Negó con la cabeza. —Son unos locos.

—Tranquila, que estarán unos añitos en prisión. Bien, habrá que preparar el traslado a casa.

Le miró sorprendida. —Tío, tu pista está alquilada, no podremos entrenar allí sin que se enteren de nuestra coreografía. Habrá que cubrir el techo de la de aquí como sea y pulir la pista. De lo demás ya nos encargaremos.

—Niña, que estamos a seis bajo cero y nevando, ¿cómo vamos a arreglar el techo o cubrirlo en estas condiciones?

Levantó una ceja. —Ya estás tardando.

Él gruñó yendo hasta la puerta. —¿Estarás bien?

—Perfecta. Venga vago, a trabajar.

Riendo salió de la habitación y ella perdió la sonrisa poco a poco. Jack Bronson. Negó con la cabeza. Dijo que lo pagaría y el dolor de su hombro decía claramente que había conseguido su objetivo. Pero no podría con ella, se negaba a renunciar por los caprichos de alguien que no había luchado por nada en su vida. Llegaría a Milán y se subiría a lo más alto de ese pódium. Todas las dudas que había tenido desde que había vuelto a ver a Keevon, todas las inseguridades desaparecieron de pronto. Hace unos días hubiera renunciado al oro por él para que su relación fuera perfecta, pero se acababa de dar cuenta que no debía dejar que nada ni nadie coartara su vida. Ni Jack ni sus inseguridades con Keevon. Ella había nacido para que le pusieran esa medalla sobre el pecho y lo iba a conseguir.

Estaba medio adormilada después de la infiltración cuando se abrió la puerta y abrió los ojos sonriendo para ver a su padre que no podía disimular su preocupación. —¿Ya habéis llegado?

—Sí. —Cogió su mano. —Acabo de hablar con Knight, ¿cómo estás?

—Bah, no ha sido nada. Unos pinchacitos y listo.

—¿Te duele?

—No.

—A mí no me mientas.

—No, de verdad, está algo dolorido desde que me lo colocaron, pero ese dolor se quitará. —Miró hacia la puerta. —¿Dónde está?

—¿Tú qué crees?

Bufó. —Es mi médico.

—Es tu compañero y quiere saber cuál es tu lesión. Y lo quiere saber de primera mano.

Keevon entró en la habitación con cara de funeral. —Hola nena.

Sonrió encantada de verle. —Felicidades.

Él gruñó acercándose por el otro lado y dándole un beso en los labios. —¿Cómo vas?

—En una hora me largo de aquí, así que preparadlo todo para la prensa.

—¿Cómo estás?

Apretó los labios. —Al final sí que serán mis últimas olimpiadas.

—Eso ya lo veremos. —Se le cortó el aliento, pero él ni se dio cuenta porque miró su mano izquierda para cogérsela. Se la levantó ligeramente. —Eres más dura de lo que pareces. Cambiaremos algunos giros y todo irá bien. —Dejó su mano sobre la cama.

—Qué alivio que lo de tu hígado no sea nada, cielo. —Él la miró a los ojos. —Porque no es nada, ¿no? No me estarás ocultando algo otra vez.

—Todo va bien, pregúntaselo a tu padre.

—¿Entraste con él?

—Sí hija, y todo va bien, no te preocupes.

Sonrió. —Es una noticia increíble.

—Lo que es increíble es lo de ese mamón —dijo Keevon entre dientes—. Pudo haberte matado.

—Pero no ha sido así y se pasará un tiempo en prisión.

—¿Dónde está mi hermano?

—Oh, pues...

—¿Ha ido a la cafetería del hospital?

—Ha ido algo más lejos.

—¿Le has pedido algo de casa?

—No precisamente.

—Lena...

—Bueno, es que la pista no tiene techo y ha ido allí a ver si puede arreglarlo.

Los dos la miraron como si hablara en chino.

—¿Qué? ¡Hay que entrenar!

—Nena, he visto las imágenes por internet y te aseguro que allí no se puede entrenar.

Le miró asombrada. —¿Tan grave ha sido?

Él apretando los labios asintió. —Ha desaparecido casi toda la estructura, los vestuarios y todo lo demás. Suerte ha habido de que los periodistas estuvieran alejados en ese momento porque podía haber sido muy grave. De hecho, sobre el coche de Celia cayó una de las mancuernas de la fuerza con la que todo salió despedido.

—Dios mío, el tío Mike no me dijo nada de eso. ¿Están bien?

—Sí, tranquila. Todos los demás están bien.

Frank suspiró. —¿Entonces qué vamos a hacer? Sin un sitio donde entrenar debemos buscar uno cuanto antes. ¿Volvemos a casa?

—¿A Crownhills? —preguntó ella—. ¿Y los entrenamientos de los niños?

—Nena, creo que nuestros entrenamientos son mucho más importantes en este momento.

La puerta se abrió sorprendiéndoles y Mike entró en la habitación de lo más satisfecho. —Qué bien que hayáis llegado. No os imagináis lo que ha pasado. En cuanto se fue la policía y los bomberos todo el pueblo ha ido a ayudar.

Separó los labios de la impresión. —¿Qué?

Se echó a reír. —Ni os lo imagináis. Niños, adultos, todos han ido a quitar escombros y el ayuntamiento ha llevado maquinaria

pesada. Va a ceder la carpa que usan en las festividades de invierno para que tengáis intimidad. Esa alcaldesa sabe lo que quiere, eso está claro. Dice que a alguien que ha luchado tanto por la comunidad como Keevon, merece que ahora se le eche una mano y más después de lo que ha pasado. Al parecer Jack habló de más en el bar del pueblo y nadie hizo nada. Algunos se sienten responsables.

—¿Una carpa? —Keevon se pasó las manos por la nuca. — Joder...

—Sé que no es una situación ideal, pero es mejor que nada o tener que volver a casa —dijo ella sonriendo.

—Nena, en algún momento tendremos que poner la música. Deberíamos irnos donde no nos moleste nadie.

Apretó los labios porque también tenía razón. —¿Y qué sugieres? La publicidad es importante para nuestros patrocinadores, lo sabes. Además, si los del pueblo están trabajando, les defraudaremos si nos vamos.

—Si nos quedamos adiós a los juegos, tú decides. Si estoy en esto es por ti.

Mikelená apretó los labios mientras los tres la observaban. La verdad es que entre lo de su hombro, lo de la pista y la música aquello no tenía buena pinta, pero si se iban defraudarían a mucha gente. Entre ellos a los niños. Y eso no le gustaba, no le gustaba nada.

—Lo de la música lo podemos arreglar en la pista de casa.

—Es muy pequeña, nena. No podremos ensayar la coreografía completa.

—Pues lo haremos por trozos.

—Ni siquiera podemos coger velocidad para los saltos importantes, eso es ridículo. Está bien para calentar, pero no para todo.

—Sabes que Keevon tiene razón —dijo su padre—. Deberíamos volver a casa.

—Será un circo mediático como lo ha sido aquí —dijo Keevon perdiendo la paciencia.

—Marion está aquí. Si quiero realizar el triple...

—¡Olvídate del triple! Haremos un programa lo más decente posible, pero sin triple.

Se le cortó el aliento. —Crees que no puedo hacerlo.

—¡Es lo que has demostrado este último mes!

—Keevon cálmate.

—¿Que me calme? Pretendéis que entrenemos en una carpa a seis bajo cero y sin música, aunque realmente da igual porque ni tenemos programa corto coreografiado, que da la casualidad que no tiene música tampoco. ¡Y el programa libre es un puto desastre de cuatro minutos! Oh sí, y de lo del hombro ya ni hablamos. —Rio por lo bajo. —Esto es ridículo. —Fue hasta la puerta y se largó.

—¿Se va? —preguntó pasmada—. ¿Así sin más?

—Ha estado un poco estresado, cielo. Entre el viaje, saber lo que te había pasado y sus pruebas, eso sin mencionar que estaba loco por regresar y que no ha dormido en tres días... Además, este empeño tuyo por quedarte, hacer ese triple mortal y eso...

—Pero si lo del triple fue idea suya. —Gruñó apartando las sábanas. —Papá dame el chándal que me ha traído el tío para salir de aquí. Vamos a lucir esa marca que nos paga tan bien.

Minutos después se cepillaba su largo cabello mirándose al espejo del baño y escuchó que alguien entraba en la habitación. Abrió la puerta y al ver a Keevon suspiró. —¿Ya se te ha pasado el cabreo?

Se sentó en la cama apretando los labios y ella se acercó para abrazar su cuello. —Todo irá bien.

Keevon suspiró apoyando la frente en su pecho. —Joder, nena.

—Lo sé, todo se está complicando un poco.

Él rio por lo bajo. —¿Un poco?

Acarició su nuca. —Tampoco es para tanto. —La cogió por la cintura pegándola a su cuerpo. —En el programa corto solo tenemos que hacer los ejercicios obligatorios y ya está, casi no da tiempo a nada. Otra música, distinta manera y a saludar. Es en el programa libre donde tenemos que lucirnos. Y si no hago el triple, hago el doble y ya está. Lo importante es que patinemos juntos.

Se apartó para mirarla a los ojos. —¿Eso es lo más importante?

—Bueno, si ganamos mejor que mejor.

—Ya me parecía. ¿Y cómo escucharemos la música?

Sonrió. —Se me ha ocurrido algo que te va a dejar de piedra. Cascos.

—Cascos.

—Son esas cositas que se meten en las orejas.

—¿Y cómo los coordinamos para oír lo mismo exactamente al mismo tiempo?

—Eso piénsalo tú, majo. —Le dio un beso rápido en los labios y se apartó cogiendo su anorak. Él le ayudó a ponérselo. —Gracias.

—¿Te duele mucho?

—Está algo dolorido, pero si no se me sale todo irá bien.

Él levantó una ceja.

—Vamos, pesado. Tenemos mil cosas que hacer. —Tiró de su mano yendo hacia la puerta. —¿Qué te parece Grease?

Gruñó cogiendo su bolsa con sus enseres personales de la que salía. —Ni de coña.

—Harías estupendamente de John Travolta.

—¿No has oído que ni de coña?

Caminaron por el pasillo hacia el ascensor. —¿Love Story?

—Nena, ¿en serio tiene que ser una historia de amor?

Le miró con picardía. —Claro.

—Me toca elegir a mí. Es lo justo.

En eso tenía razón, la verdad. —Vale. Pero nada muy moderno, quiero que pegue con el programa libre.

Sonrió malicioso. —Te va a encantar.

Capítulo 10

En la pista de casa a las cinco de la mañana miró a Keevon que acababa de poner la música y se escuchaba el estribillo de “El padrino”. —¿Es broma?

—Es también una película. Está relacionada.

Bueno, no le disgustaba del todo. Podía ser peor con lo que le gustaban las películas de Fast and Furious. —Vale.

—¿Vale? —preguntó sorprendido.

—Sí, me gusta. ¿Has pensado la coreo?

—Llevo pensándola desde que te conocí.

Sonrió radiante. —Pues vamos a ello, me muero por saberla.

Comenzó la música de nuevo y a medida que pasaban los compases le iba explicando cada paso que debían dar. Estaba sobre él haciendo un ángel cuando le dijo —Ahora abre tus piernas y cruza los tobillos tras mi nuca mientras te bajo.

Sin saber muy bien a donde quería llegar lo hizo y la dejó caer lentamente hasta dejarla colgando. —Giraré y te sujetarás solo con las piernas.

Ella miró hacia arriba. —¿Y si te hago daño con las cuchillas al girar?

—Ahora no me haces daño. Ni me rozan.

—Cielo...

—Todo está bien, lo practicaremos en pista, pero estoy seguro de que no habrá ningún problema. Ahora lo siguiente.

—Sí, ¿cómo me bajo de aquí? —preguntó divertida.

Riendo giró. —Agárrate a mi cintura y abre las piernas para caer hacia atrás. Lo hizo sin dudar haciendo un puente. Con sus piernas bien abiertas sobre el suelo y sin soltarle ambos giraron antes de que él la sujetara por la nuca para incorporarla y cogerla por la cintura para que patinara ante él. —¿Te duele el hombro?

—No, está bien. Si hago fuerza no se resiente. Solo si giro el brazo con él hacia arriba me duele un poco.

Keevon asintió. —Bien. Intentaremos usar ese brazo solo en caso de extrema necesidad como para evitar una caída. Por cierto, ya se me ha ocurrido una idea para lo de los cascos.

Sus ojos brillaron. —¿De veras?

—Pondremos cinco pitidos antes de empezar la música. Así estaremos coordinados porque ambos sabremos en que pitido está el otro.

—Genial. Ahora hay que impedir que los cascos se nos caigan con el impulso. —Ella fue hasta la música y la puso de nuevo. —¿Esparadrapo?

—Es una idea.

—¡Esto ya está en marcha! —dijo emocionada haciéndole sonreír—. Volvamos a empezar.

Tres días después, cuando llegaron a la pista vio la gran carpa y emocionada salió del coche realmente impresionada por lo que habían trabajado. La prensa y varios vecinos les rodearon para saber sus impresiones.

—¿Cómo te encuentras, Mikelena? —dijo uno de los periodistas—. ¿Serás capaz de presentarte a las olimpiadas?

—Por supuesto, estoy perfectamente. Esto ha sido una piedra en el camino, pero los deportistas estamos acostumbrados a evitarlas. Esa medalla es nuestra, chicos. —Varios rieron y ella sonrió a una niña de unos cinco años que llevaba un peluche en los brazos e intentaba tendérselo, así que se acercó. —Hola.

—Hola. —Estiró más los bracitos. —Es para ti.

—Gracias —dijo cogiéndolo—. Es muy bonito. ¿Te gusta el patinaje?

Sus preciosos ojos azules brillaron de la alegría. —Sí, de mayor quiero ser como tú. Tengo unos patines rosas.

—¿De veras? —preguntó impresionada—. Yo nunca los he tenido rosa.

—Es que Papá Noel los hace rosa.

—Claro —dijo mientras varios reían a su alrededor—. Le pediré unos a Papá Noel que no tardará en llegar.

—¿Este año has sido buena?

Divertida miró hacia Keevon. —Yo creo que sí, ¿tú qué dices?

—Has tenido años mejores.

Jadeó mientras los demás reían y le dijo a la niña —No le hagas caso, esos patines son míos de lo bien que me he portado.

—¿Y los llevarás a las olimpiadas?

—Los llevaré en el entrenamiento, porque los de las olimpiadas son sorpresa.

—Estoy deseando verlos.

Le guiñó un ojo levantándose y se sacaron una foto con ella y con su madre. Había varios fans más y les atendieron antes de ir hacia la entrada de la carpa sin que la prensa perdiera detalle. Una mujer de unos cuarenta años esperaba al lado de su tío y ellos se acercaron. —Chicos, ella es la alcaldesa, Martha Peterson.

—Ya nos conocemos —dijo Keevon extendiendo la mano—. Gracias por tu ayuda.

—Gracias a vosotros por hacer esto —dijo algo avergonzada estrechándosela—. Sé que no es la mejor manera de entrenar para unos juegos, debí hablar con vosotros antes de implicar al pueblo en lo de la carpa.

—No te preocupes, apreciamos mucho vuestro esfuerzo —dijo él antes de mirar la lona blanca—. Tiene buena pinta.

—Pues ya verás el interior —dijo Mike emocionado—. Hasta hay estufas para cuando no estéis en la pista.

—Pues vamos allá. Hay mucho trabajo por delante.

Caminaron al interior de la carpa y Mikelena se quedó impresionada porque no solo era una carpa, era una estructura de metal con la carpa por encima. —Creí que...

—Estas carpas están preparadas para estar colocadas continuamente —dijo su tío—. Para eventos y cosas así.

—Vaya... —Sonrió a la alcaldesa. —Es genial.

—¿Te gusta?

—Es como un edificio. —Bajaron las escaleras de las gradas que aún seguían allí y llegaron a la pista que ya estaba pulida para empezar a trabajar. En la zona donde antes estaba el almacén había mesas con dos estufas enormes. Y hasta había una especie de caravana pequeña.

—El vestuario con baño.

Rio. —¡Me encanta! —Ilusionada fue hasta allí y dejó el peluche sobre la mesa para correr hacia la caravana.

La alcaldesa sonrió antes de mirar a Keevon. —¿Qué te parece?

—Valdrá, gracias.

—De nada, si necesitáis algo más avisarme.

—Has sido muy amable.

—¡Kev, tiene hasta cocina! —Apareció en la puerta con un paño en la mano que le mostró con los ojos como platos. —¡Alguien ha bordado un patín! ¡Un patín!

Rieron viéndolo en la toalla de mano.

Keevon se acercó. —Muy bonito.

—Quiero toallas de estas en toda la casa. ¿Podrán bordar la medalla de oro?

—Primero hay que ganarla.

—Eso está hecho, majo.

Durante los días posteriores su equipo estaba sentado donde estaban colocadas las estufas mientras ellos trabajaban. Los pitidos antes de la canción hacían que supieran en qué sonido estaba el otro con indicaciones que se daban con los dedos y así estaban coordinados. Pero no alcanzaba el triple y tuvieron una reunión para decidir qué hacer.

Mosqueadísima porque no le daban más tiempo, se sentó en una de las sillas con todos rodeándola dispuestos a la batalla. —No vais a hacer que cambie de opinión.

—Nena, en unos días será Navidad. Nos queda un mes más de entrenos como mucho. ¡El día seis de febrero empiezan los juegos y ni siquiera hemos practicado ese salto en pista!

Suspiró porque sí que tenían el tiempo encima.

—Además, como tienes el hombro es peligroso —dijo su padre—. Aunque ya era peligroso antes.

—¡Tenemos que hacer algo espectacular! ¡Es lo que se espera de nosotros!

—He pensado en otra cosa. Cuando hagamos el triple loop a la vez puedo cogerte y lanzarte para que hagas el triple axel.

—Eso es una mierda pinchada en un palo.

Su padre y Marion rieron por lo bajo.

—¡Lena, sé razonable!

—Oye que tú me lo has metido en la cabeza. ¡Solo necesito algo más de impulso! —Abrió los ojos como platos. —¡Ya lo sé! Doblas las rodillas y te impulsas hacia arriba.

—¡Contigo encima!

—¿No puedes hacerlo?

Miró a los demás como si no se lo creyera. —¡Decid algo!

—Eso no lo hemos probado —dijo Marion—. Por intentarlo no perdemos nada.

—La madre que... —Miró hacia la colchoneta nueva que ya estaba hinchada desde hacía dos horas. —Bien, vamos allá.

Decidida se levantó, pero su padre la cogió de la muñeca. —Hija, después no habrá colchoneta.

—Saldrá bien. —Él no quería soltarla. —Papá, saldrá bien, confía en mí.

A regañadientes la soltó antes de mirar a Marion que apretó los labios. Era evidente que ella tampoco pensaba que lo conseguiría, lo que le daba mucha rabia porque durante esos meses solo había estado burlándose de ella porque no lo había logrado. Le gustaría verla a ella tirándose a esa colchoneta, también se partiría de la risa. Ignorándoles fue hasta Keevon que se estaba poniendo las protecciones de hierro sobre los hombros y estaba cerrando las correas al pecho. Apretó los labios viendo las finas láminas de hierro que irían en las hombreras de la chaqueta que le estaban haciendo, ellas impedirían que le dañara en el salto. Habían pensado en todo, ahora no podían fallar.

Él sin mirarla a los ojos, mostrando que estaba cabreadísimo, la cogió de las manos y la subió con patines y todo. —Cielo, no me he puesto las deportivas.

—Esta es la última oportunidad, si no lo consigues ahora me importa una mierda que se pinche la puta colchoneta. ¿Me has entendido?

—No has podido ser más claro.

Marion al lado de la colchoneta vio cómo se colocaban en posición. —Bien, soltad las manos... —Mikelena las soltó enderezándose por completo. —Listos. —Keevon se agachó y respiró hondo. —Ya.

Keevon se impulsó hacia arriba incluso saltando y sin pensar Mikelena se lanzó girando sobre sí misma tres veces antes de caer

sentada en la colchoneta. Parpadeó mientras su padre y su tío gritaban de la alegría. Asombrada miró a Marion. —¿Lo he hecho?

—Sí, pero no lo has clavado. No has caído de pie sino sentada.

Miró hacia atrás. —¿Qué opinas?

Él entrecerró los ojos. —Hagámoslo de nuevo. Quítate los patines, tienes que clavarlo.

Se pasaron toda la mañana repitiendo los mismos movimientos una y otra vez hasta que le salió perfecto y siguió para confirmar que ya lo tenía. En su último salto estaba entusiasmada. —Podría haber sido gimnasta.

Marion gruñó mirándola con rencor y ella saltó de la colchoneta. —¿Escuece?

—Piérdete.

Se echó a reír acercándose a Keevon. —Está picada, cielo.

—Se le pasará. ¿Lista para hacerlo de verdad?

Se le cortó el aliento mirándole a los ojos. —¿Crees que ya estoy lista?

—Los últimos diez saltos los has clavado. Pero tienes que estar totalmente segura. No me vale que te asustes ahora y caigas mal. Debes estar totalmente segura, nena. Sino lo cambiamos.

Miró la colchoneta. —Está un poco más alta que el suelo.

—Lo que hará que tengas más tiempo de caída —dijo Marion—. Un segundo más que te vendrá muy bien. —Miró hacia atrás. —¿Podéis traer la otra colchoneta?

—¿Qué otra colchoneta?

—Una de gimnasio normal. Hasta que te acostumbres y puedas hacerlo con los patines puestos.

Miró hacia Keevon. —¿Crees que se dañarán las cuchillas al caer?

—Seguramente se dañarán un poco, pero acabo de decidir cambiar el salto para el final.

—¿Lo vas a cambiar ahora? Pero decías que era más impactante a la mitad.

—¿Se te había ocurrido lo de las cuchillas antes? Porque a mí ni se me había pasado por la cabeza hasta que lo has dicho.

Ella hizo una mueca.

—Exacto. Estaré ahí para recogerte y habremos terminado después de que te sientes sobre mi rodilla. Cambiaremos el axel de sitio.

Los chicos entraron en la pista agarrando por cada lado una colchoneta de unos tres metros. La pusieron ante ellos. No podía negar que estaba algo nerviosa, pero después de cien saltos ya caía de pie. A por él, Lena. Cogió la mano de Keevon que la subió sobre sus hombros. Todos rodearon la colchoneta para cogerla en caso de que fuera necesario. —¿Lista? —preguntó él ya con las rodillas flexionadas.

—Lista. —Su corazón iba a mil y antes de darse cuenta ya estaba en el aire haciendo el ejercicio por inercia. Sus pies tocaron el suelo antes de caer de rodillas y todos gritaron de la alegría.

No se lo podía creer, lo había conseguido. Keevon la cogió por la cintura volviéndola y le dio un beso loco de contento. —Eres la mejor, nena.

Le abrazó por el cuello. —Lo he hecho, ¿verdad?

—Y lo has hecho perfecto. —La besó de nuevo y rio. —No me lo puedo creer.

—Pues ya verás cuando tenga los patines puestos.

Tres días estuvieron practicando que Keevon agarrara su mano justo después de clavar el triple para tirar de ella, porque estaba tan inseguro que siempre la agarraba de la cintura elevándola antes de que cayera de rodillas, así que decidieron dejarlo de esa manera porque era como si Rett quisiera rescatar a Scarlett antes del final del ejercicio. Y la verdad es que viéndolo en

la pantalla en ese momento no se podía creer que ella hiciera aquello. Sentada a su lado en el sofá le miró. —¿Qué te parece?

—Que si todo sale bien, esa medalla es nuestra. —La besó en la sien antes de seguir viendo como ella le agarraba por los hombros para cruzar las piernas en el aire antes de que Keevon se detuviera hincando una pierna para que ella se sentara sobre su rodilla. Mikelena dejó caer la parte superior del cuerpo hacia atrás como si ya no tuviera fuerzas para luchar, dejando caer el brazo sobre el hielo mirando a los jueces. —Ahí te has hecho daño.

Hizo una mueca. —Para darle efecto hay que hacerlo con fuerza.

—Solo lo harás en la pista. No quiero que lo repitas más en los entrenamientos. Hasta ahora hemos ido muy bien, no la caguemos.

—Vale. —Se sentó sobre él y le acarició el cuello con ambas manos. —Mañana es Navidad.

Él levantó una ceja. —¿No me digas?

—Espero que mi regalo sea bueno.

—¿Regalo? No sé de qué hablas.

Soltó una risita. —Ni se te ocurriría aparecer mañana sin regalo, chico. ¿Quieres morir?

Él rio por lo bajo. —¿Crees que se me han olvidado aquellas navidades en las que te regalé unos patines con dibujitos?

—Es que eran para matarte y tenía catorce años.

—El regalo estará a la altura. ¿Y el mío?

Le miró maliciosa. —No lo olvidarás jamás.

—Perfecto. —La besó en el cuello. —Ahora vamos a la cama que hay que levantarse temprano. —Se levantó con ella encima y fueron hacia la escalera.

Ella suspiró apoyando la mejilla en su hombro. —Estoy cansada.

—No me extraña, no has parado desde las cinco de la mañana. Nena, quiero que suspendas los entrenamientos de los chicos.

Ya había pensado en eso y la verdad es que con su ritmo de entrenamiento ya era hora de parar, por lo menos hasta después de los juegos. —Vale, hablaré con ellos.

—Lo entenderán, no te preocupes.

—Tú también estás agotado.

—Esos del seguro son unos cabrones. Mi abogado no hace más que llamarme porque no dejan de dar largas para arreglar la pista.

—Se arreglará.

Llegaron a la habitación y la tumbó en la cama. Ella soltó una risita. —Tengo que ponerme el pijama.

—Nena...

—¿Mmm? —preguntó tirando de su polar hacia arriba.

—Jack estará quince años en prisión.

Sacó la cabeza para mirarle sorprendida. —Pero si todavía no ha habido juicio.

—Se programó para febrero y el fiscal habló conmigo. Como sabía que no estaríamos aquí ha hecho un trato con su abogado. Quince años y siete años para Trevor por cómplice.

Se tumbó de nuevo. —¿Crees que es suficiente? Pudo morir mucha gente.

—Pero no pasó. Mi abogado dice que hemos tenido suerte. Estuvo bebiendo antes de ir a la pista, pudo alegar que fue una locura transitoria animada por el alcohol o algo por el estilo.

—¿Y después? ¿Qué pasará cuando salga?

—No podrá acercarse a nosotros nunca más. Y tiene vetada la entrada en el pueblo.

Suspiró del alivio. —Bueno, al menos sabemos que no le veremos la cara nunca más.

Keevon sonrió. —De eso puedes estar segura. —Miró sus mallas y empezó a bajárselas. —Ahora voy a hacerte un reconocimiento para asegurarme de que cada músculo esté en su sitio.

Su risa se escuchó en toda la casa y Frank en el piso de arriba miró a June que acostada a su lado estaba abrazada a él. —Mi niña es feliz.

—Sí...

—Mañana hablaré con Mike.

June perdió la sonrisa poco a poco, pero dijo —¿Serás delicado?

—Es mi hermano, claro que lo seré.

—No quiero hacerle daño, tengo la sensación de que esto ha sido culpa mía.

—Eh, tú no has hecho nada. Ha pasado así y ya está. Además, igual no es para tanto, últimamente habla y queda mucho con la alcaldesa.

June levantó la cabeza y sonrió. —¿A que sería perfecto?

Los ojos de Frank se oscurecieron. —Perfecto sería si Keevon le pidiera matrimonio a la niña, pero tengo la sensación de que eso no pasará.

June se sentó. —¿Por qué piensas eso?

—No sé. La cuida en la pista, ya no discuten y no está tan tenso como antes, pero a veces cuando ella no se da cuenta la mira con desconfianza como si estuviera preparado para responder ante una estocada. —June agachó la mirada. —Así que tú también te has dado cuenta. ¿Ha hablado contigo? ¿Te ha dicho algo?

—Cielo...

—Por favor dímelo, es mi hija.

Se lo pensó unos segundos antes de mirarle a los ojos. —Hace un mes ella estaba hablándoos en el salón de una entrevista que le habían hecho fuera de la pista para un canal de deportes y vi

como Keevon hacía un gesto de desprecio que no me gustó nada antes de que se alejara hasta la cocina. Vi como cogía una cerveza del frigorífico. Cuando entrena nunca bebe, lo sabes. —Él asintió. — Le pregunté si estaba bien y me respondió que por qué pensaba que algo iba mal. Yo le dije que no tenía buena cara. Entonces sonrió malicioso y dijo que las apariencias engañaban. Me confundió su actitud y más cuando diez minutos después reía con ella sentados en el sofá.

—Sí, a mí también me confunde. Es como si ciertos aspectos de Mikelena le llevaran a no confiar en ella. Temo que mi hija crea que la ha perdonado cuando no es así.

—¿Me lo has contado todo?

La miró sorprendido. —Claro que sí.

—¿Todo lo que sucedió entre ellos? ¿No hay nada más?

—Preciosa, ¿qué pasa?

—No lo sé, creo que le tiene rencor por algo más que lo de Suiza.

Él se sentó de golpe. —¿Por qué piensas eso?

—Por Dios, de esto no digas una palabra, siento que estoy traicionando a Keevon y le quiero como si fuera mi hijo, ¿comprendes?

—Tranquila.

—Hace dos años le vi recortar algo de una revista. Al ver que era una foto de Mikelena con su pareja de patinaje me preocupé y le pregunté por qué hacía eso.

—¿Y qué te respondió?

—Que era para no olvidar la traición. Que las traiciones se pagaban y que tarde o temprano llegaba el momento. —Frank palideció. —Pero igual lo dijo porque estaba cabreado, no sé.

Pensando en ello se tumbó de nuevo y June suplicándole con la mirada se tumbó a su lado. —No dirás nada, ¿verdad?

—Tranquila, no pienso decir nada. Es algo que tienen que arreglar solos.

June suspiró del alivio. —Además ahora su relación es muy distinta. En aquel momento él estaba enfadado, pero los dos se disculparon el uno con el otro por su comportamiento del pasado. Puede que a veces él recuerde algo, pero míralos son felices. —Las risas de Keevon y su hija se lo confirmaron. June sonrió. —¿Ves?

—Sí, son felices. Y haré lo que sea para que mi hija nunca pierda su felicidad, no te preocupes.

June asintió. —Espero que Mike se lo tome bien.

—Lo hará, mi hermano es el que tiene mejor carácter de los dos.

Capítulo 11

Mikelená abrió un ojo para ver a Keevon durmiendo a pierna suelta a su lado y ella chilló —¡Es Navidad! —Su novio se sobresaltó dando un bote en la cama y asombrado miró hacia ella que ya estaba de pie poniéndose un pijama navideño. —¡Venga, date prisa tu pijama está ahí!

Asombrado vio que había uno igual sobre su mesilla de noche.

—¿Quieres darte prisa?

—¡Nena, son las cinco de la mañana!

—¿Y? —Corrió hasta la puerta y gritó —¡Es Navidad!

—La madre que parió a esta niña, todos los años la misma historia —dijo su tío Mike haciéndola reír.

—¡Espero que tengáis puestos los pijamas para las fotos!

Ilusionada miró hacia él que aún estaba en la cama. —¿Pero qué haces que no te vistes? Uy, voy a preparar el chocolate caliente. —Salió disparada de la habitación para ir a la suya y coger las tres enormes bolsas de regalos que había hecho que entregaran en la cafetería para que no se enterara nadie de qué regalaba a quién. Bajó con ellas gruñendo por el dolor en el hombro y los colocó al lado de los otros bajo el árbol antes de correr hasta la cocina para coger el chocolate y llevarlo hasta la olla que ya estaba preparada en el fogón. Cuando ya se estaba derritiendo cogió el plato de bollos y pastas que había encargado en la pastelería del pueblo y fue hasta el salón para ponerlo sobre la enorme mesa de madera. Escuchó como bajaban las escaleras hablando y cogió la cámara. Cuando llegaron al salón gritó —¡Feliz Navidad!

Los cuatro rieron y les sacó varias fotos. —Estáis muy guapos —dijo mirando los pijamas. Hizo una mueca porque a su tío el suyo le quedaba algo grande y a Keevon algo pequeño. Se había equivocado al dárselo, pero ya estaba hecho. —Voy a por el chocolate y empezamos.

Corrió hacia la cocina y June la siguió. —¿Necesitas ayuda?

—Esto ya está —dijo echando el chocolate en una jarra—. ¿Coges la bandeja con las tazas?

Asombrada vio que la tenía sobre la mesa de la cocina. —¿Cuándo has preparado esto?

—Ayer, como una hora antes de irme a la cama. Keevon estaba distraído mirando videos y aproveché.

Ella cogió la bandeja y ambas fueron hacia el salón. —Estas navidades son especiales. Normalmente ni decoramos la casa —dijo June haciéndola perder la sonrisa—. Nos damos los regalos en el desayuno y no se habla más de ello hasta el año siguiente.

Se detuvo en seco. —Pero a Keevon le gustan las navidades, es su época favorita del año.

La miró confundida. —¿De veras? Siempre me ha dicho que las odia. —Forzó una sonrisa. —Será que contigo son especiales. Es evidente que las adoras y eso anima a cualquiera. —June entró en el salón con la bandeja en la mano y la dejó en la mesa.

Confundida le observó. Estaba sentado en uno de los sofás hablando con su padre y sonreía. Siempre le habían gustado las navidades, se lo había dicho desde sus primeras fiestas juntos. Y en esos últimos seis años no las había celebrado. Eso le dijo todo el daño que le había hecho y su corazón se retorció de dolor por haber sido tan estúpida. Tenía que arreglarlo, tenía que hacer que lo olvidara. Entró en el salón forzando una sonrisa y cogió un regalo para llevárselo hasta él.

Sorprendido la miró. —¿Soy el primero?

—Por supuesto que eres el primero. El primero en todo.

Rieron mientras él lo cogía. —Gracias, nena.

—Espero que te guste.

Él rompió el papel y mientras los demás miraban impacientes. La caja de cartón les hizo reír y Keevon gimió. —¿No me digas que es una de esas que tienes que abrir mil veces?

—No lo sé, lo ha traído Papá Noel.

Tiró del precinto y se quedó muy quieto viendo lo que había dentro. —¿Qué es? —preguntó June.

Él sacó un álbum que Mikelena había empezado a hacer cuando se conocieron. —Nena, es tuyo.

—Ahora es nuestro. Lo continuaremos con mil fotos más.

—Gracias —dijo acariciando la portada de ellos dos en un entrenamiento hacía más de diez años.

Encantada con que le hubiera gustado se volvió para repartir los demás. Cuando June abrió el suyo gritó de la sorpresa al ver unos pendientes de brillantes con una perla. Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Niña, no tenías que haberlo hecho.

—Claro que sí, es mi manera de agradecerte lo bien que nos has cuidado a todos estos meses.

—Eres muy amable. —Se los enseñó a Frank. —¿Has visto?

—Estupendo, ahora el mío quedará en nada a su lado.

June sonrió. —Me gustará igual.

El tío Frank se quedó impresionado con su nuevo móvil y a su padre le encantó el viaje a Praga para después de las olimpiadas. —Gracias hija, me encanta.

—Lo sé, pero... —Volvió al árbol y repartió cuatro regalos más.

—Nena, esto es demasiado.

—Demasiado va a ser ahora.

Todos abrieron los paquetes a toda prisa y sacaron las camisetas con los aros de las olimpiadas en el reverso y en la parte de delante ponía "Juegos 2042"

La miraron sin comprender y ella rio. —Estoy segura de que iremos a esos juegos.

—¿Por Perla? —preguntó June.

—Por ella también. —Miró a Keevon que se había quedado de piedra mirando el interior de su caja. —Sácalo cielo, que lo vean todos.

Cogió lo que había en el interior y sacó una prueba de embarazo. Su padre y June gritaron de la sorpresa mientras Mike dejaba caer la mandíbula del asombro. Frank la abrazó. —Mi niña... ¿Vas a tener un hijo? ¿De veras?

—Y será un gran patinador como su padre.

Keevon aún en shock levantó la vista hacia ella. —Joder, dijiste que habías ido al médico.

Todos perdieron la sonrisa de golpe y ella se sonrojó. —Y fui, pero...

—¡Pero qué! —gritó levantándose y dejando caer los regalos al suelo—. ¿No te dieron la píldora?

—Sí, pero algo ha fallado.

—¿Ha fallado? ¿O has fallado tú? —gritó furioso haciéndola palidecer—. ¡Lo has estropeado todo!

Dio un paso atrás de la impresión. —¿Qué he estropeado?

—¡Si piensas que atándome con un hijo voy a casarme contigo, estás lista! En cuanto terminen las olimpiadas te quiero fuera de aquí, ¿me has entendido?

Sus labios temblaron de la impresión mientras su corazón se retorció de dolor. —Pero Keevon, ¿qué dices?

—¿Crees que porque hemos echado cuatro polvos, voy a olvidar como eres realmente? ¿Que voy a confiar en ti? —preguntó con desprecio—. ¡Eso no pasará nunca! ¡Si me he mantenido callado, era para saber hasta dónde ibas a llegar con tu ambición! ¡Pero esto ya es caer muy bajo, joder! Claro, como ahora se te acaba la carrera, quieres atarme para formar una gran pareja de entrenadores, ¿no? ¡Pues conmigo no cuentas! ¡El trato era hasta las

olimpiadas y así va a ser! —gritó rompiéndole el corazón—. ¡No te debo nada más!

Fuera de sí salió del salón, después de coger un abrigo y ponerse las botas salió de la casa dando un portazo que la estremeció. Nadie sabía qué decir, pero no importaba porque nunca se recuperaría de ese golpe. No la quería, ni siquiera la apreciaba, solo la odiaba y deseaba que estuviera fuera de su vida. Una vida que sería vacía sin él a su lado. Vacía como los últimos seis años.

Su padre dio un paso hacia ella. —Cielo...

—No —susurró intentando recuperarse del dolor que la estaba atravesando—, tiene razón. Debí tener más cuidado. Se me olvidaron un par de veces y no es excusa. —Se agachó para coger el álbum mientras sollozaba sin poder evitarlo. —Al parecer no lo quiere. No importa, lo terminaré sola —susurró como ida.

—Sí, cielo —dijo Mike furioso, aunque intentaba disimularlo—. No le necesitas.

—Desgraciadamente hay cinco contratos firmados que dicen que sí —dijo Frank muy tenso—. Hasta las olimpiadas están atados. —Miró a su hija que parecía que no le escuchaba. —Si renunciamos a ellos nos demandarán por incumplimiento de contrato. ¿Qué piensas hacer?

—Guardar mi dolor, papá —dijo rota yendo hacia la puerta—. E intentar ser lo más profesional posible para que nadie tenga una sola queja de mí.

June se dejó caer en el sofá de la impresión. —Dios mío, ¿qué ha hecho?

—¿Qué ha hecho? ¡Ha roto el corazón de mi hija! —Frank se llevó las manos a la cabeza intentando pensar. —¿Pero qué coño le pasa?

June se echó a llorar tapándose el rostro. —Tú lo sabes —dijo impresionado—. ¡Lo sabes! ¡Me has mentido!

—No pensé que... No creí que lo hiciera, parecía feliz, creí que cambiaría de idea.

Frank se acuclilló ante ella. —¡Dime por qué acaba de destrozar a mi niña!

June le miró a los ojos. —Porque ella le destrozó a él.

—No entiendo nada —dijo Mike—. ¡Él no le dijo que estaba en el hospital, joder!

—Es que no solo fue eso. Fue como se comportó cuando se separaron. En la rueda de prensa que disteis, ella dijo que se había cerrado un ciclo y que era el momento de iniciar una nueva vida. Él lo vio desde el hospital, recién operado y vi cómo se le rompía el corazón.

—¿Cómo que lo viste? ¡Tú no sabías nada de su operación! ¡El otro día hiciste que no sabías nada!

—¡Cuando llegasteis al pueblo me pidió que no dijera nada al respecto! ¡Quería ocultárselo a la niña! —Negó con la cabeza. —Pero lo sabía, claro que lo sabía, estaba allí, trabajaba en el hospital de voluntaria y le acompañaba porque no tenía a nadie. Mi marido era su médico, pero tuvo un accidente de coche y murió cuatro días antes de que le dieran el alta a Keevon. Yo estaba destrozada, no sabía qué hacer con mi vida y solo quería huir, solo quería volver a casa. Nos encontramos de nuevo en el aeropuerto y hablamos durante horas. Entonces le dije lo de la casa de mis padres, que la iba a vender para comprarme algo más pequeño para mí sola mientras decidía qué hacer con mi vida. Le dije que odiaba vivir en Suiza, que allí no me quedaba nada, que no quería volver, así que él dijo que estaría encantado de ver la casa...

—Y te convertiste en su ama de llaves —dijo Mike sorprendido.

—Y aquí he sido feliz, esta vida tranquila era lo que necesitaba para sanar, pero mientras yo sanaba él se hundía más y más. Cada vez que venía de una competición estaba amargado y no dejaba de hacer comentarios como ahora es una víctima para todos o ese inútil se cree que puede superarme. Él ganaba medallas importantes y reía porque Mikelena no conseguía los mundiales o las olimpiadas. Pero la culpa no era suya, la culpa la tenía su

representante que siempre estaba diciéndole que ella había dicho esto o lo otro.

—¿Martin? ¿Martin hablaba mal de mi hija?

—¡Desde el principio le envenenó contra ella! ¡Nunca quiso que estuvieran juntos! Siempre le ha dicho que él ganaría mucho más estando solo y que los individuales eran mucho más importantes que las competiciones por parejas. ¡Keevon me ha dicho mil veces que Martin ya le había advertido sobre ella! Una vez vino a verle por el tema de un contrato para hacer un spot publicitario. Les llevé un café y en lugar de cerrar la puerta solo la entorné para escuchar. Ese cerdo no dejó de hablar mal de Mikelena en la hora que estuvo aquí. ¿Sabes lo que ha hecho? —dijo imitando su voz—. Cree que va a superarte en los nacionales. Se lo ha dicho a todos. Dice que Brian es mucho mejor patinador que tú, que sabe cómo tratar a una mujer. Y comentarios de ese estilo a millones. Incluso ha fomentado que la odien algunos de sus compañeros de la selección. Como si fuera una consentida del comité olímpico o algo así, lo que ha reforzado la opinión que Keevon tiene de ella. —Entrecerró los ojos. —Supe en cuanto la vi que todo lo que había dicho ese cerdo era mentira, intenté hablar con Keevon y se enfadó conmigo. ¿Ahora te la vas a creer? Tú no la conoces como yo, es una falsa, pero a esto podemos jugar los dos. Ya verás la cara que se le pone cuando hable en la rueda de prensa justo después de ganar la medalla de oro.

A Frank se le cortó el aliento. —¿Qué quieres decir?

—Va a contar su versión de la historia. Va a hundirla ante todo el mundo.

Mike miró a su hermano asombrado. —No entiendo nada, pero si fue sugerencia de Martin hacer esa rueda de prensa sobre la separación. Se disculpó por el comportamiento de Keevon y dijo que así sería ella la que podría explicar que habían decidido separarse y no quedaba como que él la abandonaba.

—¡Todo ha sido un puto engaño, Mike! —Sonrió con cinismo. —Le convenía económicamente que su patinador estuviera solo y le

envenenaba contra su compañera. Cuando llegó la operación por el tumor, Keevon ya estaba dispuesto a pensar lo peor de ella y la rueda de prensa remató la opinión que ya se había formado, porque no había recibido ni una llamada de Mikelena. Todo lo demás le vino rodado a Martin, era el mejor patinador del mundo y los patrocinadores se lo rifaban. Pero el chico se retiró, lo que a Martin no le vino nada bien porque las comisiones se acababan, así que cuando llegamos nosotros le animó a que firmara. ¡La pareja de América! ¡Contratos millonarios que yo conseguí! ¡Él ni tenía que mover un puñetero dedo! ¡Hasta hablé con él para que convenciera a Keevon, reforzando que ella era una aprovechada que ahora que no tenía a Brian, volvía a por él para que la pareja de América consiguiera el oro en las olimpiadas! —Se pasó las manos por el cabello. —Estoy convencido de que fue Martin quien extendió los rumores sobre que ella era mala patinadora y otras cosas que se dijeron después de la separación.

—Yo también lo estoy —dijo June—. Un día al poco de iniciar las obras aquí vino a verle y le escuché reír mostrándole un artículo donde la ponían verde. Sin ti no es nada, ¿te das cuenta? ¿Ves cómo tenías que estar solo? Deberías haberme hecho caso antes.

—Hijo de puta —dijo Frank con ganas de sangre—. Mike recoge tus cosas, nos vamos.

—Entonces los contratos...

—Hablaré con los abogados, pero no pienso dejar que mi hija se quede aquí para que siga sufriendo.

—No. —Todos miraron hacia ella que apareció en la puerta con la cara retorcida de dolor. —No voy a irme a ningún sitio. —Negó con la cabeza. —No he hecho nada malo.

—Pero hija, ahora el ambiente será irrespirable.

—Me da igual, que saque todo su veneno. Nuestra relación no puede ser, pero yo pienso seguir adelante. No va a quitarme ese oro. ¿No quiere una zorra despiadada que solo le importan las medallas? Pues es lo que va a tener —dijo con rabia—. A ver quien tiene más aguante.

Keevon no volvió por casa en los días siguientes. No es que le extrañara, la verdad, después de todo lo que le había dicho. Su padre intentaba convencerla de que volvieran al hotel, pero la prensa se enteraría y ahora que al fin se habían librado de los periodistas, era lo que le faltaba. Entonces sí que no dejarían de acosarles hasta saber qué es lo que había ocurrido para que Keevon se fuera de su propia casa. Aunque realmente daba igual porque se enterarían tarde o temprano. Celia la había llamado para decirle que en su casa le había llegado un regalito de Navidad, pero en el fondo quería informarle de que su querido compañero ahora vivía con Marion. Le habían visto entrar, pero no salir, lo que en el pueblo ya era un auténtico escándalo cuando todos sabían que estaban juntos. Al final esa zorra se lo había llevado, pues que le aprovechara. Solo deseaba que ese mes pasara lo más pronto posible para perderle de vista. Sentía no poder seguir entrenando a los niños, pero era lo que había. Si querían mudarse a Crownhills estupendo, sino ella seguiría con su vida. Ya estaba harta de ser siempre la culpable de todo.

El día después de año nuevo se suponía que volvían al trabajo y ella por supuesto fue a la pista a las cinco de la mañana. Bajó los escalones y dejó la bolsa al lado de las estufas mientras su padre que la acompañaba se sentaba en una de las sillas a esperar. Cuando se abrió la puerta de la caravana se quedó de piedra viéndole bajar como si nada. —¿Empezamos?

Asintió y se quitó el anorak. Su padre apretó los labios con ganas de pegar cuatro gritos, pero ella le hizo un gesto para que no dijera nada cogiendo los cascos y poniéndose el reproductor de música sujeto al brazo izquierdo.

—¿Quieres moverte de una puta vez? —preguntó furioso desde el centro de la pista.

Patinó hacia él intentando aparentar que no pasaba nada y se detuvo a unos centímetros. —Bien, haremos el programa corto desde el principio.

Ella no dijo una sola palabra mirándole a los ojos. — ¿Entendido? —preguntó molesto.

—¿Ahora quieres que hable? —preguntó fríamente.

—¡Solo quiero que me contestes!

—Contestar a alguien tan débil de carácter como tú no merece la pena.

Se tensó aún más. —¿Qué has dicho?

Sonrió con desprecio. —Me conocías, me viste crecer y te dejaste influir por lo que te decía Martin de mí. Eres débil, no mereces la pena y me desprecio a mí misma por haberte amado. Porque yo sí que te he amado —dijo mientras él palidecía—. Eres un cobarde que ha usado mi embarazo para hacerme daño. Para vengarse en lugar de hablar claro y decirme desde el principio que me odiabas. ¿Y yo soy la aprovechada? ¿Soy la que ansía el oro por encima de todo? —preguntó con rabia—. No, cielo. Ese eres tú, tú eres el que antepone la venganza a la felicidad, por eso te desprecio y por eso digo que eres débil. Yo he luchado por lo que quería y no me arrepiento de nada porque yo no le he hecho daño a nadie queriendo. Lucharé por la medalla ya que es lo único que puedo conseguir de esta relación, pero me hablarás con respeto o te juro por lo más sagrado para mí que es mi familia, que yo sí contaré mi historia. Empezando por cómo Martin llegó a mi casa y dijo que se había acabado. Pidió disculpas por tu comportamiento infantil, pero dijo que la separación ya no tenía marcha atrás, porque no hacías más que decir que no querías volver a verme. Añadió que me considerabas un lastre y que ya era hora de que me buscara la vida. Que estabas harto de tener una pareja tan inútil como yo. —Pudo ver la sorpresa en su rostro. —Oh, sí, dijo eso y algunas cosas más. También me dijo que me daba la oportunidad de hacer esa puta rueda de prensa para que intentara salvar mi imagen, si es que podía porque decías que sin ti no era nada. Quería una guerra mediática entre nosotros que no le di porque no me podía creer lo que estaba pasando, pero aun así habló mal de mí a quien quiso escucharle, incluido tú. Me costó mucho volver a recuperar mi

imagen ante la opinión pública, pero lo conseguí y no voy a dejar que me hagáis esto de nuevo. Ni tú ni él, así que si queréis guerra estoy dispuesta, si quieres trabajar también. Tú decides.

—Estás mintiendo para salvar tu imagen.

Le miró con desprecio. —¿No te has dado cuenta todavía de que yo no necesito mentir, estúpido? Yo simplemente soy una observadora. Tengo tantos testigos que saldrán a puñados. En esta semana mi padre ha llamado a unas cuantas personas y están dispuestas a declarar. En estos días nos hemos enterado de muchas cosas, como por ejemplo como Martin pagó a un periodista para que en la entrevista que me había hecho, me pusiera verde diciendo que era una caprichosa descerebrada. Y esas llamadas las tenemos grabadas, les puede dejar a todos con el culo al aire. Mi padre se ha forjado muchas amistades mientras yo iba de un lado a otro de la pista deslomándome por conseguir un oro, así que han hablado abiertamente creyendo que lo hacían con un amigo. Pero lo hacían ante mi padre y un abogado que lo ha grabado todo.

Pálido dio un paso hacia ella. —Nena, yo creí...

Le miró con desprecio deslizándose hacia atrás. —Me importa poco lo que creíste. ¡Intentasteis hundirme! Pero os aseguro que no vais a poder conmigo. —Se volvió y gritó —¡Papá!

Él se acercó lentamente con un documento en la mano. —Lo que trae es la renuncia a la paternidad del niño y un contrato de confidencialidad para que no puedas hablar de mí nunca más después de las olimpiadas. Y lo que hables antes será exclusivamente de asuntos deportivos, nada más. No pienso dejar que sueltes tu veneno en la rueda de prensa después de ganar. — Frank le tendió el documento. —Fírmalo y asunto zanjado.

Confundido negó con la cabeza. —¿Renunciar a la paternidad?

—No lo quieres, así que eso debe darte igual. Fírmalo antes de que me cabree más.

—Nena, si lo hablamos...

Le miró incrédula. —¿Si lo hablamos? Me has acusado de follar contigo para quedarme embarazada. ¿Qué tenemos que hablar tú y yo? ¡Fírmalo!

Muy tenso negó con la cabeza. —No.

—¿En serio quieres esto?

Frank se puso el teléfono al oído y dijo —Habla con él y más te vale que le convenzas porque la demanda que os va a caer, os dejará en la ruina a los dos. —Le pasó el teléfono. —Martin quiere hablar contigo.

Le arrebató el teléfono. —¿De qué coño me están hablando, Martin? —Escuchó lo que tenía que decirle y vio su cara de incredulidad. —¿Que me mentiste? —Se llevó la otra mano a la cabeza sin poder creérselo. —¿Que hiciste qué? ¿Qué coño me estás contando, hijo de puta? ¡Te dije específicamente que le dijeras que necesitaba espacio! ¡Qué me iba porque necesitaba tiempo y quería patinar solo! ¿Qué cojones le dijiste?

Sintió que su corazón se retorció de dolor mientras descubría la verdad y se sorprendió de que aún le quedaran esos sentimientos hacia él después de todo lo que había sufrido durante esos días.

—¡Eres un cabrón! —gritó fuera de sí dándoles la espalda—. ¿Te has hecho rico a mi costa y me pagas así? Te juro que esto me lo vas a pagar, mamón. —Colgó el teléfono y no se volvió respirando agitadamente.

—¿Puedes firmar ya, por favor? El tiempo pasa —dijo ella cruzándose de brazos.

Él se giró para mirarla a los ojos. —Nena, te juro...

—No quiero oírte, ya no. Solo quiero trabajar. Firma y podremos empezar. Si no lo haces presentaré una demanda civil para evitar que las marcas me demanden a mí por incumplimiento de contrato y me quedaré con todo. Firma.

Impotente apretó los puños y Frank sonrió con desprecio mostrándole el bolígrafo. —Chico, no tenemos todo el día.

Él cogió el documento y empezó a leerlo. —Si firmo esto no podré volver a veros después de las olimpiadas.

—Exacto. Es prácticamente como una orden de alejamiento. No podrás ni verme ni acercarte a un kilómetro de mi hijo o de mí. Si quebrantas alguna de esas cláusulas deberás pagarme cien mil dólares. Si hablas de mí o de mi hijo a cualquiera un millón, y así una y otra... ¡Firma de una vez!

Él apretó el bolígrafo. —Lena, debemos hablar.

—¿Hablar? —le preguntó con extrañeza—. Ahora es tarde para hablar. Hubiera querido hablar contigo hace seis años, pero decidiste tratarme como una apestada. Hubiera querido hablar contigo el otro día, pero decidiste largarte. No me vengas ahora con que quieres hablar, ya es tarde para hablar. Firma o me largo de la ciudad ahora mismo.

Impotente cogió la hoja y firmó en la línea de puntos. Su padre le dio otra hoja. —Tu copia —dijo antes de alejarse—. Hija, te espero aquí mismo.

—Gracias papá. —Sonrió con ironía. —Ahora sí que podemos empezar.

—Nena, yo... —Al ver su fría mirada suspiró. —Da igual lo que diga, ¿no es cierto? Me he enterrado a mí mismo con lo que te dije el día de Navidad.

—Tú lo has dicho. Por cierto, me encantó tu regalo —dijo con burla—. Unos patines rosas, muy original.

Él apretó los labios. —Creí que te gustarían, nunca has tenido unos.

Rio. —Claro, ¿y no se te ocurrió que podía habérselos pedido a mi patrocinador y hubieran salido gratis? —Se acercó a él. —Te salieron gratis, ¿no es cierto?

Muy tenso siseó. —Sí.

—Eres despreciable. Pero eso es algo que yo no puedo cambiar. —Alargó la mano. —¿Empezamos?

Capítulo 12

Horas más tarde cerró la bolsa después de meter los patines y dijo —Como no puedes volver a la casa por contrato, supongo que te seguirás quedando con Marion. —La sorpresa en su rostro fue evidente. —A ver cómo explicas eso a la prensa que está fuera. —Pasó ante él con la bolsa al hombro y su padre la siguió hasta las escaleras.

—¡Joder Lena, no sabía todo esto!

—¿Y?

La observó mientras se largaba y furioso se volvió para tirar una silla a un lado. Se llevó las manos a la cabeza y gritó de la rabia sin saber qué hacer. Nadie se había dado cuenta de que Celia estaba sentada en las gradas que se habían salvado del fuego y que estaban menos iluminadas. Se había quedado allí para no distraerles en su entrenamiento y apretó los labios al ver como su rostro mostraba rabia e impotencia por haberla perdido. Se levantó en silencio y entonces él se dio cuenta de su presencia. Se enderezó mirándola. —Estabas ahí.

—Sí, desde la mitad del entrenamiento. Sentía que mi amiga me necesitaba. —Le miró con pena. —Cómo la has cagado. Lo de Marion fue el remate.

Miró al suelo. —Sí, me lo imagino.

—Por eso lo hiciste, ¿no? —Su silencio le dio la razón. —Eres idiota.

—¡Ya me ha quedado claro, gracias!

—Tienes suerte de que tenga un corazón de oro y que tengas un mes para conquistarla antes de que se vaya de nuestras vidas para siempre, ¿no?

Se le cortó el aliento pensando en ello mientras se iba de la pista.

A la mañana siguiente tenía un humor de mil demonios porque casi no había pegado ojo pensando en el maldito documento que ese idiota había firmado. No le importaban nada ni ella ni el bebé, lo que la sacaba de quicio. Se bajó del coche y caminó entre la nieve para ir hasta la pista. Mierda, allí necesitaban un foco, no se veía nada. Consiguió llegar a la puerta y tiró de ella de malos modos. Entró y golpeó los pies contra el cemento para librarse de la nieve. Cada vez le apetecía más vivir en un lugar cálido, la verdad. Después de las olimpiadas pensaría en ello, ahora tenía demasiadas cosas en la cabeza. Empezó a bajar los escalones y vio como él salía de la caravana mirándola como si fuera una bomba de relojería. Cuando llegó abajo recorrió la pista por fuera para ir a dejar sus cosas sobre la mesa. —Buenos días.

—Buenos días, nena. ¿Tu padre no viene?

—No voy a levantarle todos los días a esta hora. Bastante es que tenga que levantarme yo. —Se sentó en la silla y esta cedió con su peso tirándola al suelo.

—Hostia, ¿estás bien?

Asombrada miró hacia atrás para ver los pedazos. —¿Lo has hecho a propósito?

—¡Claro que no! Es que ayer se llevó un golpe y... Mierda, deja que te ayude.

Molesta le dio un manotazo advirtiéndole con la mirada. —Como me dejes caer en la pista, te mato.

Él apretó los labios apartándose. —¿En serio crees que haría algo así?

—De ti ya me lo espero todo. —Agarró los patines y se agachó para cambiarse sin sentarse de nuevo en ninguna de las otras sillas. —Ayer por la tarde llegaron los trajes.

—Bien, pero...

—¿Pero qué? —le espetó mirándole.

—No, nada. Sobre la silla, no ha sido a propósito.

—Pues muy bien, ¿volvemos al trabajo? —gritó perdiendo los nervios.

Apretó los puños de la impotencia. —Sí.

Ella patinó alejándose de él para calentar y Kevon juró por lo bajo antes de empezar a hacer lo mismo intentando no cruzarse para no enfadarla aún más. Unos minutos después se encontraron en el centro de la pista y se miraron a los ojos. Ella con rencor, él simplemente esperó.

—¿Programa corto? —preguntó Mikelena.

—Como quieras.

—No sé de qué me sorprende, siempre te dejas llevar. Con lo hombretón que parecías —dijo con mala leche—. Las sorpresas que se lleva una.

—Nena, ¿quieres seguir un rato a ver si así te desahogas?

Escucharon que se cerraba la puerta y ambos miraron hacia allí para ver a su padre y a su tío. —Estupendo, tenemos público. Ya me extrañaba a mí que te dejaran sola.

—Ellos nunca me fallan. ¿Empiezas o no?

Alargó la mano y ambos se colocaron. Kevon la rodeaba con sus brazos mientras estaba de espaldas a él y susurró a su oído —Lo siento, nena. No sabes cómo lo siento.

Le dio un codazo que le hizo gruñir. —Cíñete al programa, capullo.

—Tres, dos, uno... —La música empezó a sonar en sus cabezas y ella giró saliendo de su abrazo, pero sin soltar sus manos

se miraron a los ojos mientras él se la llevaba en su avance, antes de que ella se dejara caer para pasar por debajo de sus piernas.

Mike que no les quitaba ojo dijo por lo bajo —Así que te ha dicho que sí, ¿eh?

—Sí. —Le miró de reojo. —¿Estás enfadado?

Su hermano negó con la cabeza. —Desilusionado más bien.

—Lo siento, pero...

—Os habéis enamorado. No es culpa de nadie. Tenía que haberme dado cuenta de que le gustabas mucho más tú. De hecho, me di cuenta, pero me hice el loco. Bah, da igual...

—Creía que tú y la alcaldesa...

Le miró sorprendido. —¿Estás loco? ¿Es alcaldesa? No estoy a su altura.

—Joder, no digas estupideces. June estuvo casada con un cirujano.

—Pero eso tú no lo sabías —dijo con burla—. Menuda relación tenéis que os ocultáis algo tan importante, a mí me preocuparía.

—No seas capullo.

—Si ni siquiera sabías que había vivido en Suiza. ¿Pero vosotros de qué habláis?

Frank se puso como un tomate. —Pues la verdad es que no hablamos mucho.

—¿Y te vas a casar con ella?

Un chillido en la pista les hizo mirar hacia allí para ver que su hija les miraba con los ojos como platos. —¿Te vas a casar?

Se sonrojó intensamente. —Sé que tenía que habértelo dicho, pero...

Su hija sonrió de oreja a oreja, lo que fue un alivio, la verdad. —Me gusta June.

—Pues ya somos dos —dijo encantado.

—Lo siento, tío.

Mike sonrió. —No te preocupes, algo encontraré.

—Si te gusta la alcaldesa, a mí también.

—Y a mí.

Todos miraron a Keevon que carraspeó. —Era por aportar algo.

—Tú ya has aportado mucho a esta familia, no hace falta que aportes nada más —dijo entre dientes.

—Felicidades Frank —dijo como si nada.

Su padre gruñó antes de sisear —Gracias.

—Nada, que me tienen un asco... —dijo él por lo bajo antes de sonreír—. Y os quedaréis a vivir aquí, claro.

—¿Claro? Claro que no, chaval. ¡Se viene con nosotros! ¿Pero qué disparates dices?

—Ah, que encima me quedo sin June...

—¿Ahora vas de víctima? —preguntó ella sorprendida.

—¿De víctima? Nena, es mi ama de llaves y una buena amiga.

—Ya sé yo como tratas a tus amigas, así que es mejor que la rescatemos antes de que te dé el siroco y creas que te traiciona o yo qué sé.

Gruñó mientras Mikelena miraba ilusionada a su padre. —¡Voy a tener una madre!

Su padre parpadeó. —Pues sí.

Se alejó loca de contenta y Mike gimió. —Creo que deberías haberte casado antes, hermano.

—Sí, creo que sí, pero el amor llega cuando llega.

—¿Qué? ¿Mueves el culo? ¡Quiero acabar este entrenamiento hoy! —le gritó a Keevon que suspiró volviéndose.

Observaron como ella pegaba gritos como un sargento mientras él hacía todo lo que quería sin rechistar y los hermanos entrecerraron los ojos observando como no decía ni pío temiendo

que su niña se cabreara aún más. —¿Ves lo que yo? —preguntó Frank.

—Está como una malva.

—Tú lo has dicho. El chico hará lo que sea por intentar que se calme.

—Eso mismo pensaba yo.

—¿Crees que lo conseguirá?

Mike hizo una mueca. —Está muy cabreada.

—Y él arrepentido.

—Ha firmado.

—Estaba entre la espada y la pared. ¿Tú no hubieras firmado?

—¿Y renunciar a mi mujer si la tuviera? —preguntó Mike sorprendido—. Hubiera firmado con sangre si hacía falta para no perderla.

—Primero debería admitir lo que siente.

—Creo que ya lo ha admitido.

Miraron hacia ellos. La niña le estaba poniendo fino porque no estaba concentrado. —No sé cómo va a concentrarse con la que tiene encima —dijo Frank divertido.

—Estás disfrutando, ¿no?

—Antes estaba cabreado, pero esto es todo un espectáculo. —Rio por lo bajo. —Leche, suda y todo porque no sabe dónde poner la mano.

—Nena, siempre te he tocado el culo, ¿cómo voy a levantarte sino?

Rieron por lo bajo por la cara de indignación de su hija. —¿Me estás gritando?

—¿Yo? Eres tú la que no dejas de gritar.

Se sonrojó. —Qué va.

—¿Continuamos?

Llegó a casa y tiró la bolsa a un lado. Le dolía todo, leche. Escuchó hablar a June con su padre en la cocina, pero no tenía ganas de hablar con nadie. Así que fue hacia el despacho y se sentó en el sitio que normalmente ocuparía Keevon. Las facturas ya no estaban sobre la mesa sino apiladas a un lado. Mike se detuvo ante la puerta y apoyó el hombro en el marco para mirarla. —Menudo desastre tenía montado con las facturas de la pista.

—Ah, ¿sí?

—Los proveedores le tomaban el pelo. Claro, como es una estrella del patinaje creen que hay fondos ilimitados. Y nuestro chico no se molestó en buscar otros, contrató a los más cercanos.

—Joder con los vecinos.

—Y que lo digas. Eso por no mencionar que no ha pedido un contrato especial al servicio de la luz por ser un negocio y un montón de cosas más.

—O sea que es un desastre de empresario.

—Algo lógico cuando nunca se ha llevado un negocio y encima se tiene la cabeza en otras cosas como competiciones de alto nivel. En estos últimos años ha perdido más de doscientos mil dólares. Eso sin contar la inversión inicial.

—Vamos, que he estado enamorada media vida de una joyita. ¿Lo has solucionado?

—Ahora no es que haya mucho que hacer hasta que no se arregle la pista.

—¿Y cuándo empiezan las obras?

—Tengo entendido que después de las olimpiadas. Pero de eso el chico tendrá que encargarse solo.

—Sí.

Su tío se fue y ella se quedó allí sentada con la mirada perdida. Se quedaría solo, otra vez. Molesta por sentirse culpable se levantó y al pasar vio la carpeta que ponía su nombre. Se agachó para cogerla y la abrió. Pasó rápidamente las fotos en las que estaban juntos. Algunas las tenía ella en su álbum y otras le eran

desconocidas, pero al llegar al momento de su separación se vio a sí misma levantando el brazo después de ganar la plata en el campeonato nacional. La pasó para verse sentada esperando la puntuación, por el body que llevaba sabía que era de unos meses después. La siguiente sonreía a la cámara con un montón de peluches en los brazos que le habían tirado los fans a la pista. Pasó a la siguiente y a la siguiente. La verdad es que no había una en donde no estuviera favorecida. Entonces se le cortó el aliento. ¿Dónde estaba Brian? Si las recortaba para recordar cómo era ella realmente, como le había traicionado, ¿dónde estaba el patinador que le sustituyó? Le dio un vuelco al corazón y empezó a pasarlas todas de nuevo. Asombrada cogió un recorte, le había cortado el brazo a su compañero cuando la agarraba por la cintura en uno de los podios. ¡Estaba celoso! Por eso se había creído toda la mierda que le había contado Martin, estaba celoso de que hubiera encontrado a Brian tan rápido y se presentaran a las competiciones casi de inmediato. Él no podía, estaba en la cama de un hospital y ella había seguido con su vida como si nada. No lo soportó a pesar de ser el responsable de su separación. Lo consideró una traición. Impresionada dejó el recorte en su sitio.

—¿Ahora cotilleas entre mis cosas?

Se sobresaltó levantando la vista para verle en la puerta de su despacho y era evidente que no estaba nada contento de encontrársela allí. Se acercó y le arrebató la carpeta dejando caer una foto suya dándole un beso a la cámara. —¡No tienes ningún derecho!

No pensaba dejarse intimidar. —Ponía mi nombre.

—¿Y eso qué más da? —Colocó la carpeta en su sitio. —¡Esta es mi casa y este mi despacho!

—¿Y qué haces aquí? ¿No recuerdas lo que has firmado?

—Habla con tu abogado, guapa. Tengo derecho a estar en mi casa al menos hasta después de las olimpiadas, que es cuando está estipulado que no me puedo acercar a ti y puesto que es mi

residencia, la que debería irse eres tú. —Entrecerró los ojos. —Pero no te voy a pedir eso.

—Ah, ¿no?

—No, porque no quiero más problemas con la prensa. La casa es grande, podemos vivir los dos aquí sin que tengamos que dirigirnos la palabra.

Entrecerró los ojos. —Haremos las maletas —dijo yendo hacia la puerta.

—¡Nena, la prensa ha vuelto!

—A lo mejor sino hubieras ido a casa de Marion...

—¡Ella me acogió!

—¡Nadie te echó! ¡No me vengas como si te hubiéramos tirado a la calle como a un perro! ¡Si te largaste en pijama fue porque te dio la gana!

Keeyon apretó los labios. —Es una amiga.

—Siempre has elegido muy mal a tus amigos —dijo con desprecio antes de irse.

Juró por lo bajo pasándose la mano por la nuca y vio la foto de Lena tirada en el suelo. La recogió viendo sus preciosos ojos mirando a la cámara.

—Shusss...

Miró hacia la puerta y al ver a June se acercó de inmediato. —Te has pasado al bando contrario, traidora.

—Déjate de chorradas que bastantes problemas tienes —susurró—. Tómatelo como que ahora tienes una aliada entre el enemigo.

—Joder, ¿cómo lo arreglo?

June hizo una mueca antes de mirar el pasillo para asegurarse de que no les oía nadie, le empujó dentro del despacho y cerró la puerta para susurrar —La que has liado.

—¿Alguien puede dejar de decir eso? Lo sé de sobra.

—Shusss... ¿Qué vas a hacer?

—¿Si vuelvo a casa crees que se irá?

—Acaba de decir que va a hacer las maletas.

—Mierda.

Le miró a los ojos. —Tienes que decirle que la amas.

—No creo que sea el mejor momento para decir algo así — dijo molesto.

—Es la única manera de que te perdone.

—No me creerá —dijo entre dientes.

—Entonces la perderás. Si no eres sincero con ella... —Él se volvió dándole la espalda. —¿O es que no la amas?

Miró por la ventana y sonrió con tristeza. —¿Sabes lo que es conocer a alguien y sentir que ya forma parte de ti?

—No —susurró.

—Eso me pasó a mí con Lena. La primera vez que la vi me sentí conectado a ella. Era lista, divertida y una patinadora increíble para la edad que tenía. Yo jamás pensé en competir en parejas, nunca se me pasó por la cabeza y cuando me invitaron a ir a Crownhills lo hice por obligación, para quedar bien con mi entrenador. Recuerdo cuando la vi en la pista, tan ilusionada, tan dispuesta a agradar. —Sonrió. —Me lo pasé realmente bien, hacía mucho tiempo que no disfrutaba tanto con el patinaje. Pero había una diferencia de edad que para mí sería un retroceso porque tendríamos que hacer campeonatos junior hasta que ella tuviera suficiente edad para llegar a los senior. Me largué pensando que me había dado una locura y seguí con mi vida. Pero no la olvidé. La alegría se había ido.

June le miró emocionada. —Así que la buscaste.

—Cambié mi vida por completo. Me trasladé a trabajar con una niña y vi cómo se convertía en una mujer increíble, en una gran patinadora.

—También gracias a ti.

—Creí que nada rompería el vínculo que había entre ambos.
—Se quedó en silencio durante unos segundos. —Un vínculo que iba mucho más allá de lo que todos llaman amor. Una mirada, una sola mirada era suficiente para saber qué pensábamos. No creía que era lo que todos llaman amor entre un hombre y una mujer, yo salía con otras diciéndome que era lo normal, incluso me divertían los celos de una niña que creía que era suyo.

—Porque lo eras.

—No me podía permitir pensar así. Cuando llegó la enfermedad, lo primero que pensé fue en protegerla. No quería que se sintiera atada a un enfermo, no era justo, tenía dieciséis años. Envié a Martin para que hablara con ellos, el contrato se acababa. Ya era hora de que volara en solitario.

—Estabas convencido de que era cáncer.

—Sí, mi abuelo murió de algo parecido y ese pensamiento no se me iba de la cabeza. Me operaron y mientras esperaba los resultados en la cama del hospital esperé su llamada. —Sonrió con desprecio. —Durante dos malditas semanas no me separé del móvil en ningún momento.

June intentó retener las lágrimas. —Entonces llegó el rencor.

—Entonces fue cuando las frases que Martin me había dicho durante tanto tiempo empezaron a tener sentido. Yo que podía haber llevado una carrera exitosa en solitario, había perdido dos años por esperarla para las grandes competiciones.

—Y así te lo pagaba.

—Creí que no le importaba nada que hubiera desaparecido de su vida y cuando la vi en la rueda de prensa diciendo que la vida seguía se me revolvieron las tripas. Al llegar a América quise huir de la prensa y me refugié aquí para solo aparecer en las competiciones. Ni me miraba y yo intentaba ignorarla. La veía patinar y... Ese brillo en su mirada había desaparecido. Lo hacía mecánicamente, con una técnica impecable, pero le faltaba alma.

—Algo que solo tenía contigo.

—En unos nacionales la vi discutiendo con Brian. Él le echaba la bronca por algo y se me revolvieron las tripas. Iba a acercarme, pero de repente él le dio un beso en la sien y ella sonrió mirándole a los ojos.

—Creíste que tenían una relación.

—No es algo raro, muchos patinadores son pareja porque pasan muchas horas juntos.

—Y eso no lo soportaste porque te había sustituido en su corazón.

—Fue un shock no voy a negarlo. Ahí decidí mantenerme alejado todo lo que podía y en cada maldito giro que daban mi rabia aumentaba. No podía evitarlo.

—Algo que Martin alentaba.

—No es responsable de mis actos, solo yo soy responsable de ellos.

Se acercó a él y acarició su brazo. —¿La amas?

Volvió la vista hacia ella. —¿Cómo voy a amarla cuando la he tratado así? ¿Cuando no la he defendido ante los demás y la he dejado sola? —Apretó las mandíbulas. —¿Qué clase de hombre soy? He renegado hasta de mi hijo solo para hacerle daño.

—No cielo, lo que intentabas evitar era que te dañaran a ti. Creías que te utilizaba, estabas convencido de ello.

—Y estaba equivocado, June. ¿Cómo puedo arreglar esto? ¿Cómo puedo hacer que nos olvidemos de estos últimos seis años?

—No puedes. —Vio la angustia en su rostro por no poder reparar el daño. —Pero sí puedes sincerarte con ella, decirle lo que sientes porque en este momento cree que la querías tan poco que te dejaste influir por alguien que la odiaba, que quería apartarla y se lo permitiste. Y al firmar ese documento le has demostrado que no la quieres en tu vida.

—No quería que se fuera.

—Ella no lo ha visto así. Lo ha visto como que has renunciado a tu propio hijo con tal de no perder tu estilo de vida.

Palideció. —No, no... ¡No quería que se fuera! Amenazó con largarse y...

—Estabas entre la espada y la pared. Lo sabe. Pero volviste a equivocarte.

Juró por lo bajo. —¡Joder! ¡Acababa de enterarme de toda esa mierda y me presionaron! ¡Si no hubiera firmado se habría ido, nos hubieran demandado los patrocinadores y ella me hubiera demandado a mí! ¡Eso fue lo que dijo!

—Estaba enfadada. ¿Conociéndola crees que ella te hubiera demandado? ¿Qué haría algo que te perjudicara?

Él entrecerró los ojos. —¿Algo que me perjudicara? No, en todos estos años nunca ha dicho nada que me perjudicara, ¿no es cierto? A pesar de los rumores, a pesar de lo que se decía de ella nunca ha hecho o dicho nada que me perjudicara o que hiciera pensar que la separación era cosa mía. No se defendió una sola vez. —Pensó en ello. —No, mi Lena no haría nada que me perjudicara, lo ha demostrado, ¿no es cierto? —De repente sonrió.

June sonrió. —¿Has encontrado la solución?

—Sí que la he encontrado.

Capítulo 13

Estaba cerrando una maleta cuando su padre pasó por delante de su habitación con el teléfono en la mano. —¿Qué coño me estás contando, Barry?

Se enderezó yendo hasta la puerta.

—No, claro que no se separan, el contrato está garantizado —dijo empezando a bajar las escaleras.

Le siguió intrigada y vio que se detenía a la mitad. —¿Que su amante ha declarado que sí? ¿Dónde? ¿Al New York Times? —Su padre bajó el resto de los escalones a toda prisa. —Ahora te llamo.

Vio como entraba en la cocina y le siguió. —¿Pero qué coño has hecho? —gritó a los cuatro vientos.

—¿Yo? ¿De qué hablas? —respondió Keevon.

—Hermano, ¿qué pasa?

—¡Su amante ha hecho declaraciones al New York Times diciendo que solo estaba con Mikelena por interés! ¡Qué solo quería los contratos y que es un aprovechado!

Atónita entró en la cocina. —¿Aprovechado?

Su padre se volvió para mirarla. —Que te ha utilizado para volver a las competiciones. Que nadie quería patrocinarle ya porque es demasiado mayor y que había perdido interés del público. Que en cuanto Brian se lesionó, él hizo lo posible para que volvieras a su lado.

—¿Eso lo ha dicho Marion? —preguntó incrédula—. Es falso.

—Ya sabemos que es falso, pero no es lo que piensa la prensa. Barry cree que vas a dejarle porque tiene una amante, que

esa es la razón por la que estuvo esos días en su casa y que al enterarte de todo te sientes engañada. ¡Cree que los contratos van a rescindirse!

Le fulminó con la mirada. —Anda que tu novia...

—Nena, no es mi novia. Solo pasé unas horas en su casa.

—¡Y yo me lo creo!

—¿Estás celosa? —preguntó con una sonrisa en los labios.

—Más quisieras —dijo entre dientes.

Él sonrió aún más. —Bien, ¿qué hacemos?

—Hay que dar una rueda de prensa. ¡Vuestros clubs de fans estarán que trinan! ¿Sabes cuánta gente se iba a trasladar a Milán para veros en directo una última vez? ¡Deben estar cancelando billetes de avión como locos! —Su padre estaba de los nervios. — Esto es un puto desastre justo antes de las olimpiadas.

—Cuando nos vean ir a entrenar se pasará todo —dijo él como si nada—. Llamaré a Marion y cerrará la boca.

—¡Deberías haberle cerrado la boca antes! —gritó Frank.

—Cielo, ¿tan grave es? —preguntó June.

—¿Grave? ¡Acaba de hundir la reputación de Keevon hasta el subsuelo! ¡No me extrañaría que le abuchearan en los juegos!

No, no podía acabar su carrera así, tenía un futuro como entrenador. Dio un paso hacia su padre. —Haremos la rueda de prensa, convócala para esta tarde. Hay bastante prensa en el pueblo.

La miró a los ojos. —¿Estás segura?

—Sí. Saldremos juntos para decir que todo es mentira. Y también estará Marion, dirá que ha sido una confusión.

Keevon carraspeó. —Nena, no sé si querrá. Estaba algo cabreada cuando le dije que me iba de su casa. Además, seguro que el periodista tendrá grabadas sus palabras.

Le fulminó con la mirada. —¡La que ha liado tu amante!

—Que no es mi amante...

El teléfono de su padre sonó y miró la pantalla. —¡Genial, ahora empezarán a llamarme todos los periodistas del país! —Se puso el teléfono al oído. —¿Diga?

Se miraron a los ojos. —Déjame hablar a mí.

—Nena, ¿estás segura? Nunca se te han dado bien las ruedas de prensa, para eso eres muy tímida.

Gruñó. —En estos seis años me he soltado un poco.

—Vale, hablaremos los dos.

—Habla con Marion —dijo entre dientes—. Págale para que cierre la boca si es necesario. ¡Y más le vale que no diga nada del triple mortal, porque sino me la cargo!

—No puede decir nada del mortal porque tiene firmado un contrato de confidencialidad, preciosa —dijo pasando a su lado—. ¿O crees que pondría a trabajar con nosotros a alguien sin cubrírnos las espaldas?

—¿Entonces por qué habla de nosotros? —gritó a los cuatro vientos siguiéndole.

—Porque el contrato era estrictamente profesional, no personal. De la pista para fuera puede decir lo que quiera.

—¡Genial!

—¿Por qué estás tan enfadada? Estas cosas pasan muy a menudo, hay filtraciones, rumores, frases malintencionadas...

—A mí me lo vas a decir. —Cerró la puerta del despacho de un portazo antes de señalarle con el dedo. —¡Cómo me fastidies los juegos, te capo!

Él sonrió. —Vamos a ganar esa medalla de oro.

Se le cortó el aliento. —¿Lo crees de veras?

La miró pasmado. —¡Nena, no hagas eso!

—¿El qué?

—¡Dudar de ti, siempre lo haces antes de cada competición!

Se sonrojó. —¿Y qué? ¡Es como los que tienen miedo al escenario, a muchos actores les pasa!

—¡Esos actores no tienen que hacer giros a tres metros del suelo! —La cogió por los brazos. —Lo hemos ensayado mil veces, lo haces a la perfección, nada te va a quitar esa medalla de oro, eso es lo único que tienes que decirte.

—Odio que seas tan seguro de ti mismo.

Él sonrió. —Te sorprendería lo equivocada que estás. Si fuera seguro de mí mismo no hubiera pasado todo esto.

Se le cortó el aliento. —¿Qué quieres decir?

—Nada. ¿Bajamos a la pista?

—Pero si ni hemos comido. Eso si comemos porque papá estará organizando la rueda de prensa con los periodistas que hayan llegado al pueblo.

—Es para relajarnos.

Le miró como si tuviera cuernos. —¿Qué te propones?

—Nena, el estrés no es bueno para el niño.

—¡Será niña y hace cuatro días te importaba una mierda! —Salió del despacho dando un portazo.

Él hizo una mueca. —No ha sido buena idea mencionar al bebé. No. —Abrió la puerta y gritó —¿Prefieres un baño? ¿Te lo preparo?

—¿Pero quién coño eres tú?

Dos horas después se bajaban del coche ante la carpa vestidos con las equipaciones de los patrocinadores. Keevon rodeó el coche y cogió su mano para ir hasta su padre que ya estaba ante los micros. Evidentemente ante todos los medios no podía rechazar su mano y ese cabrito lo sabía. —Buenas noches, chicos —dijo ella sonriendo a pesar de las preguntas, algunas con muy mala leche.

Se pusieron tras los micros de pie, lo que indicaba que sería breve y más a la temperatura que estaban.

—Buenas noches a todos —dijo Keevon mientras ella sonreía como una niña buena—. Se ha montado mucho revuelo con las declaraciones de una antigua novia mía y estamos aquí para contestar vuestras preguntas. Nos gustaría que no quede ninguna duda de que lo que ha declarado ha sido resultado de que mi amiga ha malinterpretado mis palabras.

—Algunos lo llamarían mentir, cielo.

Keevon sonrió. —Estoy seguro de que Marion no tiene mal corazón, ha debido malinterpretar mis palabras, solo eso.

—Pues las ha interpretado con muy mala leche —dijo haciendo reír a los periodistas.

—¿Entonces fue tu amante, Keevon?

—Hace dos años mantuve una relación muy breve con ella. Apenas duró un par de meses, desde entonces hemos sido amigos.

—Aunque ella quería más —dijo una chica extendiendo un micro—. Eso lo sabe todo el pueblo.

—No puedo negar que en varias ocasiones me dejó claro que le gustaría volver conmigo, pero siempre le dejé claros los límites y más cuando Mikelena regresó a mi vida.

Se le cortó el aliento. —¿De veras?

—Sí, nena. —Miró al frente. —¿Siguiente pregunta?

—¿Cómo os pusisteis en contacto de nuevo?

—Fui yo la que me puse en contacto con él cuando Brian y yo nos lesionamos. Como todos sabéis no podíamos seguir compitiendo juntos y fui yo la que vine hasta aquí para hablar con Keevon.

—Pero ella ha dicho que fuiste tú quien la llamó.

—Eso es lo que yo le dije a Marion —dijo cortándole el aliento a Mikelena, aunque intentó disimularlo. ¿Por qué mentía contando algo así? ¿O no estaba mintiendo? Marion sabía perfectamente que había ido hasta allí para ganar un oro, pero en ningún momento le recriminó que ella le hubiera pedido volver. Sí que le había exigido que se fuera porque creía que le estaba utilizando, pero eso no significaba que ella le hubiera pedido volver a la competición. Por

otro lado, sería lógico que él no le dijera la verdad si no quería conflictos con su ex. Aunque puede que les estuviera contando otra versión de la historia simplemente para proteger a Marion de sus propias palabras ante la prensa.

Como si estuviera leyendo sus pensamientos él dijo —No quería conflictos entre ellas y si pensaba que la había llamado yo porque quería volver a competir, Marion creería que era por mi bien. Claramente me equivoqué porque los conflictos han llegado igual.

Los periodistas rieron por lo bajo.

—¿Cómo era tu relación con Marion, Mikelena?

—Nos tratamos muy poco, la verdad. Me ayudaba con ciertos ejercicios de calentamiento, pero hemos hablado muy poco de temas personales.

—¿Por qué contratar a una profesora de gimnasia de instituto para una atleta de alta competición?

Keevon apretó ligeramente su mano y respondió —Después de la lesión que Lena había sufrido, me preocupaba volver a los entrenamientos sin que esos músculos estuvieran al cien por cien. Marion aparte de ser exgimnasta del equipo regional tiene una licenciatura en medicina deportiva, era la más adecuada para lo que teníamos en mente en nuestros entrenamientos.

Buena respuesta, no podía negarlo.

—¿Y cuándo se torcieron las cosas? —preguntó una chica con mala leche—. ¿Cuando Mikelena se fue a vivir contigo?

Keevon sonrió. —Este pueblo es maravilloso y el hotel está muy bien, pero no podía permitir que Mikelena y su familia se pasaran allí cuatro meses. Mi casa es grande y allí estarían más cómodos. Digamos que Marion no lo entendió.

—Y vosotros iniciasteis una relación. Algo inevitable viviendo juntos, ¿no Mikelena? —preguntó la misma chica.

Pero sería cotilla la muy petarda. —Creo que estamos aquí para demostrar que las palabras de Marion no eran verdad. Jamás he hablado de mi vida privada y no voy a hacerlo ahora.

—Sí —dijo Keevon dejándola de piedra—. Iniciamos una relación. Una relación que ha tenido que soportar la tensión después de seis años de separación y de todos los rumores malintencionados del pasado. A veces ha sido duro y hubo momentos en los que pensé que no lo conseguiríamos.

—¿Como cuando dijeron de ella que era una malcriada que no se esforzaba en la pista? —preguntó la misma chica—. ¿Ese rumor lo extendiste tú?

—No, no fui yo, pero entiendo que ante mi silencio entonces, ella creyera que sí.

—Cielo, no hables de eso —susurró.

La miró a los ojos. —Es lo mejor, he estado callado mucho tiempo.

—Nunca pensé que los rumores los hubieras extendido tú.

—Pero me callé y eso no estuvo bien. —Miró a los periodistas. —Y no estuvo bien porque durante el tiempo que fuimos un equipo, Mikelena se dejó la piel para conseguir llegar a la cima conmigo. Jamás he tenido que reprocharle que no haya estado a la altura, ni antes ni ahora. Ha dado mucho más de sí de lo que creí posible —dijo emocionándola—. No solo ha sido una gran compañera sino una amiga y fui yo quien fallé en su momento creyendo que me había abandonado.

Sus ojos se llenaron de lágrimas escuchando su historia en el hospital de Suiza donde le habían operado y todo lo que ocurrió después. No omitió nada sobre lo que había ocurrido con Martin y como todo eso había ensuciado su separación. Una separación que había forzado él creyendo que así la protegía.

—Pero eso no fue todo, que consiguiera un nuevo compañero tan rápido fue un duro golpe para mí, reconozco que tanto los celos profesionales como los personales tuvieron que ver. Me retorció de celos por verles juntos y eso llegó hasta el momento en que me pidió que volviéramos a ser pareja en la pista, lo que ha enturbiado los últimos meses, no voy a negarlo.

—¿Por eso Marion pensaba que nunca volverías con ella y al estar juntos de nuevo eras un farsante?

—Aunque nunca entré en detalles de cómo terminó nuestra relación profesional, sí que vio mi actitud hacia Mikelena en los entrenamientos y pudo ver que nuestra relación no era buena. Que nuestra relación se volviera más personal no creo que lo entendiera. Y más cuando después de una discusión en navidades, de la que soy totalmente responsable, fui a su casa. Creía que podía hablar con una amiga, pero me di cuenta enseguida que no hacía más que recriminarme haber vuelto con Mikelena y me trasladé a la caravana de la pista antes de que anocheciera. Solo pasé en su casa unas horas y no pasó absolutamente nada entre nosotros. Buscaba una amiga y ella decidió que ya no quería seguir siéndolo, algo totalmente respetable.

Sin aliento miró a su padre que estaba tan pasmado como ella.

—¿Y ahora? ¿En qué punto os encontráis? —dijo uno de los periodistas más veteranos—. ¿Habrá olimpiadas?

—Por supuesto que las habrá.

—¿Vais a presentar acciones legales hacia Marion Prescott?

—No —dijo él tajante—. No ha sacado ningún beneficio de ello y durante un tiempo fue una buena amiga, no voy a culparla por creer mal de mí en un momento vulnerable. Esto ha pasado y hay que dejarlo atrás. No es responsable de que le mintiera respecto a que yo había llamado a Lena. Es hora de dejar eso atrás y mirar hacia el futuro. Y esta vez sin recriminaciones de ningún tipo.

—¿Y tú que piensas, Mikelena? —preguntó la chica—. ¿Vas a dejarlo todo atrás? Sufriste mucho en el pasado porque él te dejó sola ante la prensa, ¿tienes algo que recriminarle?

Emocionada la miró fijamente a los ojos. —¿Recriminarle? —Una lágrima cayó por su mejilla. —Sí que le recrimino algo.

Él se tensó a su lado y ella le miró. —¿Por qué no me has dicho todavía que me amas?

Su padre carraspeó poniéndose ante los micros. —La rueda de prensa ha acabado.

Keevon tiró de su mano hacia la camioneta y la subió rápidamente mientras los periodistas que querían su respuesta le seguían con los micros en alto. Tuvo que rodear la camioneta por detrás para correr hasta el asiento del conductor y arrancó a toda prisa para salir de allí antes de que le cerraran el paso.

—No me has contestado.

—Nena, no iba a hacerlo ante toda América.

Insegura se apretó las manos. —¿Pero me quieres o no?

—Por favor, por favor espera cinco minutos —dijo impaciente acelerando.

—Estupendo, ¿te parece que no he esperado lo suficiente? —preguntó indignada.

La miró. —Nena, te aseguro que desde hace dos días me muero por decírtelo, pero deja que lo haga a mi manera.

A su manera. —A tu manera hemos perdido seis años.

—Y dale —dijo entre dientes antes de girar el volante casi tirándola a la puerta en su prisa por enfilar el camino bajo los árboles—. Cinco minutos, ¿vale? Mantente callada cinco minutos y después te diré lo que siento.

Entrecerró los ojos. —¿Es que acaso tienes que pensarlo?

—¡No! ¡No tengo nada que pensar, pero dame cinco minutos!

Parpadeó mirando al frente sin entender nada y al ver la casa sonrió interiormente. —¿Quieres intimidad?

—¡Para decirte esto quiero toda la del mundo!

—¿Te avergüenzas de tus sentimientos? —preguntó con mala leche.

—Oh, no, no vayas por ahí. ¡Vas a esperar y a estar calladita, que me estás poniendo muy nervioso!

Frustrada se cruzó de brazos. Él frenó ante la casa y sin cerrar su puerta corrió a abrir la suya tendiéndole la mano. —Ven nena,

quiero que veas algo.

—¿Algo? —Cogió su mano y la ayudó a bajar abrazándola por la espalda para caminar hacia la casa. —¿Qué pasa, Keevon?

Subieron los escalones y ante la puerta él susurró a su oído — Abre.

Giró el pomo y empujó la puerta para ver una imagen de ellos patinando en la pared del fondo. Acabaron el programa libre y ella se tiró a él riendo para que la abrazara. Estaban tan felices que se emocionó. La imagen se repitió una y otra vez. —Entra nena, vamos a ver nuestra vida juntos.

Dio un paso hacia el interior y escuchó su risa en el salón. Fue hasta allí para ver imágenes suyas en distintas paredes. Comiendo en los descansos de los entrenamientos, él en la pista observando como ella hacia el axel, en su cumpleaños... Distintos proyectores por toda la estancia le hacían revivir tantos y tantos recuerdos que se emocionó entrando hasta el centro del salón y se giró lentamente para no perderse ninguno.

—¿Cómo no voy a amarte si me has dado los momentos más felices de mi vida, nena? Cualquier cosa que hago desde que me levanto, la he hecho contigo antes y recuerdo cada uno de esos momentos compartidos. Nunca podría ni quiero olvidarte, eres parte de mí y te amo cada segundo de cada día. Y así quiero morir, amándote intensamente.

Con los ojos llenos de lágrimas susurró —¿Entonces por qué te comportaste así en Navidad?

—Porque no quería reconocer lo que sentía por ti, nena. Y en estos dos días temía que no me creyeras.

Sollozó sintiéndose muy feliz y él la abrazó mirándola a los ojos. —Te amo, preciosa. Eres mi Lena, siempre lo has sido y el día en que me faltes estaré perdido como en estos últimos seis años. Te necesito, te amo y me gustaría patinar contigo por nuestra pista el resto de mi vida.

Sonrió radiante. —No puedo imaginar un futuro mejor que estar a tu lado.

Él besó suavemente sus labios y la abrazó con fuerza.

—Te amo —susurró ella a su oído—. Y aunque sé que has hecho este paripé con Marion para que yo te defendiera en público y acercarte a mí, te perdono porque ha sido una manera muy tierna de demostrarme cuanto me amas.

La miró sorprendido. —¿Cómo sabes eso?

Soltó una risita. —Cariño, June no tiene aguante en un interrogatorio. Además, te oí hablar con ella en el despacho y también escuché como después llamabas a Marion para compincharte con ella.

Se echó a reír. —Me has pillado.

—Pero en esto me has sorprendido. —Le miró sintiéndose inmensamente feliz.

June, su padre y su tío viendo como las barreras ya habían desaparecido, disfrutaron de como con solo una mirada se demostraban todo el amor que hasta ese momento habían reprimido.

Frank cogió la mano de June y sonrió. —¿Cómo has hecho todo esto?

Se acercó y susurró —Me ha ayudado Marion. Los ha traído del instituto.

—Se ha portado. Al final va a ser buena chica. —Miró a Mike. —¿No te gusta más que la alcaldesa?

Les miró con horror. —A mí dejarme de líos...

Esa noche sentada sobre él acarició su pecho. —¿Crees que todo esto perjudicará a Marion en el pueblo?

—Espero que no. Ya que me ha hecho el favor de provocar todo esto, espero no haberla metido en un lío.

—¿Por qué te ha ayudado? No me soporta.

—Pero a mí me quiere.

Le miró con rabia haciéndole reír. —Nena, tienes que aceptar que otros pueden quererme.

—¿Si yo me hubiera acostado con otros, tú también aceptarías que me quisieran?

—Menos mal que eso no ha pasado nunca.

Le dio un pellizco en el costado haciéndole gemir. —Esa quería otra cosa.

—Sí, pero después de lo que ocurrió el día de Navidad se dio cuenta de que era imposible.

—¿De verdad? —Él asintió. —Y te echó de casa.

—Pues sí, pero al día siguiente me llamó y se disculpó por haber sido tan bruja. Esas fueron sus palabras.

—Ella también quería que lo aclararas ante la prensa, ¿no? —preguntó maliciosa—. Quedar ante el consejo escolar como la que va quitando novios patinadores megafamosos no quedaba muy bien en su curriculum.

—Pues ya que lo dices...

Asombrada se enderezó. —¡Ya me parecía a mí!

—Nena, no es mala persona.

Hizo una mueca. —Vale, la pongo en duda hasta que me demuestre algo más.

—Gracias.

Sonrió tumbándose sobre él. —¿Sabes que he pensado?

—¿Las vacaciones de las Maldivas serán en la luna de miel?

La mano de Lena bajó por su torso para pasar entre sus piernas y llegar a su sexo. Él levantó una ceja. —Ah...

—Vamos a incorporar un paso nuevo a nuestra coreografía —dijo con la respiración agitada llevando su miembro hasta la entrada de su sexo y muy lentamente se sentó sobre él.

Keevon gimió por lo bajo. —Nena, no creo que esto lo admitan los jueces. —Elevó las manos para acariciar sus pechos con pasión.

—¿No? —Cerró los ojos inclinando su cuello hacia atrás y suspiró de gusto. —Pues deberían. —Elevó sus caderas y Keevon se sentó abrazándola para besar sus pechos con ansias antes de que ella cayera de nuevo llenándose de él. Lena gritó agarrándose a sus hombros y la necesidad de más les arrasó. Keevon la volvió para tumbarla en la cama y movió sus caderas con fuerza retorciéndola de placer. Su siguiente estocada fue aún más intensa y necesitando más, rodeó su cadera con la pierna reteniéndole en su interior. —Más...

—¿Quieres más, preciosa? —Besó su labio inferior deslizándose antes de llenarla de nuevo y ella gritó de placer arqueándose hacia atrás. —Joder, tu olor me vuelve loco. —Entró de nuevo en su ser con tal firmeza que la dejó al límite de la cordura, justo antes de que se unieran de nuevo haciendo desaparecer todo lo que estaba a su alrededor para vivir juntos la auténtica felicidad.

Minutos después ella dormía a su lado y Keevon la observaba acariciando un mechón de su cabello. —No me has preguntado por el niño, nena —susurró emocionado—. No es que no lo quiera, te juro que no. No supe reaccionar y...

Ella abrió los ojos. —Shusss, mi amor eso ya pasó y lo que realmente importa es la vida que tenemos por delante. Y será increíble, ya verás. Porque juntos podemos con todo.

—Sobre el triple mortal...

—Mi amor duérmete, mañana hay que entrenar.

—Sí, ya lo hablaremos mañana.

—Claro. Que descanses, mi amor.

—Te amo, preciosa.

Epílogo

—¡Bienvenidos de nuevo a la mayor competición de patinaje, bienvenidos a los Juegos Olímpicos de Invierno! ¡Ya estamos aquí después de la pausa para ver a los mejores patinadores del mundo!

—¡Cierto, Jim, y estamos deseando ver a los siguientes participantes como toda América! —dijo Sophia al micro.

—¿Qué opinas de ellos?

—¿Qué opino? Seis años sin ellos han sido demasiado tiempo y sobre todo después de ver el maravilloso programa corto que nos han ofrecido. ¡Un noventa y nueve con ochenta, señoras y señores! ¡La mayor puntuación en estos juegos! ¡Toda América y gran parte del mundo está pendiente de su programa libre y estoy segura de que no defraudarán! —Las cámaras les enfocaron hablando al borde de la pista muy serios, muy concentrados. —¿Qué crees que se dirán?

—Es un momento único en sus vidas, seguro que hablan de que tienen que concentrarse y cosas así.

Mikelená negó con la cabeza. —No cielo, lo vamos a hacer.

—Nena, el plan b estaba bien.

—No he llegado hasta aquí para no hacer tu coreografía al completo. —Miró hacia su padre que estaba pálido de los nervios mientras su mujer le ofrecía una botella de agua y Mikelená saludó con la mano. Mike se levantó con una foto enorme de ellos y los niños gritaron locos de contentos mientras Celia intentaba calmarlos.

—Nena, concéntrate.

Sonrió a su marido y alargó la mano. —Vamos a hacer historia.

—¡Y aquí les tenemos, señoras y señores! —dijo Jim emocionado viéndoles entrar en la pista mientras las gradas se venían abajo por el entusiasmo de los seguidores—. Jamás había visto algo igual.

—Muy cierto Jim, los americanos han querido mostrar su cariño por esta pareja y es como jugar en casa. Tendrían que estar aquí para ver el ambiente que se respira. ¡Keevon Garner y Mikelena Garner en su programa libre! Promete ser emocionante —dijo viéndoles saludar a su público—. Lleva sombrerito. Se parece al de... —chilló de la alegría viendo el terciopelo verde—. ¡Dios mío, es Scarlett! ¡Son Rhett y Scarlett! —gritó levantándose antes de coger a su compañero y plantarle un beso en la calva—. ¡Me encanta!

Divertido dijo —Se van al centro ante los jueces y se colocan.

—Me encanta como se miran a los ojos entre retándose y amándose. Muy propio. Veamos lo que hacen. —Se hizo el silencio más absoluto mientras la música de Lo que el viento se llevó empezaba a sonar. Sophia atenta a cada movimiento dijo al micro —Una sincronización perfecta. —Rio. —Pero qué triple axel, qué maravilla. —Sus ojos les siguieron al otro lado de la pista. —La levanta con una elegancia que deja sin palabras. Y ahí va el triple loops, señoras y señores. Escuchen como les aplauden, el estadio se viene abajo con su maravilloso ejercicio. Es evidente que quieren lucirse Jim, jamás había visto tantos ejercicios seguidos y tantas figuras. Y míralos siempre unidos, medido a cada segundo milimétricamente. ¡Y ahí tienen un doble flip perfectamente ejecutado! Esta pareja es increíble, señoras y señores, es una pena, una auténtica pena que esta sea su última competición profesional y... ¿Qué están haciendo?

—Se está subiendo a sus hombros, patina con ella encima y...

Sophia chilló al verla hacer un triple mortal impecablemente clavado antes de seguir patinando con él sonriendo y mirándole a los ojos. —¡Dios mío! ¿Has visto eso? ¿Has visto lo que ha hecho? —

Gritó de la alegría viendo como sentada sobre él se dejaba caer hacia atrás terminando el ejercicio. —¡Apoteósico! ¡Jamás en todos mis años en este deporte he visto algo igual! ¡Mikelen y Keevon, Keevon y Mikelen han hecho historia esta tarde en el patinaje mundial! ¡Escuchen a los fans!

Lena sonrió radiante saludando con la mano antes de mirar a su marido y sollozar abrazándole. —Lo conseguimos, mi amor.

Él acarició su espalda. —Has estado impresionante.

—Tú sí que eres impresionante. —Se apartó para mirarle. —Y un gran coreógrafo.

Keevon rio cogiendo su mano. —Vamos a esperar nuestra nota. —Patinaron hasta su equipo y su padre la abrazó loco de contento antes de ponerle por encima de los hombros la chaqueta de la selección americana. Otros patinadores se acercaron a felicitarlos y Keevon sin soltar su mano tiró de ella hacia el banco donde tenían que sentarse a esperar la decisión de los jueces.

Nerviosa cogió una botella de agua y bebió mirando los marcadores. Keevon la ayudó a ponerse la chaqueta y le subió la cremallera. Estaba tan excitada que no se enteraba de nada de lo que ocurría a su alrededor, solo miraba la pantalla. Y de repente apareció, ciento setenta y seis con diez. Asombrada se quedó mirando ese número y Keevon gritó de la alegría abrazándola.

—Lo conseguimos —susurró asombrada.

—¡Sí, nena! ¡El oro es nuestro!

Se abrazó a él. —Gracias.

—Esto lo has hecho tú. Gracias por venir a mí, gracias por intentarlo. Te aseguro que es el mejor momento de mi carrera porque lo comparto contigo. Te amo, te amo. —Se apartó y besó sus labios.

Aún asombrada miró hacia la pista mientras todos les felicitaban. Toda aquella gente gritando sus nombres, toda aquella emoción se acababa, pero le quedaban muchas cosas por vivir, muchos sueños que cumplir y lo haría a su lado, así que no podía

pedir más. Sonrió saludando a la gente que gritaba sus nombres mostrando la bandera americana y sintió cómo él a su espalda la rodeaba con los brazos. —¿Te estás despidiendo? —susurró Keevon a su oído.

—Sí.

—¿Lo echarás de menos?

Se inclinó ligeramente para mirar sus ojos. —No.

—¿De veras? —preguntó sorprendido.

—De veras. Porque esto no es nada comparado con la vida que tendré a tu lado. Una vida tranquila y maravillosa rodeados de nuestra familia. Eso sí que es un premio.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que lleva varios años publicando en Amazon. Todos sus libros han sido Best Sellers en su categoría y tiene entre sus éxitos:

- 1- Vilox (Fantasía)
- 2- Brujas Valerie (Fantasía)
- 3- Brujas Tessa (Fantasía)
- 4- Elizabeth Bilford (Serie época)
- 5- Planes de Boda (Serie oficina)
- 6- Que gane el mejor (Serie Australia)
- 7- La consentida de la reina (Serie época)
- 8- Inseguro amor (Serie oficina)
- 9- Hasta mi último aliento
- 10- Demándame si puedes
- 11- Condenada por tu amor (Serie época)
- 12- El amor no se compra

- 13- Peligroso amor
- 14- Una bala al corazón
- 15- Haz que te ame (Fantasía escocesa) Viaje en el tiempo.
- 16- Te casarás conmigo
- 17- Huir del amor (Serie oficina)
- 18- Insufrible amor
- 19- A tu lado puedo ser feliz
- 20- No puede ser para mí. (Serie oficina)
- 21- No me amas como quiero (Serie época)
- 22- Amor por destino (Serie Texas)
- 23- Para siempre, mi amor.
- 24- No me hagas daño, amor (Serie oficina)
- 25- Mi mariposa (Fantasía)
- 26- Esa no soy yo
- 27- Confía en el amor
- 28- Te odiaré toda la vida
- 29- Juramento de amor (Serie época)
- 30- Otra vida contigo
- 31- Dejaré de esconderme
- 32- La culpa es tuya
- 33- Mi torturador (Serie oficina)
- 34- Me faltabas tú
- 35- Negociemos (Serie oficina)
- 36- El heredero (Serie época)
- 37- Un amor que sorprende
- 38- La caza (Fantasía)
- 39- A tres pasos de ti (Serie Vecinos)
- 40- No busco marido
- 41- Diseña mi amor
- 42- Tú eres mi estrella
- 43- No te dejaría escapar
- 44- No puedo alejarme de ti (Serie época)
- 45- ¿Nunca? Jamás
- 46- Busca la felicidad
- 47- Cuéntame más (Serie Australia)

- 48- La joya del Yukón
- 49- Confía en mí (Serie época)
- 50- Mi matrioska
- 51- Nadie nos separará jamás
- 52- Mi princesa vikinga (Serie Vikingos)
- 53- Mi acosadora
- 54- La portavoz
- 55- Mi refugio
- 56- Todo por la familia
- 57- Te avergüenzas de mí
- 58- Te necesito en mi vida (Serie época)
- 59- ¿Qué haría sin ti?
- 60- Sólo mía
- 61- Madre de mentira
- 62- Entrega certificada
- 63- Tú me haces feliz (Serie época)
- 64- Lo nuestro es único
- 65- La ayudante perfecta (Serie oficina)
- 66- Dueña de tu sangre (Fantasía)
- 67- Por una mentira
- 68- Vuelve
- 69- La Reina de mi corazón
- 70- No soy de nadie (Serie escocesa)
- 71- Estaré ahí
- 72- Dime que me perdonas
- 73- Me das la felicidad
- 74- Firma aquí
- 75- Vilox II (Fantasía)
- 76- Una moneda por tu corazón (Serie época)
- 77- Una noticia estupenda.
- 78- Lucharé por los dos.
- 79- Lady Johanna. (Serie Época)
- 80- Podrías hacerlo mejor.
- 81- Un lugar al que escapar (Serie Australia)
- 82- Todo por ti.
- 83- Soy lo que necesita. (Serie oficina)

- 84- Sin mentiras
- 85- No más secretos (Serie fantasía)
- 86- El hombre perfecto
- 87- Mi sombra (Serie medieval)
- 88- Vuelves loco mi corazón
- 89- Me lo has dado todo
- 90- Por encima de todo
- 91- Lady Corianne (Serie época)
- 92- Déjame compartir tu vida (Series vecinos)
- 93- Róbame el corazón
- 94- Lo sé, mi amor
- 95- Barreras del pasado
- 96- Cada día más
- 97- Miedo a perderte
- 98- No te merezco (Serie época)
- 99- Protégeme (Serie oficina)
- 100- No puedo fiarme de ti.
- 101- Las pruebas del amor
- 102- Vilox III (Fantasía)
- 103- Vilox (Recopilatorio) (Fantasía)
- 104- Retráctate (Serie Texas)
- 105- Por orgullo
- 106- Lady Emily (Serie época)
- 107- A sus órdenes
- 108- Un buen negocio (Serie oficina)
- 109- Mi alfa (Serie Fantasía)
- 110- Lecciones del amor (Serie Texas)
- 111- Yo lo quiero todo
- 112- La elegida (Fantasía medieval)
- 113- Dudo si te quiero (Serie oficina)
- 114- Con solo una mirada (Serie época)
- 115- La aventura de mi vida
- 116- Tú eres mi sueño
- 117- Has cambiado mi vida (Serie Australia)
- 118- Hija de la luna (Serie Brujas Medieval)
- 119- Sólo con estar a mi lado

- 120- Tienes que entenderlo
- 121- No puedo pedir más (Serie oficina)
- 122- Desterrada (Serie vikingos)
- 123- Tu corazón te lo dirá
- 124- Brujas III (Mara) (Fantasía)
- 125- Tenías que ser tú (Serie Montana)
- 126- Dragón Dorado (Serie época)
- 127- No cambies por mí, amor
- 128- Ódiame mañana
- 129- Demuéstrame que me quieres (Serie oficina)
- 130- Demuéstrame que me quieres 2 (Serie oficina)
- 131- No quiero amarte (Serie época)
- 132- El juego del amor.
- 133- Yo también tengo mi orgullo (Serie Texas)
- 134- Una segunda oportunidad a tu lado (Serie Montana)
- 135- Deja de huir, mi amor (Serie época)
- 136- Por nuestro bien.
- 137- Eres parte de mí (Serie oficina)
- 138- Fue una suerte encontrarte (Serie escocesa)
- 139- Renunciaré a ti.
- 140- Nunca creí ser tan feliz (Serie Texas)
- 141- Eres lo mejor que me ha regalado la vida.
- 142- Era el destino, jefe (Serie oficina)
- 143- Lady Elyse (Serie época)
- 144- Nada me importa más que tú.
- 145- Jamás me olvidarás (Serie oficina)
- 146- Me entregarás tu corazón (Serie Texas)
- 147- Lo que tú desees de mí (Serie Vikingos)
- 148- ¿Cómo te atreves a volver?
- 149- Prometido indeseado. Hermanas Laurens 1 (Serie época)
- 150- Prometido deseado. Hermanas Laurens 2 (Serie época)
- 151- Me has enseñado lo que es el amor (Serie Montana)

- 152- Tú no eres para mí
- 153- Lo supe en cuanto le vi
- 154- Sígueme, amor (Serie escocesa)
- 155- Hasta que entres en razón (Serie Texas)
- 156- Hasta que entres en razón 2 (Serie Texas)
- 157- Me has dado la vida
- 158- Por una casualidad del destino (Serie Las Vegas)
- 159- Amor por destino 2 (Serie Texas)
- 160- Más de lo que me esperaba (Serie oficina)
- 161- Lo que fuera por ti (Serie Vecinos)
- 162- Dulces sueños, milady (Serie Época)
- 163- La vida que siempre he soñado
- 164- Aprenderás, mi amor
- 165- No vuelvas a herirme (Serie Vikingos)
- 166- Mi mayor descubrimiento (Serie Texas)
- 167- Brujas IV (Cristine) (Fantasía)
- 168- Sólo he sido feliz a tu lado
- 169- Mi protector
- 170- No cambies nunca, preciosa (Serie Texas)
- 171- Algún día me amarás (Serie época)
- 172- Sé que será para siempre
- 173- Hambrienta de amor
- 174- No me apartes de ti (Serie oficina)
- 175- Mi alma te esperaba (Serie Vikingos)
- 176- Nada está bien si no estamos juntos
- 177- Siempre tuyo (Serie Australia)
- 178- El acuerdo (Serie oficina)
- 179- El acuerdo 2 (Serie oficina)
- 180- No quiero olvidarte
- 181- Es una pena que me odies
- 182- Si estás a mi lado (Serie época)
- 183- Novia Bansley I (Serie Texas)
- 184- Novia Bansley II (Serie Texas)
- 185- Novia Bansley III (Serie Texas)
- 186- Por un abrazo tuyo (Fantasía)
- 187- La fortuna de tu amor (Serie Oficina)

- 188- Me enfadas como ninguna (Serie Vikingos)
- 189- Lo que fuera por ti 2
- 190- ¿Te he fallado alguna vez?
- 191- Él llena mi corazón
- 192- Contigo llegó la felicidad (Serie época)
- 193- No puedes ser real (Serie Texas)
- 194- Cómplices (Serie oficina)
- 195- Cómplices 2
- 196- Sólo pido una oportunidad
- 197- Vivo para ti (Serie Vikingos)
- 198- Esto no se acaba aquí (Serie Australia)
- 199- Un baile especial
- 200- Un baile especial 2
- 201- Tu vida acaba de empezar (Serie Texas)
- 202- Lo siento, preciosa (Serie época)
- 203- Tus ojos no mienten
- 204- Estoy aquí, mi amor (Serie oficina)
- 205- Sueño con un beso
- 206- Valiosa para mí (Serie Fantasía)
- 207- Valiosa para mí 2 (Serie Fantasía)
- 208- Valiosa para mí 3 (Serie Fantasía)
- 209- Vivo para ti 2 (Serie Vikingos)
- 210- No soy lo que esperabas
- 211- Eres única (Serie oficina)
- 212- Lo que sea por hacerte feliz (Serie Australia)
- 213- Siempre estás en mi corazón (Serie Texas)
- 214- Lo siento, preciosa 2 (Serie época)
- 215- La intensidad de lo que siento por ti
- 216- Lucha por lo que amas (Serie Australia)
- 217- Ganaré tu corazón (Serie Vikingos)
- 218- Mi otra cara de la moneda
- 219- Ni tú conmigo, ni yo sin ti
- 220- No necesito más, si te tengo a ti (Serie Oficina)
- 221- Me enfrentaré a todo por tu amor (Serie época)
- 222- Algo único (Serie Australia)
- 223- Volver a enamorarte

- 224- Empezar de nuevo (Serie oficina)
- 225- Nunca seré tuya (Serie Vikingos)
- 226- Sería imposible olvidarte (Serie Vecinos)
- 227- Juramento de amor 2 (Serie época)
- 228- Siento tu corazón
- 229- ¿Has pensado en mí?

Novelas Eli Jane Foster

- 1. Gold and Diamonds 1
- 2. Gold and Diamonds 2
- 3. Gold and Diamonds 3
- 4. Gold and Diamonds 4
- 5. No cambiaría nunca
- 6. Lo que me haces sentir

Orden de serie época de los amigos de los Stradford, aunque se pueden leer de manera independiente

- 1. Elizabeth Bilford
- 2. Lady Johanna
- 3. Con solo una mirada
- 4. Dragón Dorado
- 5. No te merezco
- 6. Deja de huir, mi amor
- 7. La consentida de la Reina
- 8. Lady Emily
- 9. Condenada por tu amor
- 10. Juramento de amor
- 11.

Juramento de amor 2

12.

Una moneda por tu corazón

13.

Lady Corianne

14.

No quiero amarte

15.

Lady Elyse

También puedes seguirla en las redes sociales y conocer todas las novedades sobre próximas publicaciones.